



**UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA
EDUCACIÓN
CARRERA PSICOLOGÍA CLÍNICA**

TEMA:

El tiempo como magnitud lógica que determina la constitución del sujeto del inconsciente y que hace posible el dispositivo psicoanalítico y su clínica

AUTOR:

Garzozzi Delfini, Mayko Alberto

Trabajo de titulación previo a la obtención del título de

LICENCIADO EN PSICOLOGIA CLÍNICA

TUTOR:

Rojas Betancourt, Rodolfo Francisco

Guayaquil, Ecuador

31 de agosto del 2021



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA PSICOLOGÍA CLÍNICA

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo de titulación, fue realizado en su totalidad por **Garzozzi Delfini, Mayko Alberto**, como requerimiento para la obtención del título de **Licenciado en Psicología Clínica**.

TUTOR (A)

f. _____
Rojas Betancourt, Rodolfo Francisco

DIRECTOR DE LA CARRERA

f. _____
Galarza Colamarco, Alexandra

Guayaquil, a los treinta y un días del mes de agosto del año 2021



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

CARRERA PSICOLOGÍA CLÍNICA

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

Yo, Garzozzi Delfini, Mayko Alberto

DECLARO QUE:

El Trabajo de Titulación, **El tiempo como magnitud lógica que determina la constitución del sujeto del inconsciente y que hace posible el dispositivo psicoanalítico y su clínica** previo a la obtención del título de **Licenciado en Psicología Clínica.**, ha sido desarrollado respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan en el documento, cuyas fuentes se incorporan en las referencias o bibliografías. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance del Trabajo de Titulación referido.

Guayaquil, a los treinta y un días del mes de agosto del año 2021

EL AUTOR

f. _____
Garzozzi Delfini, Mayko Alberto



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA PSICOLOGÍA CLÍNICA

AUTORIZACIÓN

Yo, **Garzozi Delfini, Mayko Alberto**

Autorizo a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil a la **publicación** en la biblioteca de la institución del Trabajo de Titulación, **El tiempo como magnitud lógica que determina la constitución del sujeto del inconsciente y que hace posible el dispositivo psicoanalítico y su clínica**, cuyo contenido, ideas y criterios son de mi exclusiva responsabilidad y total autoría.


Guayaquil, a los treinta y un días del mes de agosto del año 2021

EL AUTOR:

f. _____
Garzozi Delfini, Mayko Alberto

REPORTE URKUND

INFORME DE URKUND

URKUND	
Documento	El tiempo como magnitud lógica que determina la constitución del sujeto del inconsciente y que hace posible el dispositivo psicoanalítico y su clínica.docx (D111989620)
Presentado	2021-09-02 14:11 (-05:00)
Presentado por	mgdelfo@gmail.com
Recibido	rodolfo.rojas.ucsg@analysis.arkund.com
	 0% de estas 65 páginas, se componen de texto presente en 0 fuentes.

TEMA: El tiempo como magnitud lógica que determina la constitución del sujeto del inconsciente y que hace posible el dispositivo psicoanalítico y su clínica.

ESTUDIANTE:

Mayko Alberto Garzozi Delfini

CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

INFORME ELABORADO POR:



Psic. Cl. Rodolfo Rojas Betancourt, Mgs.

RODOLFO
FRANCISCO
ROJAS
BETANCOURT

Firmado digitalmente
por RODOLFO
FRANCISCO ROJAS
BETANCOURT
Fecha: 2021.09.02
14:34:08 -05'00'

AGRADECIMIENTOS

A todos quienes forman parte de la carrera de Psicología Clínica, que me abrieron las puertas y nunca me las cerraron.

A los profesores por transmitirme el gusto por aprender y enseñar.

A mi tutor de tesis, por su tiempo y saber.

A Carolina Andrade, por su cálido respaldo, su ejemplo y su amistad.

A Fraü Josse y al Dr. González.

A mi padre, quien me regaló las obras de Freud con las que empecé mi carrera, y a mi tío, quien me dio el ánimo y la confianza para hoy culminarla.

A mi madre y a mi hermano.

Y el más especial de los agradecimientos a mi analista: Gracias por su escucha atenta, por su ética y, sobre todo, por ese feliz primer corte de sesión.

DEDICATORIA

A mis abuelos y a mi tío.



**UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE
LA EDUCACIÓN
CARRERA PSICOLOGÍA CLÍNICA**

TRIBUNAL DE SUSTENTACIÓN

f. _____

ALEXANDRA GALARZA COLOMARCO
DECANO O DIRECTOR DE CARRERA

f. _____

ALEXANDRA GALARZA COLAMARCO
COORDINADOR DEL ÁREA O DOCENTE DE LA CARRERA

f. _____

DAVID AGUIRRE PANTA
OPONENTE

CALIFICACIÓN

Índice

1. Introducción	1
MARCO METODOLÓGICO	3
2. Metodología	3
2.1. Planteamiento del problema.....	6
2.2. Enfoque metodológico.....	7
2.3. Objetivo general	8
2.4. Objetivos específicos	8
2.5. Instrumentos de recolección de datos.....	9
MARCO TEÓRICO	9
3. El tiempo de <i>La Etiología de la histeria</i>	9
3.1. La necesidad lógica de los dos tiempos del síntoma histérico	10
3.2. La represión, sello del tiempo y condición primera de la neurosis.....	17
3.3. Conflicto, defensa y la dirección del tiempo en la histeria	23
4. El tiempo en <i>La interpretación de los sueños</i>	26
4.1. La ineludible pieza lógica del tiempo	29
4.2. La represión, el desplazamiento, la sobredeterminación y sus temporalidades	37
4.3. Los eslabones sobredeterminados y el desconocimiento necesario sobre la falta.....	42
4.4. El deseo parricida en los sueños y el saber cómo una ética del deseo .	45
4.5. Edipo y el trágico saber sobre el tiempo	49
4.6. El olvido y la distribución radial del tiempo lógico.....	71
5. El tiempo en <i>Die Verneinung</i>	76
5.1. <i>Die verneinung</i> y la negación del infinito	77
5.2. Ausencia, presencia y el tiempo en los juicios anímicos	81
5.3. Las pulsiones como sustrato del tiempo	85
6. Conclusión	87
7. Recomendaciones	88
8. Referencias Bibliográficas.....	90

RESUMEN (ABSTRACT)

Considerar al tiempo como magnitud lógica que opera en la constitución del psiquismo refuerza el descubrimiento del inconsciente freudiano y lo ubica como el axioma que lo anima. Reconocer cómo ello se revela como una constante en el cuerpo teórico freudiano, apertura nuevos modos de pensar la teoría y la práctica del psicoanálisis, que acaso ayuden a comprender el malestar actual de la cultura de forma más precisa. Para ello, se leerán tres de las principales obras de Sigmund Freud; también se ofrecerá una lectura de la gran obra de Sófocles, Edipo rey, para demostrar que ella es una advertencia sobre lo que puede ocurrir si se infringen los edictos lógicos que marca el tiempo como límites de la existencia humana. Todo esto ha de resultar en la probatoria de que el tiempo es la medida fundamental del psiquismo que no puede eludirse en los tratamientos de la teoría y la clínica psicoanalítica. Las implicaciones prácticas de una investigación como la presente son importantes, pues el síntoma pensado como modalidad lógica de habitar el tiempo, permite que se acoja las demandas de aquellos que han sido defraudados por las promesas del bienestar interminable que supondría vivir por fuera de aquel.

Time considered as a logical magnitude that intervenes in the constitution of the psyche reinforces the discovery of the Freudian unconscious and places it as the axiom which sustains it. To recognize how it reveals as a constant throughout Sigmund Freud's body of work, opens new ways in which to ponder the theory and the practice of psychoanalysis, which may also help to comprehend today's society discontent more accurately. To that purpose, three of the Freud's main works will be read. Furthermore, a novel interpretation of the great tragedy of Sophocles, Oedipus Rex, will be offered, in order to demonstrate that it is a warning about that which

will happen if the logical mandates that time dictates as limits of the human existence are infringed. All these should converge to prove that time is the most fundamental way to measure the psychic realm which cannot be discarded when handling the psychoanalytical theory and clinical practice. The clinical implications of thesis like the one here offered have value, given that the symptom seen through the lenses of time helps to heed the symptom of those deceived by the fraudulent promises of a never-ending well-being.

Palabras Claves: Inconsciente; Edipo; represión; tiempo lógico; síntoma; Interpretación de los sueños.

Key words: Unconscious; Oedipus; repression; logical time; symptom; The Interpretation of Dreams

1. Introducción

Hay esferas por fuera de lo humano donde habitan las verdades que nos determinan. A nosotros solo nos son posibles sus fenómenos, que hacen apariciones periódicas en el mundo del hombre. Mudos, se ponen al alcance de nuestra experiencia, para luego regresar a su morada, justo antes de que logremos hacerlos hablar. Pero, afortunadamente, a pesar de su imperturbable silencio, podemos decir algo sobre ellos. Un buen escenario para figurarse esto puede ser el inicio de la aventura humana, allá donde podemos suponer el éxito de algún hombre que supo leer el movimiento de los cuerpos celestes, anticipándose a su retorno y al de las cosechas a este aparejadas. Entonces, al mutismo de la verdad, se le opuso el saber humano, y el hombre encontró un modo de aprehender los fenómenos que hasta entonces se escurrían de toda comprensión. De allí en más, la verdad se hizo posible a través de sus huellas, que nuestras intelecciones han ido bosquejando y corrigiendo a través de los siglos. Por tanto, cuando nos pronunciamos acerca este o aquel saber, la huella de la verdad se hace presente en nuestra palabra. Pero, ¿cómo sostener tan audaz aserción? ¿Por qué ha de haber verdad en nuestras palabras? ¿Qué garantía tenemos de ello?

La garantía del saber, lo que le otorga la capacidad de portar un valor de verdad a nuestra palabra, depende de nuestra inmanente relación con el tiempo y sus efectos lógicos. Como guadaña, nuestra existencia siega la continuidad infinita del tiempo y establece, en el seno de nuestro ser, la discontinuidad que aloja la oposición temporal entre la presencia y la ausencia. En el borde del tajo que abre el vacío, tensamos el telar del tiempo, y sobre este la urdimbre lógica que lo mantiene abierto, so pena de que el infinito cicatrice y nos reabsorba irremediablemente. Dicho de otro modo, en tanto existimos, somos axioma de los modos posibles del saber, pues negamos la universalidad de lo eternamente incognoscible, a la vez que afirmamos la particularidad de lo que es cognoscible pero finito. La extraña naturaleza de nuestra existencia, la excepción que encarnamos, es la garantía última de nuestras intelecciones de la verdad.

La negación con que instauramos la oposición ausencia-presencia, o existencia-inexistencia, se prende en el seno mismo de nuestro ser, como un reloj de péndulo, que requiere un peso que caiga para marcar su ritmo, y evitar con ello que el tiempo se detenga y seamos devueltos al misterio del que vinimos. Este peso es la palabra, la

capacidad representativa humana que da cuenta que nuestra excepcionalidad es frágil, y que su desvanecimiento es una amenaza real, pues el peso de la palabra dejado a su suerte caerá hacia su desaparición abrupta. Para prevenir esto, es menester que logremos formar una cadena que amortigüe la caída del peso que alimenta el péndulo, y evitar así una desaparición abrupta. Para tal propósito, no hay mejor recurso que la metáfora, primer eslabón de la cadena representativa que sostiene el peso de la palabra. Con ella se abre un tiempo distinto al que marca la repetición hipnótica de aquel péndulo primigenio jalonado por el peso de la palabra suelta; ella traza perpendicularmente una temporalidad nueva que, si bien tampoco será eterna, le permite al hombre recorrer un camino perpendicular al de la repetición que solo llevaba a la confusión de andar las propias huellas. Con la metáfora del tiempo se da la re-inscripción del par primordial que barra lo necesario para dar paso a la estructura lógica que dona a la existencia humana otro modo de ser en el tiempo. Explorar las nociones que el psicoanálisis elabora en este tenor, sobre todo para aprehender en ellas una lógica que garantice su clínica, es la principal tarea del presente trabajo.

La investigación estará dividida en tres capítulos. El primero intentará demostrar cómo el inconsciente freudiano fue descubierto siguiendo la lógica propia del síntoma histérico y su articulación con la categoría del tiempo; para ello el capítulo se ocupará exclusivamente de *La etiología de la histeria*, buscando rescatar de allí las modificaciones técnicas que llevaron a Freud a establecer que el síntoma histérico se estructura como un mecanismo que opera en dos tiempos, y que se alimenta de un entramado de recuerdos que reconducen necesariamente hacia el punto donde la memoria encuentra el límite que marca la represión. Es en este texto que Freud establece la piedra angular de la teoría y clínica de la neurosis: que la interpretación del síntoma neurótico es necesariamente un trabajo a realizarse en dos tiempos.

El segundo capítulo propondrá que la inmanente relación entre el tiempo y el inconsciente freudiano alcanzó su más lograda expresión en la *Interpretación de los sueños*. Estudiarla a profundidad es tarea cierta para obtener las demostraciones más convincentes de que son metáforas temporales las que sostienen todo modo de saber posible sobre el inconsciente. En ella, Freud hace como el Virgilio de Dante, y guía al lector en el tortuoso descenso al círculo más íntimo del sueño, donde se encontrará con el triste Edipo. Este, ya ciego por su propia mano, avisará al lector de que de nada

sirven los ojos para el que nada quiere saber. Gracias a él, y al desvelo con que Freud se dedicó a buscar el secreto de los sueños, se avendrá con el aserto de que es el tiempo de lo que verdaderamente está hecho el saber. También en este capítulo, se ofrecerá una lectura distinta de *Edipo rey*, con la que se espera demostrar que el verdadero crimen del rey de Tebas, que acarreó su tragedia, fue una infracción temporal que atentó contra la garantía del orden y el sentido de Tebas. Se lo hará así porque el presente tratado considera que el mito de Edipo, jamás mejor contado que en la tragedia de Sófocles, tiene aún mucho para contribuir en la comprensión del descubrimiento freudiano del inconsciente.

El tercero y último capítulo trabajará *La negación*. Esta engañosamente breve obra, se apresta para poner a prueba la intelección que se espera haber demostrado en los dos primeros capítulos: la determinación lógica de la categoría del tiempo en los cimientos y edificación del psiquismo. Allí Freud ya habla de las pulsiones en una manera que favorece la noción de que ellas conforman el axioma a partir de la cual operan debidamente los manejos temporales del psiquismo, como lo son el desplazamiento, la sobredeterminación o el olvido.

MARCO METODOLÓGICO

2. Metodología

Para el presente trabajo se llevará a cabo una investigación cualitativa de tipo descriptiva dado que los “estudios descriptivos son útiles para mostrar con precisión los ángulos o dimensiones de un fenómeno, suceso, comunidad, contexto o situación” (Hernández, et al.,2014, p.92). Es lo que se precisa hacer con la categoría del tiempo y su incidencia en la lógica del psicoanálisis. Para tal fin, se describirá la categoría de tiempo según la trabaja Freud en tres obras que deben su valor precisamente a aquella. Se espera así demostrar que la clínica y teoría freudiana dependen principalmente de una axiomática del tiempo.

Bien se entiende que el éxito de dicho trabajo descriptivo pase por un adecuado uso de la hermenéutica, aquel arte que se “(...) dedica a interpretar y develar el sentido

de los mensajes haciendo que su comprensión sea posible, evitando todo malentendido, favoreciendo su adecuada función normativa (...)” (Arráez, Calles, & Moreno de Tovar, 2006, p. 173). Tal será el trabajo que se realice con los textos seleccionados para la investigación. Los textos de Freud son trabajos estratificados, que requieren una lectura profunda y detenida para aprehender todas las ventajas que ofrecen.

Para el análisis de la bibliografía se aplicará el método de lectura que Kristeva llama *intertextualidad*. Se espera con ello lograr una descripción cabal de la variable de tiempo según diferentes momentos de la elaboración freudiana:

Pero en el universo discursivo del libro, el destinatario está incluido únicamente en tanto que propio discurso. Se fusiona, pues, con ese otro discurso (ese otro libro) con respecto al cual escribe el escrito su propio texto; de suerte que el eje horizontal (sujeto-destinatario) y el eje vertical (texto-contexto) coinciden para desvelar un hecho capital: la palabra (el texto) es un cruce de palabras (de textos) en que se lee al menos otra palabra (texto). En Bajtín, además, esos dos ejes, que denomina respectivamente diálogo y ambivalencia, no aparecen claramente diferenciados. Pero esta falta de rigor es más bien un descubrimiento que es Bajtín el primero en introducir en la teoría literaria: todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de *intertextualidad*, y el lenguaje poético se lee, al menos, como *doble*. (Kristeva, 2001, p.190)

Las cita precedentes resume la técnica interpretativa que se ha utilizado para la realización del presente trabajo. Aquí Kristeva acuña por primera *intertextualidad* a la práctica de interpretar un texto como un encuentro de otros textos. Se inspira en el trabajo de Bajtín para formular una técnica que permita comprender los modos posibles de estudiar un texto. Propone que para análisis un texto se ha de considerar su incidencia en dos ejes, uno dirigido diacrónicamente hacia el destinatario y otro que ubica al texto en cuestión dentro de una jerarquía de textos, de la que aquel es tributario y debe ser leído considerando dicha extensión vertical.

Esta cita da cuenta de lo que se ha hecho en la presente investigación: teniendo a la mano la categoría del tiempo para identificarlo en los textos de Freud se-

leccionados (*La etiología de la histeria*, *La interpretación de los sueños* y *La negación*), se ha leído cada uno de ellos reconociendo el contexto que los une según la definición de la intertextualidad que nos da Kristeva, para que el destinatario, el lector esté avisado de se trata de expresar la variable del tiempo y la forma que toma en cada uno de los textos trabajados. Al escribir sobre la categoría a partir de los textos elegidos, se está formando una comunidad epistemológica entre ellos para ofrecer un texto que sirva de punto de encuentro entre ellos. Con esto se espera que la armonía conceptual que se revela en el pentagrama que ellos constituyen como intertextualidad dé cuenta del tiempo como categoría presente en todos ellos. Kristeva resalta la tarea de la semiótica como la búsqueda de este formalismo presente en el contexto vertical que este trabajo ejemplifica:

En principio, la tarea de la semiótica consistirá en hallar los formalismos correspondientes a los diferentes modos de junción de las palabras en el espacio dialógico de los textos. (Kristeva, 2001, p. 191)

Así, el formalismo que sirvió de guía para el trabajo de lectura se aprehende en la representación formal del tiempo presente en los tres textos freudianos trabajados. Una mención especial requiere la técnica de lectura que se utilizó para el análisis propuesto del *Edipo rey* de Sófocles. Rodríguez hace un trabajo de síntesis de la intertextualidad, reuniendo no solo a Bajtín y a Kristeva, sino que añade la colaboración de Genette, citada por Rodríguez, a quien corresponde la autoría de las nociones de *hipertexto* e *hipotexto*:

En este sentido, Genette reconoce que toda referencia transtextual es en realidad hipertextual, ya que todo texto, siguiendo las ideas de Bajtín y Kristeva, se conecta con otros más. Por eso, Genette designa dos tipos de texto: el hipotexto es un primer texto; el hipertexto es el texto creado a partir del primero, del hipotexto. (Rodríguez, 2008, p. 3)

Para realizar el trabajo de lectura de *Edipo rey*, se consideró a este trabajo de escritura como el hipertexto que es posible en virtud de las concepciones del hipotexto que, en este caso, formaría el conjunto de los tres textos freudianos ya mencionados. Las intelecciones propuestas se han obtenido tras este modo de aproximarse al análisis

bibliográfico, en el que la semiótica, como la entiende Kristeva, facilita la comprensión de conceptos en un contexto más abarcativo, lo que acredita la pertinencia del concepto del tiempo en la extensión del *corpus* teórico freudiano.

Paralelamente al método de la intertextualidad, la *teoría fundamentada* estructura el diseño de la presente tesis para poder alcanzar el objetivo de reconocer la variable del tiempo en un contexto circunscrito a las constiución subjetiva como magnitud lógica del psiquismo. Se ha elegido esta técnica porque es menos abarcativa que una teoría formal, lo que permite que se realice el trabajo descriptivo con mayor profundidad. Hernández-Sampieri ofrece el siguiente apartado que permite familiarizarse con dicha técnica:

La teoría fundamentada es un diseño y un producto (O'Reilly, Paper y Marx, 2012; y Charmaz y Bryant, 2008). El investigador produce una explicación general o teoría respecto a un fenómeno, proceso, acción o interacciones que se aplican a un contexto concreto y desde la perspectiva de diversos participantes (Taylor y Francis, 2013; Torrance, 2011; Sullivan, 2009; y Haig, 2006). Desde luego, al generarse teoría se desarrollan hipótesis y variables o conceptos que la integran, y una representación o modelo visual (Milliken, 2010 y Charmaz, 2008). Los autores que sustentan esta aproximación sostienen que las teorías deben basarse o derivarse de datos recolectados en el campo. La nueva teoría se contrasta con la literatura previa (Tucker-McLaughlin y Campbell, 2012) y es denominada sustantiva o de rango medio porque emana de un ambiente específico. Glaser y Strauss (1967) la distinguen de la “teoría formal”, cuya perspectiva es mayor. (Hernández, et al., 2014, p. 472).

2.1. Planteamiento del problema

Hay una oportunidad, acaso no lo bastante aprovechada en la actualidad, de expresar los principios del psicoanálisis según las modalidades lógicas determinadas por la categoría del tiempo. Este, como axioma, permite una comprensión del inconsciente que reduciría considerablemente las probabilidades de que el psicoanálisis sea descartado como una práctica del siglo pasado, ya sin mucho qué decir en un mundo que no da crédito a que puede haber saberes escondidos en el alma del hombre, dado que corren tiempos en los que la instantaneidad y la exactitud no solo se cree posible,

sino que se la exige e, irónicamente, se la espera. Entonces, con miras a mantener viva la vigencia del psicoanálisis, se la aprovechará la oportunidad y el reto que ella plantea, para intentar demostrar que, pese a la insistencia de la cultura por uniformizar el tiempo, degradándolo a una mera medida de eficiencia, aquel resiste y sale airoso, pues pese a todo, conserva el orgullo y dignidad inherente a su naturaleza lógica y no se inclina ante amo alguno.

Queda entonces ver cómo repensar los principios teóricos y prácticos de la práctica psicoanalítica, para luego ofrecer un nuevo espacio y una nueva temporalidad que sirvan de defensa para aquellos que no consienten en ser desalojados por el frenético empuje de la actualidad que amenaza con echarlos del único lugar donde puede habitar su ser: el tiempo. Por lo tanto, formulamos las siguientes preguntas en relación al problema de investigación: ¿De qué manera el tiempo se articula con los cimientos del descubrimiento del inconsciente freudiano? ¿Es posible que la categoría del tiempo ofrezca una expresión lógica que haga posible el diálogo menos accidentado con otros marcos teóricos? ¿Es el tiempo algo evitable o es realmente una categoría inherente al ser?

2.2. Enfoque metodológico

El enfoque del presente trabajo corresponde a la definición y elementos que Hernández-Sampieri atribuye al método cualitativo de investigación: “Seis elementos resultan fundamentales para plantear un problema cualitativo: objetivos de investigación, preguntas de investigación, justificación de la investigación, viabilidad de ésta, evaluación de las deficiencias en el conocimiento del problema y definición inicial del ambiente o contexto” (Hernández-Sampieri, Fernández-Collado, & Baptista-Lucio, 2014, p. 356). Se expondrá un análisis intertextual de las obras freudianas que den cuenta de la eficacia del trabajo de investigación realizado. Estas obedecen al método clínico de la psicología clínica, el que guiará la lectura “(...) ordenando un conjunto de técnicas que tienen en común producir informaciones concretas sobre una persona o la situación que plantea un problema y/o revela la existencia de un sufrimiento” (Díaz, 2010, p. 8).

De los elementos que propone Hernández-Sampieri, el presente tratado logra ofrecer satisfactoriamente las definiciones iniciales del contexto en el que se planteó la influencia del tiempo en los comienzos del psicoanálisis. Esto se cumplió haciendo un estudio detallado de las propuestas teóricas de *La etiología de la histeria* de Freud (2008), ya que allí ya está el entramado lógico que servirá como el sustrato de sus ulteriores descubrimientos y de su práctica clínica.

2.3. Objetivo general

- Analizar *La etiología de la histeria*, *La interpretación de los sueños* y *La negación* de Freud (2008) para demostrar que la categoría tiempo ofrece la lógica necesaria para que se estructure el psiquismo y con ello abrir una nueva comprensión de lo anímico que aporte esclarecimientos a la teoría psicoanalítica freudiana-lacanianiana que, a su vez, podrán contribuir a su aplicación clínica-práctica.

2.4. Objetivos específicos

- Dar cuenta de la manera en que la lógica temporal del síntoma histérico condujo a Freud al descubrimiento del inconsciente y de la represión en *La etiología de la histeria*.
- Demostrar que en *La interpretación de los sueños* la categoría del tiempo es lo que permite los dos principales mecanismos que operan en la concatenación de las representaciones anímicas; y que la condensación es un proceso análogo a la represión, también determinado por una lógica temporal.
- Ofrecer una nueva lectura de *Edipo Rey* que restituya el valor de la tragedia del síntoma como un mejor destino que la desolación a la que lleva la cobardía de no admitirse como ser en el tiempo. Asimismo, ofrecer suficientes pruebas lógicas de que el verdadero crimen de Edipo es una infracción lógica-temporal.

2.5. Instrumentos de recolección de datos

Para realizar el presente trabajo se ha aplicado *la recolección de una muestra no probabilística*. Siendo este un trabajo cualitativo, los textos elegidos son aquellos que el autor considera más aptos para dar cuenta de la relación epistemológica de la categoría del tiempo entre las obras seleccionadas para realizar el trabajo de lectura. Hernández-Sampieri resalta las ventajas de esta modalidad de recolección de datos para la investigación cualitativa:

Para el enfoque cualitativo, al no interesar tanto la posibilidad de generalizar los resultados, las muestras no probabilísticas o dirigidas son de gran valor, pues logran obtener los casos (personas, objetos, contextos, situaciones) que interesan al investigador y que llegan a ofrecer una gran riqueza para la recolección y el análisis de los datos. (Hernández, et al., 2014, p. 190)

Esta muestra ha sido sujeta a un *análisis de contenido* según las técnicas previamente indicadas en la metodología, a saber, *intertextualidad* y *teoría fundamentada*.

MARCO TEÓRICO

3. El tiempo de *La Etiología de la histeria*

En abril de 1896, desde el púlpito del auditorio de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Viena, Sigmund Freud presenta sus descubrimientos sobre la causa y el tratamiento de la histeria, los que se publicaron en sus escritos científicos bajo el nombre de *La Etiología de la histeria*. Con ellos estableció la brecha epistemológica definitiva entre su clínica y las propias de su tiempo, incluidas las de sus dos grandes maestros hasta entonces, Charcot y Breuer. Bien se entiende que a una comunicación de tales efectos se haya opuesto una fuerte resistencia, a la que Freud supo hacer frente ocupando gran parte de ella para exponer rigurosamente la lógica inherente al método clínico que le reveló los secretos más íntimos de la neurosis. El primer apartado del

presente trabajo espera demostrar qué opera como axioma de la lógica del método de Freud para tratar y comprender la histeria.

3.1. La necesidad lógica de los dos tiempos del síntoma histérico

Gracias a la carta del 16 de abril de 1896 de Freud a Wilhelm Fliess se sabe que el hallazgo freudiano sobre la etiología de la histeria fue recibido con sorna por parte de los neurólogos y psiquiatras presentes. Le confiesa a su amigo que Richard Kraft-Ebing, presidente de la sesión, desacreditó su trabajo, refiriéndose a él como «un cuento de hadas científico» (Freud, 2008, p. 188). ¿Qué habrá incomodado tanto a Kraft-Ebing para rebajarse a la burla? Dado que este hizo su nombre con el tratamiento de perversiones sexuales, no cabe pensar que su ánimo se pudo turbar con el relato de vivencias sexuales en la infancia. Pero, si no esto, ¿entonces qué? Quizá la respuesta se encuentre entre las primeras palabras que Freud dirige a su público:

Señores: Si nos proponemos formarnos una opinión sobre la causación de un estado patológico como la histeria, emprenderemos primero el camino de la investigación anamnésica, prestando oídos a los enfermos o a sus allegados sobre los influjos nocivos de los cuales ellos mismo reconducen a la contracción de aquellos síntomas neuróticos. Desde luego, lo que así averiguamos está falseado por todos aquellos factores que suelen encubrirle a un enfermo el discernimiento de su propio estado: su falta de inteligencia científica para unos efectos etiológicos, la falacia «*post hoc, ergo propter hoc*» {Después de esto, entonces a causa de esto}, el displacer en considerar o ponderar ciertas noxas o traumas. Por eso en aquella investigación anamnésica nos atenemos al designio de no admitir sin profundo examen crítico la creencia de los enfermos, ni dejar que los pacientes rectifiquen nuestra opinión científica sobre la etiología de las neurosis. (Freud, 2008, p. 191)

No se fuerza nada si se toman estas palabras por un llamado a la cautela por parte de Freud a sus colegas, a quienes pide no caer en el error de únicamente considerar efectiva para la cura del síntoma histérico la vecindad del tiempo en la que se manifiesta. Les advierte que este altera la temporalidad de un modo particular que invalida la intuición de interpretar lo que inmediatamente antecede a la manifestación del síntoma como su causa, por lo que agotar su comprensión a partir de lo referido en la anamnesis y en el primer relato del paciente, no tiene provecho terapéutico ni analítico.

En otras palabras, alude a los errores que cometía la psiquiatría de su tiempo cuando, por solo otorgar validez a las manifestaciones más recientes del síntoma, caía en un *impasse* clínico y teórico. Enfrascada, presa de frustraciones y exasperada por no comprender, la psiquiatría propone métodos concebidos más para sacarse a ella misma del apuro que a sus pacientes de la enfermedad. Y es que, sin saberlo, la psiquiatría había caído enferma ella misma y, como buena histérica, desacreditó al síntoma y a su malestar como portadores de un saber. Los negaba y se quejaba de él, finalmente acusándolos de ser predisposiciones nerviosas, o cualquier otra cosa que le sirviera para no hacerse cargo de la evidencia clínica que probaba lo contrario.

Pero si la psiquiatría estaba enferma, también debía estarlo Kraft-Ebbing, quien, como sus adeptos, se ceñía al prejuicio de que el síntoma y su causa debían formar una continuidad dentro de una misma temporalidad. Celoso del prestigio que gozaba, desalojaba toda manifestación clínica que lo amenazara y la colocaba en el archivador de las etiologías orgánicas. Sin embargo, para su mala suerte, la histeria es indiferente al prestigio del médico, llámese este como se llame. Ella no duda en cuestionar la sinceridad clínica del médico y poner a prueba su compromiso clínico. Le plantea la ardua prueba de resistirse a la tentación de hacer como Procusto y forzarla a encajar en un rompecabezas etiológico ajeno al que forman sus manifestación clínicas.

Con lo dicho hasta aquí, se puede considerar que la hostil recepción al método propuesto por Freud para tratar y comprender al síntoma nace de la indignación de quienes no soportaron el dolor de admitir mella en su prestigio clínico. Sin duda, este estado de los hechos establece que las diferencias entre Freud y sus colegas se dan sobre el trasfondo de la ética del médico, pues mientras el primero se aprestaba a la labor de encontrar un método más efectivo para tratar el padecimiento del paciente, los segundos protestaban enfebrecidos la evidencia de su error.

Ahora bien, ¿por qué habría de ser una cuestión ética? Porque si la histeria tiene una voz que se hace escuchar en el síntoma, lo ético, lo propio del espíritu clínico, y también lo lógico, es dejarla hablar, escucharla y no dejarse arredrar por la falta de sentido aparente. Esto se logra con la determinación de acometer la difícil tarea de averiguar qué quieren decir las primeras vivencias que el paciente refiere al médico en el tratamiento de la histeria, las que, por la insistente repetición con la que irrumpen en un tiempo específico de su vida, y porque parecen no querer asociarse con sentido

alguno del trabajo del pensar, son siempre difíciles de comprender. El médico se ha de preguntar entonces a qué refieren las vivencias que se repiten. La respuesta a esta pregunta es la piedra de todo el edificio clínico de la neurosis, y el mérito de dar con ella corresponde en principio a Josef Breuer. Por cierto que aquí se puede ofrecer la respuesta sin más, sin embargo, teniendo en cuenta que se pretende demostrar cómo se desprende la lógica del síntoma a partir de sus manifestaciones, cabe ensayar un proceso deductivo para responder como si se estuviera por primera vez frente a la pregunta que la repetición planteó a Breuer.

Si de lo primero que se tiene noticia en la historia es de un afecto que se repite, la repetición ha de ser la primera manifestación por la que se lo interpele al síntoma. Para ello, como precepto lógico, se ha de convenir que, en el ámbito psicológico, la repetición es algo que se experimenta en la consciencia más de una vez, lo que avala que ella significa el retorno de algo ya vivido. La evidencia clínica de la historia demuestra que lo que en ella retorna es una turbación anímica, una emoción que ha llegado a la consciencia sin que el paciente sepa bien por qué, lo que produce malestar. Por ejemplo, alguien empieza a llorar frecuentemente pero no logra decir a causa de qué, pues nada que lo antecede al llanto lo justifica. El paciente comunica que lloró después de haber visto un carro rojo pasar, luego de la visita de una amiga vestida de rojo, y tras ver en la calle un cartel publicitario rojo. Tanto él como el médico han de reconocer que ninguna de los sucesos explican por sí solos el llanto, lo que los invalida la cadena de recuerdos a la que ellos pertenecen como vía de acceso a su causa. ¿Cómo proceder entonces en la comprensión si, al ver para atrás, médico y paciente se chocan con un muro? ¿Ha de saltarse ilícitamente este muro o existe otra vía hacia la causalidad buscada?

El veto lógico que introduce el síntoma dentro de la temporalidad en que se tiene noticia de la repetición, pide que se ilumine otra vía que no desoiga sus peticiones. Para hacerlo, hay que analizar las manifestaciones del síntoma como un solo fenómeno y ver qué es lo que se repite en el conjunto. El paciente ha relatado tres vivencias que antecedieron al llanto: un carro rojo, una amiga vestida de rojo, y un cartel publicitario rojo. El malestar del paciente se debe a que trata de explicar su padecer por tres situaciones distintas que aparentemente nada tienen en común. No se logra enlazar el llanto ni al carro que pasa ni a la amiga ni al cartel publicitario. El espíritu clínico va a cues-

tionar entonces al color rojo, presente en las tres ocasiones, aunque el paciente no considere que por allí es posible encontrar lo que se busca. Así queda que, por un lado se invalida una temporalidad del recuerdo lineal, la del carro, la amiga y el cartel, pues estos son ocasionamientos particulares que no remiten el llanto a una instancia etiológica común que permita comprender su causa. Por el otro, está el color rojo, manifestación universal del síntoma del paciente, que está presente cada vez que se manifiesta. Y es precisamente esta condición de universalidad, esto que se repite dentro de la misma repetición, lo que descubre la vía posible para dar con el núcleo etiológico de la histeria. Al desplazar la atención del llanto al color rojo, se pasa de lo particular y lo contingente, a lo universal y lo necesario del funcionamiento del síntoma histérico. El llanto marca las coordenadas donde convergen dos temporalidades: una provista de consciencia pero que impide avanzar por medio del recuerdo, y otra que sí lo permite, pero de la que no se tiene noticia alguna hasta que no intervenga el método clínico. De ahora en más, se ha de preguntar al paciente ya no por lo que se le ocurre respecto al llanto y al pasar de un carro, sino sobre lo que se le ocurre a partir del color rojo. Es lo que el propio síntoma indica.

El descubrimiento de la convergencia de dos vías del recuerdo, la consciente y la inconsciente, también corresponde a Breuer. Durante el tratamiento de Anna O., cuando este se truncaba por una vivencia determinada que impedía avanzar por la vía del recuerdo consciente, Breuer sumía a su paciente en un estado de consciencia alterno por medio de la hipnosis, logrando que esta accediera a una serie de recuerdos fuera del decurso temporal consciente del pensamiento. Estos recuerdos, una vez enunciados, revelaban la temporalidad en la que el recuerdo reconduce la representación patológica hacia la causación primera de la enfermedad. ¿Cómo supo Breuer que esta era la manera de proceder? Nuevamente, por indicación del mismo síntoma. La reconducción efectiva de las manifestaciones del síntoma en la vía de su causa producía alivio. El malestar de la manifestación más reciente cedía su tensión anímica, para que luego aparezca otra vivencia dentro del mismo entramado mnémico y así sucesivamente. Dicho alivio era señal de que Breuer avanzaba en el rumbo correcto. Llegado a este punto, se hará bien en ofrecer la siguiente deducción antes de continuar: Si por un lado se reconoce que la repetición es lo primero de lo que se tiene noticia en el tratamiento de la histeria, y que esta es el retorno de un afecto que, a través de una serie de recordaciones, hasta entonces desalojadas de la consciencia, se inmiscuye en

el trabajo del pensamiento para exigir su tramitación y, si por otro se comprueba que, tras la recuperación de estos recuerdos para la consciencia, el afecto, hasta entonces huérfano de representación, puede ser tramitado y producir alivio, se concluye que el afecto que causa padecimiento es antiguo, y que la representación que lo contrarreste se encuentra necesariamente en un pasado cuyo acceso mnémico, por ciertas consideraciones que aún se desconocen, se ha deslindado de la consciencia.

Se propone que la anterior deducción es idéntica en esencia a la que Breuer utilizó para elaborar un método que, como se puede apreciar, no contradice ni se opone al síntoma, sino que lo escucha y aloja las necesidades de su lógica. Es por esto que le corresponde en solitario el honor de haber traducido el lenguaje del síntoma histérico, y de haber leído en este las indicaciones para elaborar el método que se ha de usar para alcanzar su etiología. Consciente de ello, Freud homenajea a su colega frente a su audiencia cuando recuerda que el método de Breuer ha de ser efectivamente el oído del médico interesado en resolver el enigma de la etiología de la histeria.

Si de manera más o menos parecida uno quiere hacer hablar a los síntomas como testigos de la historia genética de la enfermedad, deberá partir del sustantivo descubrimiento de Josef Breuer: *los síntomas de la histeria* (dejando de lado los estigmas) *derivan su determinismo de ciertas vivencias de eficacia traumática que el enfermo ha tenido, como símbolos mnémicos de las cuales ellos son reproducidos en su vida psíquica*. Uno deberá aplicar el procedimiento de Breuer —u otro en esencia de la misma índole— para reorientar la atención del enfermo desde el síntoma hasta la escena en la cual y por la cual el síntoma se engendró; y, tras la indicación del enfermo, uno elimina ese síntoma estableciendo, a raíz de la reproducción de la escena traumática, una rectificación de efecto retardado {*Nachträglich*} del curso psíquico de entonces. (Freud, 2008, p. 193)

A pesar de las elogiosas palabras a su amigo, el alcance de las coincidencias teóricas y clínica entre ambos estaban por llegar a su término. Curiosamente, la recomendación de hacer uso del método de Breuer para tratar la histeria, será el último punto en que coincidieron los colegas, pues, aunque Freud no cuestionaba la validez y la eficacia del método, consideraba necesario hacer un uso particular de él, introducir una modificación técnica para que este pueda cumplir con los efectos clínicos y analíticos que su lógica promete. Entender qué movió a Freud a ello es necesario para apreciar la confiabilidad de sus descubrimientos, y reconocerlos como conclusiones necesarias de la lógica del síntoma. Para tal fin, vale visitar una vez más el caso de Anna O.,

específicamente lo que sucedió a su término, pues allí se dan cita los aciertos y desaciertos en el tratamiento que llevaron a Freud a cuestionar tanto a la pericia médica de su amigo como a la probidad su método.

Los aciertos quedaron demostrados porque, al final, la reconducción efectiva del síntoma a vivencias pasadas produjo el cese de varias manifestaciones sintomáticas; los desaciertos, en cambio, por la violencia del eventual retorno del padecimiento en la paciente, quien daba por hecho que esperaba un hijo de su doctor. Esto puso a Freud en la delicada situación de tener que decidir si el fracaso del tratamiento corría por cuenta de una carencia intrínseca del método empleado o, si en su defecto, de un error técnico de su colega. Tentativamente, se inclina por lo segundo. El regreso de los síntomas en Anna O., le dio a Freud cierto derecho para poner en entredicho el éxito que se arrogaba su colega. La promesa del método no era la de un cese momentáneo de los síntomas, sino permitirle al médico asir la etiología verdadera de la histeria y poder con ello librar permanentemente al paciente del malestar. Para Breuer, la histeria se debía al influjo de lo que llamó *estados hipnoides*, un estado particular de la consciencia que sobrevenían en la vida del paciente en momentos de desgaste emocional, circunstancia contingente que permitía que una representación se colara en la consciencia sin enlace alguno con sus vecinas. Se echa de ver que aquí Breuer comete el mismo error que los psiquiatras: renuncia a la búsqueda de una causa universal en favor de una causa contingente, más cómoda para el médico que para el paciente.

Pero, para confirmar su sospecha y comprobar que un error técnico de Breuer impidió que la reconducción del síntoma alcanzara su verdadera causa, debía conseguir en su propia clínica que el método le procurara vivencias cuya tramitación debilitaran definitivamente al síntoma. Así pues, las vivencias a encontrar debían ser de carácter universal y reunir dos condiciones etiológicas en todos los casos: *idoneidad determinante* y *fuerza traumática*. Freud establece que la carencia de idoneidad determinante refiere a una vivencia cuya respuesta no es congruente con ella, mientras que la carencia de fuerza traumática se manifiesta cuando, a pesar de la idoneidad de la respuesta a la vivencia, el monto de afecto en cuestión no justifica el ocasionamiento del síntoma. Sin la presencia de estas dos condiciones, su clínica corría el riesgo de perecer por falta de validez práctica y teórica.

Se espera que el motivo de la modificación freudiana del método de Breuer esté lo bastante claro que esta innovación técnica era lo que el propio síntoma exigía. El compromiso ético y clínico de Freud le puso en sus narices la intuición de que, con solo pedir un poco más del método, el relato del paciente lo llevaría hasta las vivencias que confirmarían su validez terapéutica y analítica. Así, en el lugar donde la reticencia de Breuer a seguir y del deseo de Freud a continuar en pos de la verdadera etiología de la histeria, se marca el final de la colaboración entre ambos, a la vez que el inicio de la clínica propiamente freudiana.

En un primer momento, Freud cree encontrar dichas condiciones en las vivencias sexuales de la pubertad, pues todas las reconducciones de los síntomas que efectuó en sus pacientes lo llevaron hasta allí. Habría alcanzado su meta de no haber sido porque, a pesar de pertenecer todas ellas al ámbito sexual, estas vivencias carecían de una de las dos condiciones etiológicas antes planteadas; encontraba una de las dos condiciones, idoneidad o fuerza, pero no ambas a la vez. Detenerse allí habría privado a su método de la fiabilidad para el tratamiento y la comprensión del síntoma, condenándolo al mismo error de aquellos de los que se esperaba distanciarse. El caso de una de sus pacientes, que cae en un estado de angustia desproporcionada porque un chico, inocentemente, le roza la mano que reposaba en el brazo de una butaca de teatro, es prueba de ello. Aún le era preciso seguir.

¿Qué tal si se dijera que uno debe buscar el determinismo de estos síntomas en otras vivencias, que se remonten todavía más atrás, y entonces obedecer aquí por segunda vez a aquella ocurrencia salvadora que antes nos guió desde las primeras escenas traumáticas hasta las cadenas mnémicas que había tras ella?. (Freud, 2008, p. 201)

La ocurrencia salvadora prueba ser nuevamente efectiva, y Freud avanza aún un trecho más por el entramado mnémico. Pero, la ocurrencia no es por entero suya; él mismo confiesa que dos pacientes, en su reminiscencia, no se detienen en la pubertad, sino que sus comunicación llegan sin paradas a la temprana infancia.

Si tenemos la perseverancia de llegar con el análisis hasta la niñez temprana, hasta el máximo donde llegue la capacidad de recordar de un ser humano, en todos los casos moveremos a los enfermos a reproducir unas vivencias que por sus particularidades, así como por sus vínculos con los posteriores síntomas patológicos, deberán considerarse la etiología buscada de la neurosis. (Freud, 2008, p. 202)

Ahora bien, en esta cita no se dice aún nada sobre las particularidades de estas vivencias ni cómo y por qué mantienen vínculos con la manifestación reciente del síntoma. Lo importante aquí es establecer el recorrido del síntoma histérico, que parte de la repetición y avanza por el recuerdo hasta la infancia. Pero ya se deja ver que si desde las vivencias sexuales de la pubertad se llega a vivencias de la infancia, aún cuando las primeras toman varias formas, pues no todas las vivencias son iguales para todos, se puede deducir que la sexualidad cumple aquí la misma función que cumplía el color rojo en el ejemplo antes mencionado: la sexualidad como lo universal de una repetición particular. Entonces, si la sexualidad hace aquí de eslabón temporal entre la pubertad y la infancia, no sorprende —es más, es una exigencia lógica— que las vivencias en la infancia sean de esta misma índole. Esta, como se verá, es una de las particularidades de las vivencias infantiles, donde se ha de encontrar la causa primera del síntoma. Pero hay otras, y ellas serán cruciales para armar un cuadro etiológico de la histeria fiel al método que se obtuvo a partir de la lógica del síntoma.

Hasta aquí se ha rearmado, paso a paso, la ensambladura del síntoma como un mecanismo que articula dos temporalidades mnémicas distintas. Se logró demostrar que la repetición es la punta saliente de una lógica que invita a descubrir un método que revela el recorrido del síntoma, lo que reconduce a vivencias del ámbito sexual, primero en la pubertad y finalmente en la infancia. Quedan ahora planteadas las siguientes preguntas: ¿Qué es lo propiamente patológico que se encuentra en las vivencias sexuales de la infancia? ¿Qué mantiene separado a estos dos tiempos? ¿Qué priva de consciencia a una de las temporalidades del síntoma?

3.2. La represión, sello del tiempo y condición primera de la neurosis

Si para responder las cuestiones clínicas y analíticas que plantea la repetición se examinó lo que tiene ocasión en la más reciente manifestación del síntoma, para hacer lo propio con las que plantea la *represión*, se ha de indagar por aquello que sucede en la instancia de su formación, que se encuentra en el borde de lo recordable de la temprana infancia. Desde aquí se tratará de responder lo que quedó pendiente: por qué y cómo las vivencias sexuales en la temprana infancia son el núcleo de la neurosis. Freud dice al respecto lo siguiente:

Es que unos influjos nocivos que afectan al órgano todavía no evolucionado, a la función en proceso de desarrollo, causan asaz a menudo efectos más serios y duraderos de los que podrían desplegar en la edad madura. ¿Quizás en la base de la reacción anormal frente a impresiones sexuales, con la cual los histéricos nos sorprenden en la época de la pubertad, se hallen de manera universal unas vivencias sexuales de la niñez que tendrían que ser de índole uniforme y sustantiva? Así se ganaría cierta perspectiva de esclarecer como algo adquirido tempranamente lo que hasta ahora era preciso poner en la cuenta de una predisposición que, empero, la herencia no volvía inteligible. Y como una vivencias infantiles de contenido sexual solo podrían exteriorizar un efecto psíquico a través de sus *huellas mnémicas*, ¿no sería este un bienvenido complemento a aquel resultado del análisis según el cual *un síntoma histérico solo puede nacer con la cooperación de recuerdos?* (Freud, 2008, p. 201)

Hay mucho de valor en esta cita, pero resalta la propuesta de Freud de enlazar el acaecer de la sexualidad en una edad prematura a las manifestaciones patológicas que sobrevienen en la madurez. En principio, lo plantea en términos de un órgano no evolucionado; sin embargo, en seguida menciona que el encuentro sexual en la infancia solo entra en el psiquismo sirviéndose del entramado mnémico, al que solo se puede acceder en la madurez. Así se lo indicaba la evidencia de su clínica: solo desde un segundo tiempo es posible el acceso a las vivencias sexuales prematuras de la infancia, lo que le permite ubicar la condición primera de la neurosis en este tiempo, en el que un cuerpo prematuro ha de estar por fuerza acompañada de una capacidad representativa también prematura. Reconocido esto, se deduce fácilmente que la determinación del síntoma no se encuentra en una heredad biológica sino en un proceso de estructuración de orden psicológico. El pequeño que experimenta un encuentro sexual en la infancia no puede contar con una representación capaz de atemperar el afecto desmedido que ello le provoca. Por lo tanto, dicho encuentro, en caso de inscribirse en el aparato anímico, solo podrá hacerlo como representación de una ausencia de representación, como una representación impotente, incapaz de cumplir su propósito en cuanto representación —remitir a un objeto o una vivencia particular—, que ha de conformarse a ser la representación de una falla de representación.

Ahora bien, ¿a razón de qué una vivencia busca enlazarse con otra y qué gana con ello? Responder esto es central para la comprensión de la neurosis. Se estableció más arriba que el método que Breuer descubre con Anna O. conseguía aliviar el monto de afecto mórbido de un síntoma tras reconducirlo a través de la memoria a una vivencia anterior que lo determina. Freud es testigo de ese proceso y testimonia en su favor.

Con esto se puede decir que, en rigor, mientras más se pueda distribuir el afecto por el entramado mnémico, tanto más este disminuirá; por lo que, para responder a la pregunta planteada, se puede decir que una vivencia se enlaza a otra a través de representaciones para distribuir el monto de afecto que ellas suscitan, y evitar con ello que este quede asido a una representación aislada, que a falta de asociación, permitirá que el afecto incremente hasta producir una tensión tal que sobrepase el umbral de lo tolerable para la consciencia. Es esto lo que produce el síntoma histérico. El propósito del comercio asociativo, que requiere siempre que una representación sea remitida a otra, corresponde entonces a la condición *cuantitativa* de la determinación de la neurosis, lo que Freud establece cuando dice que: «en la etiología de las neurosis tienen tanto peso las condiciones cuantitativas como las cualitativas; para que la enfermedad devenga manifiesta es preciso que sean rebasados ciertos valores de umbral» (Freud, 2008, p.209).

La indagación que partió en búsqueda de una etiología para una enfermedad, logra el insospechado descubrimiento de que la neurosis, vista desde su determinación cuantitativa, se antoja, mas que como una patología, como una estructura que opera según un criterio económico, según el cual se han de enlazar representaciones para distribuir el monto de afecto psíquico y producir una ganancia en la forma del cese de la tensión anímica. Revelar que la neurosis es también un proceso de estructuración psíquica, le permite a Freud establecer la inscripción de una tramitación imperfecta en un primer tiempo, que toma la forma de una huella, como la condición necesaria de la neurosis; al tiempo que le permite comprender que todo el sistema representativo se estructura según la lógica de que no todo el afecto que desprende una vivencia puede ser alojado por una representación sola, por lo que necesariamente ha de formarse un entramado asociativo para distribuir la tensión anímica con éxito. A la luz de esto, todo lo que puede ser representado debe remitirse a una vivencia anterior.

El cambio de perspectiva que permite ver a la neurosis más como una estructura que como enfermedad solo es posible por la *represión*. Ella es la única capaz de inscribir en un primer tiempo, en el albor de la memoria misma, la representación de una ausencia. Es el fruto del descubrimiento de la vivencia prematura infantil, que le permite a Freud reconocer como necesidad lógica que haya una falla en la estructuración misma del sistema representativo. Cuando se propone que una representación no puede

tramitar sin ayuda de otras el afecto de una vivencia, no se hace sino elaborar deducciones a partir del axioma lógico de la neurosis. La insuficiencia representativa de la temprana infancia vuelve apto al neurótico para comerciar entre representaciones. De no ser así, si las vivencias gozaran de una perfecta proporcionalidad entre su representación y afecto, no sería posible el entramado tan complejo de representaciones del que nos servimos para pensar.

Pensar la neurosis como estructura es provechoso para comprenderla a profundidad. Vale continuar indagando y ver qué se obtiene de sus fenómenos vistos desde este ángulo. Lo primero que se ha de hacer entonces es comprender de qué modo la representación primera, que la represión inscribe como ausencia en el campo representativo, se asocia con las demás representaciones.

Así como en los rompecabezas infantiles se establece, tras mucho ensayar, una certeza absoluta sobre la pieza que corresponde a cada uno de los espacios que quedan libres —porque solo esa pieza completa la imagen, al par que su irregular contorno ajusta perfectamente con los contornos de las otras, pues no resta ningún espacio libre ni se vuelve necesaria superposición ninguna—, también las escenas infantiles prueban ser por su contenido unos irrecusables complementos para la ensambladura asociativa y lógica de la neurosis, y solo tras su inserción se vuelve el proceso inteligible *{verständlich}* —las más de las veces uno preferiría decir: evidente por sí mismo *{selbsverständlich}*—. (Freud, 2008, p. 204)

Siguiendo a Freud, una vivencia cuya representación remite a una ausencia solo puede entablar relación con otras representaciones a partir de las vivencias que la rodean, que le dan forma y establecen las coordenadas de su contorno. Es así como ella entrará al comercio asociativo, a través de ciertas representaciones contingentes que se enrocan en derredor de ella, y que trazan la franja entre la ausencia de representación, que permite que la ausencia de representación participe indirectamente en la ilación de pensamiento consciente. Por consiguiente, toda representación que entra en contacto con el límite entre la ausencia y la presencia, queda fijada a ella. De allí en más, la representación de una ausencia solo podrá conocerse a través del borde de la huella que deja dicha inscripción.

Esta huella que inscribe la represión como representación primera, permite que lo imposible de ser representado en un solo tiempo y que produce malestar —una vivencia y su afecto en perfectamente abrochadas por una representación a un tiempo—,

logre serlo en dos tiempos, a través de la concatenación de dos o más representaciones. Y es también producto de ella que el entramado mnémico sea la única vía posible para tramitar el afecto que produce malestar en el paciente histérico, lo que permite proponer que: *la función de la represión, que inscribe una falta en la estructuración psíquica neurótica, otorga rigor y validez a la lógica del tratamiento freudiano de la histeria.* Por tanto, la presencia temprana de una ausencia que logra inscribirse en el campo representativo del neurótico, funda, ordena y gobierna las vías temporales de la memoria que harán posible el comercio asociativo entre representaciones; las mismas que habrán de servir tanto para que el paciente enferme, o para que se cure cuando el síntoma devenga mórbido.

Se espera que no haya pasado desapercibida la equiparación entre las nociones de entramado mnémico y de vías temporales; se la hizo para proponer que la expresión más pura de las leyes que reglan el psiquismo se aprehende en las vías temporales que forma el decurso de la memoria. Y para proponer también que, la memoria como tal, no es sino vías para que el tiempo transcurra y las representaciones se comuniquen. A tal efecto, se puede decir que *la represión es la función que sella en el aparato anímico la representación de una ausencia en la forma de una huella, a la que otorga la potestad para ordenar y gobernar a los modos posibles del comercio asociativo entre representaciones, a condición de que ella no participe de dicho orden, de que se excluya a sí misma del decurso del sentido, y de que acepte su destino a existir por fuera del tiempo que rige las asociaciones. En una palabra, la representación que deviene huella como efecto de la represión, sacrifica su capacidad de remitir a otra vivencia otra que no sea la experiencia de una falta.*

Entonces, el nuevo gobierno que la represión instaure, a más de ser el núcleo etiológico de la neurosis, es lo que le otorga a la memoria su fiabilidad, su discurrir en el sentido del tiempo. De no inscribirse la ausencia como huella, como falta de representación, las nuevas vivencias no podrán tomarla como punto de referencia para ubicarse en el campo representativo. ¿Por qué necesariamente sucede esto? Porque, para que se forme una cadena asociativa robusta, capaz de sostener el sentido, la represión debe operar como un grillete que mantenga la ausencia sujeta a la primera infancia. Solo así se logra evitar que la ausencia se abalance trágicamente a través de la cadena asociativa en búsqueda de una representación que dé cuenta de lo que es imposible de

representar: la vivencia prematura necesaria que es la ausencia de representación propia de la sexualidad en la primera infancia. Si el síntoma histérico acomete en dos tiempos, es precisamente a causa de que la represión logró inscribirse como falla estructural, como representación faltante en el íncipit del tiempo psíquico. La ausencia así inscrita, establece el criterio de ordenamiento secuencial de la cadena asociativa, que determina que una representación siempre ha de remitir a otra anterior. Al estar fijada la ausencia allí, se puede navegar el entramado mnémico sin el temor a toparse con ella por azar; la reconducción del síntoma se puede efectuar de modo seguro, recuperando vivencias hasta llegar a la franja que separa la represión de la consciencia, instancia en la que el sentido rebota, se relanza el comercio asociativo y las representaciones son nuevamente puestas en circulación. Entonces, la estructuración de la neurosis permite que el psiquismo devenga y se mantenga consciente, a la vez que hace posible reconfigurar el sentido sin correr el riesgo de que este estalle y se detenga irremediabilmente.

Queda armado el mecanismo etiológico de la histeria como un entramado de representaciones de tiempo, de recuerdos que operan según las determinaciones de la represión, que regla las combinaciones posibles entre ellos. Esta comprensión solo es posible porque Freud encontró los dos extremos lógicos del síntoma y demostró como en ambos coinciden las dos temporalidades que determina el síntoma histérico. En el más reciente, que corresponde a la repetición, se detiene el sentido secuencial diacrónico de la cadena asociativa, al tiempo que se habilita el curso sincrónico para el recuerdo en dirección retrogradante, hacia el extremo del síntoma que se encuentra en el pasado. Es aquí donde se encuentra la represión, o mejor dicho, la huella que ella inscribe y que marca la franja que indica que una representación fue desalojada de la consciencia en dirección sincrónica, para que el orden diacrónico progrediente de las representaciones avance ininterrumpido hasta el segundo tiempo de la repetición. Diríase que se forma así un arco trazado desde un segundo tiempo hacia el primero, corroboración de que la comprensión y tratamiento del síntoma es solo posible a través del recuerdo. Es como si el síntoma, cuando no logra avanzar diacrónicamente, pide retornar con la ayuda de una temporalidad sincrónica hacia el núcleo etiológico de la represión, donde encontrará la posibilidad de ser relanzado nuevamente en dirección diacrónica, luego de que el sentido y sus representaciones se reconfiguren según otro criterio de ordenamiento en relación a la falta que inscribe la represión. Este retorno

permite que el sentido pueda avanzar por una nueva vía que distribuya con mayor éxito al afecto que, en la secuencia asociativa previa, se detuvo y produjo el malestar.

Finalmente, queda armado el rompecabezas etiológico de la histeria, al que necesariamente ha de faltarle una pieza, de la que solo se tiene noticia por el contorno que trazan las demás. La pieza que falta es producto de la represión, el núcleo de la neurosis, su cimiento, su axioma. Es ella la que permitirá los modos posibles de las combinaciones posibles entre las demás piezas.

3.3. Conflicto, defensa y la dirección del tiempo en la histeria

La facilidad con que se cae en la complacencia cuando se encuentra lo buscado suele ser un obstáculo para el saber. Consciente de ello, Freud reconoce que, por más atractivo y elegante que se aprecie el anhelado rompecabezas etiológico de la histeria, este no basta para explicar la patología del síntoma histérico. Después de todo, se pudiera objetar, a lo propuesto por Freud hasta aquí, que una tramitación pendiente no tendría por qué ofrecer tanta resistencia a la consciencia. Si lo patológico fuera simplemente un trámite demorado, o la carencia de representaciones para recubrir una ausencia, la consciencia no tendría mayor oposición para convocar del olvido representaciones que de trámite al síntoma. Pero la tiene, puesto que existe una resistencia que obliga a reconocer la presencia de un factor que media para que el síntoma se torne mórbido. Y si se acepta la objeción de que una falta no basta para causar la enfermedad, también se ha de admitir que este factor es distinto al síntoma, o al menos que lo modifica al punto que la lógica que se ha trabajado hasta ahora queda supeditada a otra. *Es decir, la ausencia de representación que inscribe la represión tiene que estar coadyuvada por otro proceso psicológico para que el ensamblaje temporal del síntoma produzca malestar.*

Consigné entonces que el estallido de la histeria se deja reconducir, de manera casi regular, a un *conflicto psíquico*: una representación inconciliable pone en movimiento la *defensa* del yo e invita a la represión. Pero en aquel momento no supe indicar las condiciones bajo las cuales ese afán defensivo tiene el efecto patológico de esforzar de manera efectiva hacia lo inconsciente penoso para el yo, y crear en su lugar un síntoma histérico. Hoy lo complemento: *La*

defensa alcanza ese propósito suyo de esforzar fuera de la consciencia la representación inconciliable cuando en la persona en cuestión, hasta ese momento sana, están presentes unas escenas sexuales infantiles como recuerdos inconscientes, y cuando la representación que se ha de reprimir puede entrar en un nexo lógico o asociativo con una de tales vivencias infantiles. (Freud, 2008, p. 209)

Freud introduce aquí una dimensión psicológica distinta. Hasta aquí solo ha considerado la vertiente cuantitativa de la determinación psicológica de la neurosis, que requiere de la represión como soporte necesario para el trabajo del pensar del neurótico, lo que muestra el cariz de estructura del síntoma. Corresponde ahora ocuparse de la otra cara del síntoma, la del *conflicto psíquico* y de la *defensa*; factores puramente cualitativos, que completan la etiología de la histeria, y que han de comprenderse bien para entender cómo se da la pugna entre representaciones para ganarse un lugar en la consciencia.

Se trasluce en lo citado que el conflicto psíquico es producto del juicio al que el histérico somete a su yo, con miramiento a su lugar en la cultura. Hace comparecer frente al juzgado a su propio yo, acusado de asociarse con dos representaciones presuntamente incompatibles que el histérico tiene de sí. Una de ellas será declarada inocente, la otra culpable. ¿Cuál se habrá de salvar y cuál es el destino de la condenada? Quedará impune la que menos afecto desprenda a la consciencia, la que menos tensión genere, por tanto, la de más pronto acceso a la tramitación consciente y satisfactoria; por su parte, será condenada al olvido la que suponga un desprendimiento de afecto tan elevado que su tramitación insuficiente suponga angustia para el yo. Normalmente, este proceso funciona para varios ámbitos de la vida del histérico. Cuando el par de representaciones no remiten a una vivencia tan sensible, este puede vivir su vida sin que el olvido de una de ellas suponga un verdadero malestar. Pero no siempre es el caso, menos cuando se trata de las representaciones próximas a la sexualidad.

Cuando se juzga un par de representaciones que refieren al vivenciar sexual, la resolución no suele ser tan armoniosa. La representación que queda impune es insuficiente para tramitar el afecto de manera que el histérico avance en sentido diacrónico. Su atención seguirá fijada en lo olvidado que no logra recordar, pero que, sin embargo, insiste en ser recordado a través del sinsentido aparente de la repetición, que solo se esclarece por la reconducción del síntoma. Esto es así porque, cuando se da el encuentro con lo sexual en el tiempo de la pubertad, la vivencia sexual infantil, que hasta

entonces permaneció desprovista de otra representación que no sea la de una falta, es ahora resignificada bajo la luz de la madurez física y representativa que el histérico adquiere una vez alcanzada la pubertad. Por eso, el síntoma que hasta entonces funcionaba únicamente como estructura, y que solo se atenía a determinaciones cuantitativas, cambia ahora de amo, y se subordina a las órdenes de esta nueva instancia facultativa, que asigna valores apuntalados en lo social a las vivencias que conforman el tiempo del histérico, ahora enfermo.

El discurrir del tiempo, que avanzaba sin estorbos, se encuentra ahora con la defensa. Ella, a diferencia de la represión, no ejerce un trabajo de sustitución de una vivencia por su representación, sino que bloquea el paso de la representación de una vivencia que no desea recordar. Pero, así como la lógica represión no puede hacer desaparecer por completo la vivencia displacentera y se tiene que conformar con desalojarla de la consciencia, la defensa no puede cerrar completamente el paso la representación; de hacerlo, el mecanismo del reloj que es el síntoma se arruinaría, y con él psiquismo como tal. Si bien el síntoma tiene un nuevo amo, no puede dejar de servir al anterior, el que le daba órdenes para un efectivo manejo del afecto a través de la cadena asociativa. Lo cualitativo también ha de ceder, y permitir una insuficiencia que habilite el paso de una representación aledaña a aquella que corresponde a la vivencia que se quiere mantener inconsciente. Estas son representaciones que están por fuera del sentido, que acaso por no poseer suficiente pertinencia en la sucesión de los eventos, permanecieron flotando en paralelo sobre la diacronía del tiempo, dispuestas ahora a entrar en él a través de la sincronía. Ejemplo de ello es el color rojo que se utilizó párrafos más arriba.

El tiempo del joven histérico desprevenido experimenta un giro azaroso cuando la vida lo pone en contacto con vivencias de carácter sexual que lastiman la tranquilidad que su yo le ha procurado hasta entonces. Sus coordenadas de vida, ya sociales, ya físicas, lo posicionan en un conflicto entre dos representación irreconciliables, que pelean por un lugar en su consciencia. *La defensa dirime el asunto del único modo que es posible en la histeria: insiste al histérico a prestar atención a aquello que se repite, para poder así retornar al pasado ya no solo en dirección diacrónica, sino también sincrónica, lo que permitirá que se forme un revolución, como una vuelta del reloj, que permite reconfigurar los asuntos del pasado en el presente.* Llegado a este punto,

es evidente como los operadores cualitativos del síntoma conflicto y defensa, se articulan a sus contrapartes cuantitativas, represión y repetición.

4. El tiempo en *La interpretación de los sueños*

Tras una lectura a la letra de *La etiología de la histeria*, el apartado anterior se propuso demostrar que allí Freud presenta al síntoma neurótico como un mecanismo cuya función es articular en el discurrir del tiempo las variables cuantitativas y cualitativas que participan en el estallido de la enfermedad. Estas se componen de montos de afecto y representaciones, derivadas ambas de una vivencia particular que las compele a trabajar de consuno para mantener la tensión anímica por debajo de cierto umbral. Se espera haber iluminado que el síntoma como mecanismo temporal opera gracias a la función lógica de la represión y que esta necesariamente ha de ubicarse en la temprana infancia. Allí, la inmadurez de la capacidad representativa, vuelve necesaria la escritura de una vivencia como un afecto desprovisto de una representación idónea. No hay correspondencia para las vivencias tempranas que un niño vive en el ámbito sexual: su psiquismo y su cuerpo no pueden menos que reconocerse como radicalmente ajenos. No obstante, esta ajenez se inscribe como una falta que los articula, y ello gracias a la ayuda de ciertas representaciones primeras que, desde entonces, serán las guardianas y emisarias de la represión.

¿Qué quiere decir esto? Que estas representaciones tienen un doble trabajo. El primero, mantener la represión aherrojada a la infancia, impidiéndole la apetencia desaprensiva de asociación que supondría la inhibición del curso del pensar, porque la desnuda presencia de la falta como vivencia es demasiado rival para la cadena de representaciones; el segundo, demarcar los puntos de contacto entre la ausencia estructural y el sistema de representaciones que ella misma funda.

También se ofreció el esclarecimiento de la lógica que gobierna la cadena de representaciones y que conforman el síntoma neurótico. Quedó patente como, cuando lo cuantitativo y lo cualitativo pierden su consonancia, es decir, cuando cierto afecto y la representación a él asignada dejan de cooperar satisfactoriamente, el síntoma se ve obligado a echar mano de representaciones en apariencia nimias, haciendo que de un tirón la atención del yo se vea reconcentrada en una vivencia, lo que encalla el sentido

y su decurso en el tiempo. El yo, y el paciente al que representa, no podrá menos que dividirse por el desencuentro entre la inercia de continuar su vida tal como venía transcurriendo y su deseo de saber por ello que lo cuestiona. En caso de tener el coraje para decidirse por lo segundo, el yo habrá de consentir a dejarse guiar por el propio síntoma y aceptar la condición que este plantea para recuperar el sentido: que se admita la vía del recuerdo como la única posible para el saber sobre el padecer.

En la medida en que esto se da, la lógica del método descubierto por Breuer y continuado por Freud se revela: el mismo camino del que partió el sentido ha de ser recorrido a la inversa, retrotrayendo la atención al pasado para llegar al cruce de caminos inicial que permita retomar el paso por una vía más favorable para el sentido. Surge de repente una pregunta, ¿por qué hacia atrás? Por la inmadurez representativa: durante los primeros años de vida, ciertas vivencias, por no contar con suficientes representaciones, desprenden cantidades de afecto tan elevadas que su tramitación habrá de diferirse hasta un segundo tiempo en el que se logre amortiguarlas en el comercio asociativo. Hasta aquí llegan las dilucidaciones que se pueden obtener de *La etiología de la histeria*, que ya ha dado todo de sí para dar cuenta de la lógica temporal que opera en los fundamentos de la teoría y clínica de la neurosis. Por tanto, es momento de recurrir a otra obra de Freud para obtener más.

Señalar la importancia que *La interpretación de los sueños* tiene para el psicoanálisis ciertamente puede parecer redundante. Quizá ya el tiempo la ha demudado como una declaración de independencia que solo Freud firmó, y que le permitió al psicoanálisis presentarse al mundo como una práctica clínica radicalmente opuesta a las que circulaban en su tiempo. Da crédito de esta intención que él mismo optó por fechar la obra en 1900, cuando en realidad el libro terminado ya estaba en sus manos en 1899. Es probable que fechar su obra para que pertenezca al nuevo siglo haya sido un guiño de Freud para avisar que se venían descubrimientos que habrían de sacudir para siempre la comprensión de lo anímico, y que su publicación marcaría un punto de no retorno a las teorías decimonónicas que probaron ser ineficientes a la hora de comprender las entrañas lógicas del síntoma neurótico. Lo que Freud adelanta en sus primeras ponencias, lo que publicó conjuntamente con Breuer y todos los hallazgos que se desarrollan en la correspondencia con Fliess, son finalmente elevados en *La interpretación de los sueños* hasta una altura donde las verdades del psiquismo se cristalizan y brillan

en el horizonte del psicoanálisis como una cima generosa de la que fluyen varios caudales de saber. Uno de ellos, que el presente apartado trabajará detalladamente más adelante, se encuentra en el prólogo a la segunda edición de la obra fechado en 1908:

Es que para mí el libro posee otro significado, subjetivo, que solo después de terminarlo pude comprender. Advertí que era parte de mi autoanálisis, que era mi reacción frente a la muerte de mi padre, vale decir, frente al acontecimiento más significativo y la pérdida más terrible en la vida de un hombre. Después que lo hube reconocido, me sentí incapaz de borrar las huellas de esa influencia. Para el lector, no obstante, ha de serle indiferente el material con que aprenda a valorar la importancia de los sueños y a interpretarlos. (Freud, 2013, p. 20)

La cita anterior merece una atención especial. Poner en primer plano el valor subjetivo de la obra es un movimiento verdaderamente innovador por parte de Freud. Hacerlo supone introducirse a él mismo en el objeto de su estudio, pues su propio análisis le revela que el psicoanálisis no es posible como práctica ni como teoría sin la aquiescencia subjetiva tanto del paciente como del analista. Concuere esto con la lógica paradójica de la represión, donde lo que falta necesariamente ha de estar presente. Otro tanto hace Freud al reconocer el carácter subjetivo de su búsqueda por el objeto universal del psiquismo, que en efecto encuentra en *La interpretación de los sueños*. Recomendar indiferencia a sus lectores frente al carácter subjetivo que a él sirve como punto de apoyo para comprender la importancia de los sueños y sus interpretaciones, indica que estos últimos son reacios a dejarse prender por una apreciación personal que no sea la del propio soñante y su interpretación. El valor universal de las formaciones del sueño, como el de las formaciones sintomáticas solo son aprehensibles por la particularidad con que se revisten los elementos fundamentales del psiquismo.

Aún hay más que espigar de esta cita; principalmente, es de especial importancia la mención que Freud hace de la muerte de su padre. Como se verá, ella está en el seno del descubrimiento que puso en sus manos la formación de los deseos inconscientes. Ya entre lo dicho queda clara la referencia a *Edipo rey*. La lectura freudiana del horroroso destino del rey de Tebas llega al mundo por primera vez en la presente obra, y es por esta que su obra fue recibida con una vehemente indiferencia.

En el presente apartado se ofrecerá una lectura de la tragedia de Sófocles para ver

cómo en ella la sexualidad, la muerte y el tiempo se entaban en una coyuntura irresoluble para el destino humano. Si bien Freud pone el acento del horror que suscita al malhadado Edipo en el deseo consumado por su madre, se considera que es posible aún otra lectura de los hechos, donde este acto queda subordinado a una infracción previa que hace posible tan espeluznante destino.

Pero antes de ofrecer una nueva lectura de *Edipo rey*, se trabajará para demostrar cómo la investigación sobre el trabajo del sueño de Freud dona un sesgo temporal a los conceptos de la represión, del desplazamiento y de la sobredeterminación. Serán estudiados no en relación directa al trabajo del sueño, sino a la incidencia que tienen con la formación y el funcionamiento del síntoma neurótico. Para ello es menester regresar una vez más a la instancia lógica de la represión y ver más de cerca a qué se refiere Freud cuando usa la imagen del rompecabezas para decir que ella se aprehende a partir de la pieza que falta.

4.1.La ineludible pieza lógica del tiempo

En *La etiología de la histeria*, Freud hace uso del símil de un rompecabezas para ilustrar cómo opera la represión. Lo hace figurándose uno de varias piezas al que le falta una, cuya forma se puede dibujar a partir del contorno de las que rodean. ¿Es congruente el símil del rompecabezas con la evidencia que Freud presenta sobre la represión, a saber, que la reconducción del síntoma histérico llega hasta el instante donde lo prematuro hace necesaria la inscripción de una ausencia como representación? Es cierto que cumple con representar la ausencia necesaria en la imagen de la pieza faltante; pero el símil resulta ser demasiado arbitrario para dar cuenta de los modos de relación entre las representaciones que se comprueban en la clínica.

Si se toma la imagen del rompecabezas a pie juntillas, sin cuestionar su pertinencia explicativa, se corre el riesgo de oponerle a la evidencia clínica una imagen propensa a caer en contradicciones lógicas que desacrediten la universalidad etiológica de la neurosis que Freud ubicó en la formación del síntoma neurótico. Por ejemplo, si solo se especifica que en el símil ha de faltar una pieza, se puede pensar en un rompecabezas que esté conformado por varias piezas de igual forma y tamaño, que se unen las unas a las otras sin que se produzca una verdadera trabazón. Y lo que es más, no podría

decirse que la falta ha de estar por fuerza en unas coordenadas determinadas. Si las piezas del comercio asociativo son todas iguales en forma y contenido, solo será posible concebir al psiquismo como un sistema completamente arbitrario, sin un punto de referencia claro. La evidencia recabada gracias a la clínica freudiana obliga a descartar esta figuración.

Pero, ¿qué pasaría si se piensa en un rompecabezas cuyas piezas varíen en tamaño y forma, tal como los que, una vez armados, revelan la hermosa imagen que la caja promete? Que se contaría con un tipo de psiquismo previamente determinado, con una finalidad preestablecida, donde la pieza que falta tampoco tiene un valor referencial, pues se podrían unir las piezas sin hacer uso de ella. Al punto queda claro que tal imagen hace inútil a la represión, reduciendo su valor etiológico a una frustración caprichosa que solo está allí para decir que algo falta, sin que esto ofrezca algún valor funcional o estructural al psiquismo. Y este, como lo enseña el síntoma histérico, no es el caso. Si se trata de figurar el estallido de la enfermedad, este símil se quedará corto. Para que no sea así, se ha de proponer la figuración de un rompecabezas donde la pieza faltante incida de continuo sobre el conjunto de piezas en su totalidad. No resta sino admitir que la pieza que falta ha de mantener un modo de vínculo con las demás que no sea el de la mera contigüidad. Es menester otro tipo de armado lógico para demostrar el vínculo asociativo entre representaciones.

Los embistes dirigidos al símil del rompecabezas lo han dejado moribundo. Difícilmente pueda quedar en pie, salvo que llegue a su auxilio ciertos arreglos que le permitan convenir con lo que Freud descubrió en el tratamiento de la histeria. Pero en vez de seguir este camino de elaborar símiles, hay otro más prometedor. Cuando Freud se dedica a descifrar el secreto de los sueños, encuentra que lo que allí opera no es en esencia distinto de lo que comanda la vigilia. Tal como el síntoma histérico revela una cierta continuidad con lo que se presupone un psiquismo sano, el sueño comparte los mecanismos fundamentales del psiquismo despierto. Las elucidaciones de ambos fenómenos remiten, a su propia manera, a la represión. Es por esto que, en vez de tomar como punto de apoyo una figuración para comprender cómo opera la represión, se prestará particular atención al trabajo del sueño y ver qué función tiene en la formación onírica. No obstante, tampoco sería prudente descartar todo lo que ofrece el símil del rompecabezas en este momento. Aún se puede conservar la imagen de la pieza faltante,

pues ella se corresponde bien con la ausencia de representación característica de la primera infancia que causa la represión. Y si bien en el primer apartado, con la ayuda de la lógica del método para tratar la histeria, se pudo dar cuenta de por qué necesariamente ha de faltar esta pieza, es decir, ha de estar presente la falta, y cómo esta participa en la formación del síntoma y en el comercio asociativo, no se dijo nada respecto a su origen. Acaso los entresijos de la represión, sus últimos secretos, se revelen si se logra responder, tras una concisa revisión de la formación del sueño, la siguiente pregunta: *¿De dónde viene la falta?*

Inmediatamente se escucha la protesta, en principio razonable, de que es inútil preguntarse de dónde viene algo que no está, y no sería por entero criticable que se la considere irrefutable. Pero todo trabajo que se guíe por la lógica freudiana sabe guardarse de las tretas con que el sentido común confunde a la razón. Y como el presente trabajo es un ensayo investigativo que se adhiere a esta lógica, se la intentará responder. Todo ello será más fácil si se alcanza la comprensión de la *condensación* en el trabajo del sueño, que el siguiente pasaje ayudará a que se la procure:

Lo primero que muestra al investigador la comparación entre contenido y pensamientos del sueño es que aquí se cumplió un vasto *trabajo de condensación*. El sueño es escueto, pobre, lacónico, si se lo compara con la extensión y la riqueza de los pensamientos oníricos. Puesto por escrito, el sueño ocupa media página; en cambio, si se quiere escribir el análisis que establece los pensamientos del sueño se requiere de un espacio seis, ocho o doce veces mayor. Esta relación varía para diferentes sueños; pero su sentido, hasta donde yo puedo determinarlo, nunca cambia. Es regla que se subestime la medida de la comprensión producida, pues se juzga que los pensamientos oníricos traídos a la luz constituyen el material completo cuando en verdad todavía pueden descubrirse otros, ocultos tras el sueño, si se prosigue el trabajo de interpretación. (Freud, 2013 p.287)

De lo que precede, no es difícil entrever que la formación del sueño ha de estar compuesto, al menos, por dos estratos. A cada uno le corresponde un tipo de material representativo, a uno el del contenido del sueño y al otro el de los pensamientos del sueño. El contenido del sueño corresponde a las representaciones que tienen fácil acceso a la consciencia, las fantásticas escenas que se recuerdan al despertar. Por otra parte, los pensamientos oníricos corresponden a las representaciones de vieja data, pertenecientes a deseos antiguos y sofocados, que han permanecido en el olvido a la espera de una posible vía de acceso a la consciencia. El sueño es claramente una, como también lo es el síntoma neurótico, pues ambos son operaciones psíquicas cuya meta

es procurar una tramitación tardía a un deseo sofocado en un primer momento.

Tanto más será esto fácil de creer, cuanto que se tenga presente lo que ya se trabajó sobre el síntoma neurótico y la repetición. En el desarrollo de esta, se vio que su carácter esforzante constriñe la atención consciente a unas pocas vivencias que turban el ánimo del paciente. La consciencia se siente obligada a ocuparse de un reducido número de vivencias que no le dejan seguir su vida tal como lo venía haciendo. En el síntoma, como en el sueño, dos estratos de material representativo se articulan en una formación que resulta tan enigmática para quien enferma, como el sueño para el que despierta. En su investigación sobre el sueño, Freud descubre a qué se debe este carácter enigmático: a qué, como regla general, el soñante siempre minimiza la influencia de los pensamientos oníricos y de las representaciones olvidadas, creyendo siempre menor su colaboración en la formación del sueño, cuando lo cierto es que es siempre mayor que el influjo del material reciente que se conserva al despertar. Al soñante, cuando despierta, lo inquieta la sensación de que en verdad ha soñado más de lo que puede recordar; sin embargo, mientras pasa el día, esa sensación se disipa y con ella la capacidad del recuerdo para recuperar lo soñado. Freud establece como regla una *disimetría* entre la incidencia del contenido consciente del sueño que se conserva en la vigilia del día siguiente y la de los pensamientos del sueño que no son fácilmente recordados. La de estos últimos es siempre mayor, mientras que la de los primeros es siempre más modesta y menor, aunque ocupen el lugar principal en las tablas del sueño, cuando lo cierto es que tras las bambalinas, se encuentra material onírico importante. La determinación del sueño se desprende de los pensamientos oníricos, aun cuando estos sean excitados por una vivencia reciente susceptible de consciencia y no se muestren sino tras disfraces y máscaras. Es lo que exige la disimetría que se revela cuando el soñante, al ofrecer su sueño a un trabajo de interpretación, descubre el rico material cuya existencia se conocía como enigma o inquietud.

La disimetría así establecida entre dos series de representaciones requiere que entre ambas medie un proceso que las articule. La tarea de este proceso será la de introducir subrepticamente los pensamientos del sueño, los deseos pasados irresueltos, para que logren formar parte del contenido onírico manifiesto. Es el proceso que Freud acuña como *sobredeterminación*, y el que tiene por tarea *desfigurar* los pensamientos del sueño, disfrazarlos, trocarlos por su opuesto, con el fin de burlar la censura, para que

el afecto suscitado por ellos permanezca por debajo del umbral que, si llega a ser cruzado, provocaría el despertar. Pero esclarecer los procesos de la sobredeterminación y la desfiguración desviarían al presente trabajo de lo que le concierne. Por ahora baste que ellos sirvan para reconocer que lo esencial del sueño no se puede aprehender si no se lo desarticula del contenido manifiesto. Una vez separados ambos estratos, podremos ver como el *trabajo de condensación* influye sobre el material onírico latente.

Ya hubimos de mencionar que en rigor nunca se está seguro de haber interpretado un sueño exhaustivamente; aun cuando parece que la resolución es satisfactoria y sin lagunas, sigue abierta la posibilidad de que a través de ese mismo sueño se haya insinuado otro sentido. Por tanto, estrictamente hablando, la *cuota de condensación* es indeterminable. (Freud, 2013, p.287)

Vale tomar buena nota de lo que aquí dice Freud: *la condensación no es una operación medible; es una función lógica que introduce material de un estrato a otro, sin que sea posible establecer una correspondencia biunívoca*. La articulación entre estratos no es realmente un trabajo de traducción fiel, pues de serlo no diría Freud que la interpretación admite equívocos. Si un nuevo sentido es viable es precisamente porque la condensación opera asimétricamente, introduciendo en lo consciente un elemento extraño, que no admite el recorrido inverso. Este elemento no se descifra, solo se puede *interpretar*, lograr una inferencia lógica con mayor o menor grado de acierto, pero nunca una resolución definitiva. Lo consciente queda así condenado a no saber de lo inconsciente sino por aproximación.

La disimetría que Freud propone entre los dos estratos asegura que la articulación entre lo latente y lo manifiesto no sea malentendida como una correspondencia. No hay operación que contrarreste la condensación, pues como se dijo, es una instancia lógica que introduce modos de relación que no le afectan a ella; esto queda sancionado cuando Freud enfatiza que la cuota de condensación es indeterminable, es decir, inaprensible según la lógica del estrato superior de la consciencia.

Se añade:

El trabajo del sueño emprendió el camino inverso, y no es probable que tales caminos sean transitables en dirección opuesta. Es el caso, más bien, que de día nos internamos por nuevas conexiones de pensamientos que aciertan con los pensamientos intermedios y los pensamientos oníricos ora en este, ora en estotro lugar. (Freud, 2013, p.526).

Se señala también:

Si se considera que, de los pensamientos oníricos hallados, solo los menos están subrogados en el sueño por uno de sus elementos de representación, se debe inferir que la condensación adviene por *omisión*, pues el sueño no sería una traducción fiel ni una proyección punto por punto de aquellos pensamientos, sino un reflejo en extremo incompleto y lagunoso. Pronto descubriremos que esta intelección es harto deficiente; pero apoyándonos en ella para empezar, preguntémosnos: Si solo unos pocos elementos de los pensamientos oníricos alcanzan el contenido del sueño, ¿qué condiciones comandan la elección?. (Freud, 2013, p. 289)

Estas nociones se refuerzan con este último pasaje, que precisa aún más cómo opera la condensación y vemos que ella es efectiva por una función de *omisión*. Pero, ¿omisión de qué? Omisión de la contigüidad bivalente de la carga y la descarga de afectos, la que Freud rechaza al cierre del largo recorrido de la bibliografía médica sobre el sueño, de la que se distancia para iniciar su investigación sobre el sueño. Tal como lo hizo en *La etiología de la histeria* respecto a la neurosis, en *La interpretación de los sueños* Freud introduce una discontinuidad que separa a su teoría y práctica sobre el análisis e interpretación del sueño de la de sus contemporáneos. Allí donde la medicina no veía más que descargas de inervaciones endógenas o exógenas, coadyuvadas por los órganos perceptivos que darían forma a tales sensaciones, Freud advierte la presencia de un proceso más complejo y digno de estudio. La resistencia al dogma médico fue más fácil en esta ocasión, pues emprende el trabajo de interpretar la función del sueño estando ya acostumbrado a que se desconfiara de sus intelecciones. Si se quiere, se puede decir que su teoría sobre el sueño hace las veces de un trabajo de condensación, que introduce el proceso físico de dormir en el trabajo del sueño, como una omisión de la oposición tensión-descarga, obligando a que esta se avenga a las reglas del psiquismo para alcanzar su meta. ¿No llama la atención este proceso por su parecido a otro ya conocido?

La condensación es para el sueño lo que la represión para el síntoma neurótico. Operan de igual manera. La represión también adviene como omisión de una representación en el comercio asociativo, y se conforma a las reglas impuestas por el sentido de las representaciones para aplacar el monto de afecto que no logró ser representado en la temprana infancia. Cuando Freud establece que la represión opera sobre carácter sexual de las vivencias tempranas que determinan las neurosis, no hace otra cosa que

introducir en el psiquismo la omisión de una correspondencia ideal entre afecto sexual y una representación ideal. Tanto la represión como la condensación son ímpetus de elevación (*Aufshwingen*) con el cual el hombre escapa de la oscuridad inhumana de los instintos y nace para el mundo de las representaciones.

Las dos discontinuidades que se han elaborado en lo que va del presente trabajo arguyen a favor de esta noción. Lo que Freud descubre, tanto en el trabajo sobre la histeria como en el del sueño, es que hay un puente de una sola vía por donde los afectos cruzan al continente de lo anímico, donde ahora, el trámite que pretendía resolverse exclusivamente en el cuerpo, ha de hacer uso de las representaciones.

Ahora bien, a esta disimetría producto de la discontinuidad entre el psiquismo y el cuerpo, entendida como represión o condensación, y a la que se le ha atribuido la capacidad para determinar la estructuración del psiquismo, le falta aún mayor esclarecimiento. El vínculo que se da entre el cuerpo y el mundo de las representaciones trae a remolque la pregunta por la causalidad de dicha articulación. Para esto se propone hacer la siguiente distinción: la determinación psíquica no es precisamente la causa del psiquismo. Se vio que la represión constituye la base del psiquismo, la instancia en la que una ausencia de representación se introduce como la representación necesariamente omitida para que el comercio asociativo sea posible; es aquí donde se puede ubicar sin problemas la determinación psíquica, pues a partir de la represión quedan determinados los modos de asociación. Esto siendo así, aún cabe la pregunta ¿pero que incita la represión en primer lugar? ¿De dónde viene la causa que la anima? Viene del mundo de las representaciones. La causalidad de la determinación psíquica es externa al psiquismo en sí, mientras que el proceso que finalmente lo determina, es por fuerza una operación interna. La represión toma del mundo de las representaciones una representación que falla en su propósito, pero luego la asimila con arreglo al cuerpo vivo y la reintroduce en aquel con la marca de una huella indeleble e irrepitable que corresponde a cada quien. Pero este discernimiento permite preguntarse: ¿por qué Freud se ocupa más por resaltar el valor axiomático de la instancia estructurante de la represión y no tanto así el de la causación psíquica del mundo representaciones? Porque Freud, movido siempre por un espíritu científico, es decir, extremando el alcance de las intenciones lógicas que otorguen confiabilidad a su método, buscaba la universalidad en los procesos anímicos. Sabiendo que las representaciones son por fuerza contingentes,

externas, cambiantes y sujetas a varias determinaciones, Freud toma a la represión, al efecto que ellas producen en cada quien, como pilar universal de su clínica.

El encuentro del cuerpo con la representación se celebra en un rito sacrificial, donde la descarga inmediata que exige la necesidad se omite por poder contar con el acceso al mundo humano. Así, el cuerpo y la necesidad son subrogados por las leyes del comercio asociativo. Evidentemente, esto comporta consecuencias que alteran permanentemente al mundo de las representaciones. De ahora en más habitará entre ellas una representación peregrina, muda y enigmática para ellas, que necesitará de representaciones solidarias que interpreten lo que ella busca: recuperar el paraíso perdido de la inmediatez. Ciertamente algo sabe del cuerpo, pero no es un saber exacto, estará siempre sujeto a equívocos y malentendidos. Siendo esto así, las representaciones, por estar sometidas a las leyes del tiempo, ofrecerán una satisfacción parcial, puesto que aquellas no conocen lo suficiente el lenguaje del cuerpo ni de la necesidad para colmar lo inmemorable. Se agrega lo siguiente:

Cuando este proceso se repite varias veces, la intensidad de un itinerario íntegro de pensamientos puede reunirse en definitiva en un único elemento de representación. Es el hecho de la *compresión o condensación* que vimos operar en el trabajo onírico. Ella es la principal responsable de la impresión de extrañeza que provoca el sueño, pues nada análogo conocemos en la vida anímica normal y asequible a la consciencia. También en esta tenemos representaciones que en calidad de puntos nodales o de resultados finales de cadenas íntegras de pensamientos poseen una gran significatividad {*Be-deutung*} psíquica, pero esta valencia suya no se exterioriza en ningún carácter *sensorialmente* patente para la percepción interna; lo representado de ninguna manera se vuelve más intenso. En el proceso de la condensación todo nexo psíquico se traspone a la *intensidad* del contenido de representación. Es el mismo caso que si en un libro hago imprimir espaciada, o en caracteres gruesos, una palabra a la que atribuyo valor sobresaliente para comprender el texto. (Freud, 2013, p. 584)

Este pasaje confirma el peso teórico de lo que se postuló recién. La condensación introduce un elemento sensorial dentro de la consciencia pero sin que ello suponga una disposición correlativa directa. La iteración de sensaciones se introduce en el registro del contenido manifiesto. Por lo general, como lo indica Freud, estas poseen la cualidad de nexo, y su mayor o menor intensidad ya no podrá resolverse por medio de una descarga autónoma. La sensación que es ahora *palabra* puede agrandarse en tamaño,

espacio y tiempo, pero lo que determinará a la final su intensidad es su valor de contenido. Esto no quiere decir que las modificaciones que se apliquen a ellas no deban ser tomadas en cuenta, ni que el significado contenido en la palabra deba ser lo único a considerar. Hay aquí ya una formación de compromiso, pues la condensación necesaria introduce un receptáculo en forma de palabra, que se escribe con letras grandes o pequeñas, pero su contenido es variable; tendrá un valor según el contexto de cada persona. Es algo que vale advertir antes de creer que la palabra creada para hacer posible el psiquismo posee una significación. Lo indeterminable de la cuota de condensación es una forma de decir que esta, como proceso, no produce significados, sino la capacidad de que los haya. La condensación-represión no es entonces una pieza como tal, es la operación que eleva la falta por omisión al nivel de las piezas imaginarias del rompecabezas. Así, la condensación-represión no sería entonces la pieza que no vino en el cartón, sino más bien la mano que la quitó antes de que se cierre el cartón.

Entonces, la pregunta por el origen de la falta se puede responder diciendo que la falta viene del cuerpo, el que, tras servir de altar para el sacrificio que ofrece la inmediatez de la necesidad a cambio del favor de las representaciones para tramitar la satisfacción, queda parcialmente omitido de lo anímico. Quizá podrá decirse que la condensación-represión es una pieza lógica, pero no sería acertado considerarla como una pieza más en el símil del rompecabezas. Ella está allí para conectar ambos mundos: pone al cuerpo a la merced de las representaciones, y por tanto del *desplazamiento*.

4.2.La represión, el desplazamiento, la sobredeterminación y sus temporalidades

Confianza en que la concepción de la represión como la instancia lógica que estructura el psiquismo haya quedado debidamente demostrada, se trabajará ahora la noción de que tanto ella como el desplazamiento son funciones psíquicas cuya finalidad es crear, regular y sostener el tiempo psíquico. Ambas son indispensable a tal fin, pues si la represión opera como una omisión vertical, que eleva una sensación a la dignidad de palabra, el desplazamiento hará lo mismo en un sentido horizontal. El ojo avezado capta de inmediato que se puede trazar con ellas dos ejes, a modo de un cuadrante cartesiano; mas es aconsejable hacer un uso cauto de las figuraciones, pues, como se vio con el símil del rompecabezas, enturbian la comprensión tanto o más de lo que la

esclarece. Si tal se hace, bien pueden servir para comprender los rudimentos de la lógica temporal del psiquismo. Se señala:

Discierno entonces la índole de la relación entre contenido y pensamientos oníricos: no solo los elementos del sueño están determinados de manera *múltiple* por los pensamientos oníricos, sino que los pensamientos oníricos singulares están también subrogados en el sueño por varios elementos. De un elemento del sueño, la vía asociativa lleva a varios pensamientos oníricos, y de un pensamiento onírico, a varios elementos del sueño. La formación del sueño no se cumple entonces como si cada pensamiento onírico singular o cada grupo de ellos brindara una abreviación para el contenido del sueño, y después el pensamiento que sigue ofreciera otra abreviación en calidad de subrogación, a semejanza de un electorado que designase un diputado por distrito, sino que toda la masa de pensamientos oníricos es sometida a una cierta elaboración después de la cual los elementos que tienen más y mejores apoyos son seleccionados para ingresar en el contenido onírico; valga como analogía la elección por listas. Cualquiera que sea el sueño que yo someta a una desarticulación parecida, siempre encuentro corroborados idénticos principios, a saber: los elementos oníricos, y cada uno de ellos aparece determinado de manera múltiple por referencia a los pensamientos oníricos. (Freud, 2013, p.292)

Pensando en un plano cartesiano, vemos que para Freud dos dimensiones no bastan. Cuando propone pensar la determinación múltiple como lo que establece correspondencia entre un elemento varios y varios de otro registro, ya vemos que deben haber dos planos superpuestos, y por tanto una profundidad. El contenido manifiesto remitirá a varios puntos de los pensamientos oníricos, que pertenecen a una cara opuesta que no es una proyección fiel de lo manifiesto ni viceversa. La censura, desde el contenido manifiesto, toma lo latente como un conjunto y selecciona de allí lo que le sirve para elaborar la escena onírica. Freud deja en claro que la determinación onírica no es brusca, que lo latente no se impone a lo manifiesto para elegir una representación determinada que le permita ser parte del sueño. A diferencia de las representaciones del contenido manifiesto del sueño, que alcanzan una representación formal, en lo latente las representaciones carecen de todo valor representativo como tal. En su registro, las representaciones se sirven de otro tipo de reglas para formar una comunidad. Más arriba se mencionó que una representación latente puede alojar el afecto de diferentes vivencias y los afectos que desprenden sus iteraciones; la condensación sería el cúmulo de afectos que se enhiesta como una lanza que logra perforar un punto de acceso, en unas condiciones particulares, hacia lo manifiesto.

Como tal, este punto carece de representación; solo una vez que emerja de lo latente, lo manifiesto acudirá a su auxilio, ofreciéndole representaciones particulares para sujetar este ente peregrino y evitar que se vuelva a sumergir. En rigor, este es el único punto donde hay verdadero contacto entre los dos planos de contenido. La superposición de dos dimensiones cartesianas, o la propuesta de Freud de pensar la cooperación entre lo latente y lo manifiesto como quien se sirve de una lista electoral para elegir gobernantes, son maneras de dar cuenta de la disimetría fundamental que evita la traducción cabal del contenido manifiesto. Tanto en el sueño como en el síntoma, lo que hay es una aproximación entre lo consciente y lo inconsciente. Hay sí, puntos donde la aproximación es mayor, cuando puede suceder que el eje vertical incida con mayor fuerza que el horizontal, entendido esto como que la sobredeterminación sincrónica compensa la falta de desplazamiento, o que suceda lo opuesto, y que sea el desplazamiento diacrónico el que aproveche el débil influjo de la sobredeterminación. Así vista, la formación del sueño y del síntoma como funciones homólogas, dan cuenta del psiquismo como un proceso derivado de las funciones temporales de la condensación-represión y del desplazamiento. Entre estas, la variable independiente será la condensación-represión que se ha de ubicar en el plano de las ordenadas; el desplazamiento por su parte ha de ubicarse en la dependiente, en el eje de las abscisas. Se advirtió que los símiles pueden confundir, aquí sale al paso una objeción que da cuenta de ello: ¿Pero no se había planteado a la condensación como una operación de elevación? ¿No debería esta continuar por el eje de las abscisas ya que en la relación de función esta es la que corresponde a la variable independiente?

En efecto se trabajó cómo en el sueño la condensación es la operación que apila los afectos debajo de la égida de una representación vaciada de contenido, hasta que esta logra perforar la superficie del contenido manifiesto del sueño. *Pero hay que aclarar ahora que condensación no es sobredeterminación.* Este sucinto aserto permite disolver sin mayor esfuerzo la aparente contradicción: sí, la condensación apila y sobredetermina, cualidades de la superposición sincrónica de representaciones, pero solo en el registro de lo latente. Una vez que franquea el límite de lo manifiesto, la represión es tomada por el orden temporal de las representaciones, que se articulan de manera diacrónica. Permanecerá aún la insistencia vertical de los bajos fondos de lo latente, pero subordinado al sentido proposicional del orden diacrónico. Es por ello que lo que

en la consciencia se aprehende como sincronía ya no es condensación, sino sobre-determinación: toda representación en lo anímico ha de subordinarse a la primacía de la diacronía para un mejor discurrir del tiempo. Ultimando las implicaciones de esta intelección, se cae por fuerza en que la sobre-determinación hace las veces de la condensación en la consciencia, pero ella en sí no es condensación.

La apuesta por el símil de los ejes cartesianos no parece mal enrumada. Con todo, se puede aún desarrollar mejor en dos puntos: el carácter necesario de la subordinación a la diacronía y la noción de función utilizada en él.

¿Por qué la condensación ha de subordinarse a la diacronía? ¿No puede ser al revés? ¿No pueden imponerse las reglas de asociación de la condensación al registro manifiesto de la consciencia? Se debe responder que no. La superposición entre representaciones ha de vetarse para que el pensamiento sea posible. Si las representaciones solo estuvieran regidas por la sustitución sincrónica no pudiera ser posible la sintaxis del tiempo, pues esta se da en virtud de las construcciones proposicionales diacrónicas propias del mundo de las representaciones que determina al psiquismo. El estudio del sueño y del síntoma histérico exigen la primacía estructural de uno de los dos registros sobre el otro. Es así que la condensación-represión queda necesariamente subordinada al tiempo diacrónico. Independientemente de la estructuración psíquica particular de cada persona, esta subordinación debe estar presente, de lo contrario no habría comercio asociativo como tal, y ya desde Freud se constataba que el lenguaje es un fenómeno tras-estructural.

Es turno ahora de aclarar qué debe entenderse por la noción de una operación de función temporal que articula los ejes de la sincronía y la diacronía. La definición de función en matemáticas usualmente refiere a la correspondencia unívoca entre un elemento de un conjunto con otro. Como es sabido que lo unívoco no tiene cabida en el mundo de las representaciones, habrá que limitar la función a un instante único, radicalmente opuesto a los dos registros, que, en tanto tal, opera como franja lógica, como un principio de simultaneidad que queda restringido a un tiempo lógico determinado. Se conoce ya este instante, es la represión. Ella hace coincidir por una única vez diacronía y sincronía, y establece la disimetría que de allí en más priorizará la formación y el sostenimiento del sentido. Así pensada, la noción de función ha de entenderse

como el modo de articulación de dos conjuntos categóricamente distintos, no como la correspondencia de sus elementos. Vetado así el efecto simultaneidad entre desplazamiento y sobredeterminación, habrá que explicitar el modo en que conviven los dos ejes temporales dentro del cuadrante anímico de lo manifiesto. Será nuevamente de ayuda *La interpretación de los sueños* con el siguiente pasaje:

Tales intercalaciones son a menudo fácilmente reconocibles; esas partes se relatan con titubeos, se las introduce como un «como si», y siempre se acomodan en lugares donde pueden servir al enlace de dos fragmentos de contenido onírico, a la facilitación de un nexo entre dos partes del sueño. Su capacidad de permanencia en la memoria es menor que la de los genuinos retoños del material onírico; cuando el sueño sucumbe al olvido, son ellas las que caen primero, y yo tengo la fuerte presunción de nuestra frecuente queja —que hemos soñado tanto pero olvidamos la mayor parte y no conservamos sino jirones— se debe justamente a la rápida disipación de estos pensamientos-argamasa. Ante un análisis más exhaustivo, estas intercalaciones se delatan muchas veces porque no hay en el material de los pensamientos oníricos nada que les corresponda. No obstante, después de un cuidadoso examen, debo caracterizar este caso como el más raro; la más de las veces los pensamientos aglutinantes se dejan reconducir de todos modos los pensamientos oníricos, que, empero, ni por su valencia propia ni por sobredeterminación podría pretender que se lo acogiese en el sueño. Esta función psíquica que ahora consideramos, operante en la formación del sueño, solo en los casos más extremos parece elevarse hasta producir creaciones nuevas; mientras le es posible, usa lo que puede convenirle del material onírico. (Freud, 2013, p.486)

¿Qué nos dice Freud aquí? El pasaje está sacado de un contexto en el que se trabaja la función de los *pensamientos-argamasa*. Freud propone pensarlos como un recubrimiento superficial que esconde el deseo del sueño. Ellos parecen estar allí para establecer contacto entre dos puntos separados del contenido latente onírico. En principio, ellos carecerían de valor, y en virtud de ello el trabajo del sueño los convocaría para ejercer como nexo. También dice Freud que ellos se presentan como titubeos, como dudas, que a lo mucho alcanzan para suponerles una significación —es a lo que refiere el «como si»—. Pero inmediatamente advierte que ellos no son meramente un disfraz para velar la conexión entre el material onírico, ellos son en sí la vía de conexión. Esa aparente superficialidad sin un valor determinado permite la reconducción hacia los pensamientos en el seno de la formación del sueño. Gracias a ellos es que tenemos acceso a pensamientos oníricos que de ninguna manera pudieran entrar en escena. Entonces, el sueño no solo opera *tras* bambalinas, sino precisamente *en* ellas.

Si extrapolamos esto a la clínica de la neurosis, vemos como calza con la función

que tiene la representación por fuera del sentido que parece no tener conexión alguna con el ocasionamiento del malestar. La histeria, como el sueño, requiere de eslabones intermedios que restituyan su verdadera intención. El llanto que al principio no se deja reconducir a ningún pensamiento de la misma temporalidad, logra ser reconducido en un movimiento parabólico en reversa que se sirve tanto de la diacronía como de la sincronía para salir del *impasse* temporal en el que se ha detenido el sentido. Del mismo modo, si lo disparatado del sueño logra ser dilucidado es por estos pensamientos sincrónicamente sobredeterminados que velan la relación entre dos puntos de la diacronía del sueño. Los pensamiento-argamasa son en verdad sucedáneos de la condensación, y se manifiestan en lo anímico como sobredeterminación vertical, la que nada tiene que ver con la sustitución u omisión estructural. Freud los considera como las partes del sueño más susceptibles al influjo del olvido, ¿por qué? Porque al despertar, el yo recupera sus fuerzas y las nuevas impresiones del día ayudan a terminar el trabajo que la censura no logró durante el sueño: impedir el afecto que se desprendería al conocerse el verdadero parentesco entre dos representaciones que se tienen por extrañas. La sobredeterminación introduce una extensión vertical que hala el sentido hacia arriba, sujetándolo la cadena en cierto eslabón, lo que contrae el tiempo y acerca sus extremos. En oposición a esto, el desplazamiento hace que el sentido resista huyendo horizontalmente del extremo más reciente. Sobredeterminación y desplazamiento se oponen para tensar los eslabones del sentido con arreglo a las dos temporalidades psíquicas: la sincronía y la diacronía.

4.3. Los eslabones sobredeterminados y el desconocimiento necesario sobre la falta

¿Cuáles son los eslabones asidos por la sobredeterminación? Cuando se trabajó el mecanismo del síntoma histérico, se logró demostrar que en el estallido de la enfermedad deben influir tanto condiciones cuantitativas como cualitativas. Las primeras quedaron bien ubicadas como las que determina el miramiento por el monto de afecto que no ha de rebasar el umbral de tolerancia del yo; las segundas lo fueron, por su parte, como los encuentros con la sexualidad en diferentes momentos de la vida y sus representaciones. La clínica de la neurosis enseña que donde la repetición acucia, el tiempo se embota y el comercio asociativo se vuelve tanto más sincrónico cuanto menos diacrónico. La sobredeterminación de una representación sobre otra termina elevándose

tanto que el trabajo de pensar deviene riesgoso. El paciente se siente invadido por una impotencia, la repetición arrecia y con cada nueva ocurrencia que se sume a la pila sincrónica, no hace sino incrementar el riesgo de una inminente caída. Ante esto, Freud comprendió que, si a la diacronía se le veta el sentido progrediente, quizá el regrediente permanezca abierto, a condición de que en ello medre la sincronía. Su método no es otra cosa que un retorno, un lazo que se forma por la oposición entre la sincronía que empuja hacia arriba y la diacronía reconducida hacia el pasado. A medida que el sentido se reconduce al pasado, el empuje sincrónico va cediendo, y así hasta que se llega al borde de la recordable. Tal como indica Freud, allí no se encontrarán sino un grupo selecto de representaciones particulares que bordean la represión. La sobredeterminación sincrónica, reconducida hasta el primer tiempo, se reducirá y contará entonces con pocas representaciones. Llevado así, el método de Freud recupera para el paciente la dimensión diacrónica, es decir, que un nuevo recorrido es posible después que el sentido se desembotara gracias al debilitamiento de la sobredeterminación inhibitoria; solo que para ello fue necesario realizar un vaciamiento de sentido en el comercio asociativo, lo que, según lo indica el síntoma, solo puede realizarse con efecto retardado {*Nachträglich*}.

Esto es lo radicalmente nuevo del método de Freud: emplazar las vivencias sexuales en el tiempo determinado de la infancia para que operen como condicionantes del síntoma histérico. Lo movió a ello reconocer allí una inmadurez representativa para dar cuenta de los afectos desprendidos por el cuerpo. El síntoma se forma cuando la única solución posible para tramitar el afecto es introducirlo en el comercio asociativo como una pérdida de sentido, como una falla representativa que se ubica al inicio de la cadena. Fijada en la primera infancia, la falla quedará relegada de la consciencia, donde solo podrá ser pensada como una falta. La falla excluida verá impotente como el sentido avanza, y como queda olvidada en la prehistoria del paciente, como las sagas míticas de los antiguos. Hay entonces una distinción entre falla y falta. La falla queda excluida en una instancia axiomática que hace de la falta su representante en el comercio asociativo. Es la falta como representación la que participará la dialéctica que articula las dos temporalidades necesarias para dar cuenta del saber. Si la cosas no fueran así, si la falla solo operara como falta representativa dentro de la consciencia, la insuficiencia representativa solo acometiera una vez en la vida, no tendría la capacidad de

articular el tiempo y el tratamiento del síntoma histérico debería poder resolverse dentro de la misma temporalidad en la que deviene mórbido: bastaría con encontrar una representación que ocupe el lugar de la faltante. Pero es bien sabido que la insuficiencia representativa no acomete una sola vez en la vida. Cuando la sexualidad vuelve a despertar en la pubertad, el cuerpo nuevamente deja en la estacada a la capacidad representativa. Esto sucede porque el comercio asociativo solo es posible por oposición, por contraste; para dar cuenta del retorno de la sexualidad, el psiquismo busca las vivencias que supusieron representaciones homólogas para poder contrarrestar el afecto perturbador. Es aquí donde la sobredeterminación opera y el sentido regresa a buscar en los orígenes las representaciones sobre lo sexual que en el presente vuelven a faltar. En el tratamiento clínico, el paciente se convence de que hay un saber sobre lo sexual en el pasado, y que el enigma recién acaecido se resolverá una vez que se lo contraste con aquel que se le supone al pasado.

Pero para su sorpresa, el paciente descubre que donde se supone un saber, hay en verdad una falla estructural que se inscribe como imposibilidad representativa. Lo que el paciente descubre en la reconducción del síntoma es que el saber los orígenes están vetados desde el momento en que operó la represión. El mito, la aproximación será entonces el único tipo de saber con que el neurótico podrá construir su historia. Cuando la reconducción del síntoma dé todo lo que puede dar, y el paciente regrese al tiempo del estallido del síntoma, habrá una diferente versión de los hechos, pero nunca un saber cabal sobre la verdad. La sobredeterminación asirá entonces la cadena en los puntos en los que la capacidad representativa falle en dar cuenta de los afectos del cuerpo; al no contar con una representación en la diacronía que permita producir un efecto de saber por medio de la oposición en la cadena, la sobredeterminación sincrónica introducirá nuevas representaciones para ver cuál logra aplacar el malestar que se desprende de la ausencia de representación. Es por medio de la sobredeterminación que se descubre toda una serie de representaciones olvidadas que por fuerza han de reconducir al pasado, pues nunca la sobredeterminación ni el desplazamiento operan por separado: incluso la sincronía debe tener una referencia, por más débil que sea, con la diacronía; es por esto que el síntoma retorna al pasado, dado que, donde la oposición diacrónica entre representaciones no es posible, regresar es la única dirección transitable. Pero, para que todo esto sea tenga efecto, la falta debe estar sujeta en la franja donde la memoria pierde su fiabilidad. Es condición de la neurosis que el

sentido se construya a través de recuerdos; el síntoma histérico no es sino una comunidad de recuerdos sincrónicos y diacrónicos que manejan mejor o peor los afectos. Esto solo es posible si la falta está encadenada en los orígenes irrecuperables para la consciencia.

¿Qué pudiera pasar si la falta no queda definitivamente fijada allí, en la franja entre el olvido y lo recordable? Es decir, ¿qué pasa si no opera la represión? ¿Qué efectos produciría esto en el psiquismo? En breve, que no se articularían las dos temporalidades: sincronía y diacronía.

Se desarrolló ya que la represión se produce por la omisión de la continuidad entre el cuerpo y el psiquismo. La represión articula al cuerpo y sus afectos a las leyes temporales de la diacronía y la sincronía. Si ella no ocurre, el psiquismo perdería su efectividad a la hora de manejar los montos de afecto que se desprenden del cuerpo. Eventualidades como la sexualidad, que enfrentan al psiquismo a una oposición entre una representación y otra faltante, podrían estallar ya no en síntomas histéricos, sino en fenómenos propios de las psicosis. Una sobredeterminación sincrónica desarticulada de la diacronía haría que el paciente pierda toda capacidad de saber sobre su historia, y ante una sobredeterminación desenfrenada, aplastado por el peso de una ruma de representaciones inermes, perdería la esperanza y la creencia en la cura por la palabra. Si por otra parte, la diacronía pierde el auxilio de la sincronía, el paciente estaría a la merced del empuje airado del sentido a producir asociaciones; una diacronía así suelta, haría de la oposición entre representaciones una condena. No habría sincronía que lance a una cuerda al paciente que le permita halarse a sí mismo fuera del incesante torrente de la producción de sentido. Así las cosas, entraría en quiebra el método freudiano para tratar las neurosis, pues este requiere la ineludible presencia de la represión; solo así es posible efectuar el retorno del síntoma en busca de un mejor sentido para representar los afectos.

4.4.El deseo parricida en los sueños y el saber cómo una ética del deseo

La tragedia sofocleana sobre el triste destino del rey de Tebas es bien conocida por el horror que supone la unión de un hijo con su madre, tanto así, que difícilmente se

desconozca a qué refiere el Complejo de Edipo. Igual de improbable es que a este no se lo relacione a Sigmund Freud, pues el deseo sexual infantil que siente un niño por su madre es probablemente el más mentado de los asertos freudianos. Pero, asimismo, el más estremecedor y el que más enconados reproches y descalificaciones le ha procurado a su *corpus* teórico. Sin embargo, nada de esto perturba la lógica que lo determina, ni le impide ser uno de los puntales del descubrimiento freudiano del inconsciente.

La sexualidad infantil que permanece inconsciente pero vigente en la vida del adulto es el descubrimiento capital de Freud. Ella ya está presente en sus primeros trabajos psicoanalíticos; en *La etiología sobre la histeria* es expuesta como una condición irrecusable de la neurosis, aunque solamente en su estructura y forma, pues allí nada dice Freud sobre sus contenidos. El primer capítulo del presente trabajo se ocupó de demostrar cómo la sexualidad infantil forma uno de los polos de la extensión del síntoma neurótico. Quedó claro allí que la sexualidad en la pubertad y en la edad adulta reconducen a vivencias pasadas del mismo orden que, por haber acaecido en un tiempo marcado por la insuficiencia representativa de la infancia, quedaron irresueltas, esperando en el olvido hasta que, sirviéndose de los mismo recuerdos que le permitieron ocultarse de la consciencia, encuentran un lugar en esta. En un principio, Freud consideró que estas vivencias correspondían a un suceso real, a saber, el comercio sexual entre un adulto y un niño, o entre dos hermanos o pequeños de la misma edad. Pero tal noción tuvo corta vida. Ya en el texto mencionado, Freud logra reconocer que la prioridad etiológica ha de atribuírsele a los efectos que se producen a partir del entramado mnémico que despierta la sexualidad, y no a un evento que espera ser desenterrado. No obstante, en 1896 Freud aún hablaba de *agotar* la capacidad del recuerdo, creyendo que con la reconducción del síntoma histérico hasta el tiempo de la infancia se podía iluminar todo recodo que pudiera esconder una vivencia mórbida. Consideraba que la sexualidad en la infancia pervivía en el olvido para que la consciencia adulta tome de allí algún elemento, una causalidad efectiva para eliminar el síntoma. Vista así, la sexualidad infantil no tenía otra función en la cura que esperar a ser descubierta.

No fue hasta *La interpretación de los sueños* que Freud pudo desprenderse de la concepción de la sexualidad infantil como una experiencia por entero pasiva, donde su valor clínico residía en albergar experiencias olvidadas en las que un adulto agenciaba

el deseo sexual en el niño. El análisis de sueños de varios neuróticos, pero, especialmente, el análisis de sus propios sueños, lo convencieron de que la sexualidad infantil es también activa, que el niño experimenta el erotismo desde sus primeros años y que cuenta con una psicología no del todo distinta a la del adulto. Tales deseos eróticos infantiles son un factor general de la estructuración psíquica que Freud descubre a partir de la interpretación de los sueños de la muerte de seres queridos, la que, por haber sido soñada, se confirma como un deseo, según el aserto principal de la obra de que *todo sueño es un cumplimiento de deseo*. Ante tal elucidación, los pacientes se horrorizaban, ya que no podían creerse capaz de albergar un deseo tan espantoso; pero no solo ellos, sino también los círculos psiquiátricos-médicos, que quedaron igual de atónitos ante la posibilidad de que el deseo de la muerte de un padre sea la forma que toma la estructuración anímica. Se puntualiza:

Según mis experiencias, y ya son muchas, los padres desempeñan el papel principal en la vida anímica infantil de todos los que después serán psiconeuróticos; y el enamoramiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro forman parte de mociones psíquicas configurado en esa época como patrimonio inalterable de enorme importancia para la sintomatología de la neurosis posterior. Pero no creo que los psiconeuróticos se distingan grandemente en esto de los otros niños que después serán normales; que se creen algo por entero nuevo y propio de ellos. (Freud, 2013, p. 269)

Que no pase desapercibido el cierre de este último pasaje. ¿Quiénes son estos normales? La cultura victoriana en la que trabajó Freud fue producto de una infatuación con la razón que llevó al acomodamiento del orden y la razón como ideales inobjetables. No sorprende que en un ambiente así la ciencia haya avanzado del modo que lo hizo en el siglo XIX. Varias disciplinas lograron una comprensión más fina de la lógica tras los fenómenos de sus objetos de estudio; parecía que no había campo del saber que opusiera una resistencia digna al método científico, y que toda solución podía ser encontrada en un laboratorio o en una pizarra. Pero, a despecho de la época, resultó que el objeto de la psicología probó ser menos dócil, puesto que los fenómenos del psiquismo no revelaron sus secretos con la misma facilidad con que lo hicieron los de la naturaleza. Para lograr un saber sobre lo anímico, se precisa que el sujeto que investiga no se excluya a sí mismo del método que le permitirá comprender la lógica inherente a su objeto, y que reconozca que, cuando investiga este último, no hace otra cosa que estudiarse a sí mismo. Es menester que el sujeto esté dispuesto a soportar en carne propia los errores y aciertos no previsibles que tal búsqueda traerá consigo. En una

cultura tan temerosa del error, esto no era admisible. Fácilmente se entiende así el rechazo al descubrimiento freudiano por parte de sus contemporáneos, dado que este exige la introducción de lo subjetivo en el método, y esto priva a la ciencia y a la medicina de una supuesta infalibilidad. La implicación entre sujeto y objeto se evidencia en el deseo parricida, que revela puntos de contacto entre la psicología del adulto, en apariencia tan conformada a la norma, y la del niño, capaz de desear la muerte del padre para gozar de su madre. Con tal intelección, Freud hería de muerte al ideal burgués de un total y impecable control sobre el ánimo y la conducta, a la vez que introducía en la época la sospecha que finalmente lo llevaría no solo a reconocer haber deseado la muerte del padre, sino también su culpa de haberla llevado a cabo. Quizás Freud alude a sus contemporáneos cuando señala a esos "...otros niños que después serán normales, que se creen algo por entero nuevo y propio de ellos".

El desvío para recordar la ética victoriana no lo es tal si se le reconoce en él la intención de demostrar lo que instó una inquietud tan generalizada como reacción al aserto de que un deseo parricida forma parte de la constitución psíquica del niño y aun pervive en la del adulto. Pero no solo esto, sino que aquel deseo, necesariamente articulado al descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil, legitimó la psicología del niño como fundamento del psiquismo, y en virtud de ello el adulto dejó de ser esta figura idealizada, hermética e incapaz de perder la razón y el sentido. Evidentemente, el deseo de saber sobre lo anímico de Freud, y el modo que utiliza para investigarlo, supuso una posición ética respecto al saber distinta a la de su tiempo. Tras la aparición de *La interpretación de los sueños*, el hombre solo alcanzará saberes sobre lo psíquico si admite que su propia vida sea evidencia de la causalidad que lo determina; una tasa que no todos están dispuestos a pagar. Si se conviene en esto, habrá de considerarse necesario que Freud haya tomado de *Edipo rey* el material para representar el deseo parricida y a su articulación al deseo de yacer con la propia madre. Ningún otro relato como la perfecta tragedia de Sófocles logra representar con tanta fidelidad lo que estructura el alma del niño y que permanece escondido en la del adulto. Pero cabe preguntar aquí, ¿es el Edipo solo una fábula que advierte sobre los peligros de yacer con la madre? Siendo una tragedia de destino, ¿no habrá de primar su intención original de recordarle al espectador que los designios de los dioses se han de cumplir por sobre las decisiones del hombre? No hay necesidad de elegir, ambas interpretaciones son válidas y compatibles. ¿Habrá todavía lugar para una más? Antes de responder, acaso

sea mejor volver al texto sofocleano y ver si allí, por ventura, se logra una nueva lectura que sume valor al descubrimiento freudiano.

4.5. Edipo y el trágico saber sobre el tiempo

«¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!» (Sófocles, 2014, p.129)

Layo y Yocasta son los reyes de Tebas. Un día, Layo recibe del templo de Delfos, dedicado al dios Apolo, el oráculo que auguraba su muerte a manos de su hijo y que este lo reemplazaría como esposo de Yocasta. Como si no le fuera nada esa profecía, decide no revelársela a su mujer, y engendran a quien será conocido como Edipo. Pero una vez nacido su hijo, Layo teme las palabras oídas, y para evitar que se cumpliesen, da la orden a sus siervos de llevar al recién nacido hasta el monte Citerón, donde debían abandonarlo para que el desamparo le dé muerte. Con tal edicto pretendía el rey evitar cometer una impiedad imperdonable. Pero antes de entregar al niño, se estremece ante la idea de que, por azar, este sobreviva, por lo que decide perforar y atar sus tobillos con fíbulas, pues pensaba que nadie se apiadaría de un niño que no pudiera caminar derecho. Pero la Fortuna quiso que unos pastores corintios sí lo hiciesen, y tras rescatarlo y liberar sus tobillos, lo presentaron a la corte de los reyes de Corinto, Pólipo y Mérope, quienes deciden criarlo como suyo.

En sus años de pubertad, Edipo escucha de un comensal embriagado el rumor de que no es verdadero hijo de sus padres y queda espantado. Por este hondo tormento, Edipo deja la casa putativa y viaja al templo de Delfos, donde esperaba encontrar la verdad sobre su origen. Allí escucha el mismo oráculo que llegó a oídos de su verdadero padre: matará a su padre y yacerá con su madre. Pero, a diferencia de Layo, el parricidio era algo que él habría de cometer, no padecer. Un mismo oráculo destinaba así a padre e hijo a cruzarse en el punto de la muerte que Sófocles representa, con lograda ironía trágica, en el cruce de caminos a la salida de Tebas. Layo salía de la ciudad con una comitiva, mientras que Edipo, creyendo que andaba por el camino que lo alejaría de cometer parricidio, termina por retornar a la verdadera casa paterna. Allí, Edipo y Layo, incapaces de reconocerse entre ambos, riñen hasta que el hijo da muerte

al padre con un golpe de su bastón. Así se cumple la primera parte del oráculo.

La segunda parte del oráculo se cumple cuando los tebanos coronan a Edipo como su rey y este toma a su madre como esposa, ya que el trono y la viuda de Layo era la recompensa prometida a quien fuera capaz de liberar a la ciudad del azote de la Esfinge, que atizaba las cosechas y daba muerte a cada tebano que fallara al resolver su enigma. Según la versión de Diodoro de Sicilia, el enigma tomaba la forma de la siguiente pregunta: «¿Cuál es el que al mismo tiempo es un bípedo, trípodo y un cuadrúpedo?» (Diodoro de Sicilia, 2004, p. 161). Y según Aristófanes de Bizancio, la respuesta de Edipo para resolverlo fue la siguiente:

Escucha, aun cuando no quieras, Musa del mal agüero de los muertos, mi voz, que es el fin de tu locura. Te has referido al hombre, que cuando se arrastra por tierra, al principio, nace del vientre de la madre como indefenso cuadrúpedo y, al ser viejo, apoya su bastón como tercer pie, cargando el cuello doblado por la vejez. (La vanguardia, 2016)

Con tales palabras, Edipo despeja el enigma y logra vencer al monstruo. Tebas lo recompensa como estaba acordado y finalmente se consuma el aciago augurio: Edipo ha matado a su padre y ahora yace en el mismo lecho donde fue engendrado, convirtiéndose así en esposo de su madre y en hermano de sus hijos. Pero los efectos trágicos de los hechos demorarían aún en conocerse. Por un tiempo, estos solo le procuraron a Edipo la estima y admiración de los tebanos, quienes vitoreaban su carácter bienhechor y su arrojo frente a las dificultades. Lo tenían por su salvador y como el mejor entre los mortales. De hecho, la obra de Sófocles empieza precisamente en este punto, el más alto de la vida de Edipo, con la escena de un coro que acude a él para cantarle sus alabanzas y pedir nuevamente su ayuda.

Sacerdotes y jóvenes acuden a su rey para suplicar auxilio, pues esta vez la ciudad era presa de un mal peor que la Esfinge: una peste enviada por Apolo amenazaba con llevar hasta la desolación a la ciudad entera. Era el castigo a Tebas por alojar una mancilla inadmisibile que debía ser expiada para que cesara la furia del dios. Para esto, un oráculo exigía que la muerte de Layo fuera vengada, expulsando de la ciudad a su asesino, que impune vivía entre ellos, ya sea «con el destierro o liberando un antiguo asesinato con otro, puesta que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad» (Sófocles, 2014, p. 81). Edipo recibe las súplicas, hace suyo el dolor de su pueblo y empieza

su trágica búsqueda, que terminará con el más lastimoso de los destierros.

Obcecado en encontrar al asesino de su padre, Edipo hace comparecer ante él a todo aquel capaz de la identidad del criminal. Las indagaciones se suceden hasta que llega el turno de Tiresias de decir lo que sabe. El ciego adivino se queja del dolor contenido en su saber: “¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividencia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera venido aquí” (Sófocles, 2014, p.90). Al punto, reconoce en Edipo al criminal buscado, por lo que trata de callar la verdad que ha de disipar el funesto malentendido por el que sufre toda Tebas; pero es inútil, Edipo lo increpa hasta quebrar su silencio. Lo que pronuncia espoleará con violencia la tragedia para que llegue a su desenlace:

Aunque seas el rey, se me debe dar la misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no vivo sometido a ti sino a Loxias, de modo que no podré ser inscrito como seguidor de Creonte, jefe de un partido. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego, te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes desciendes? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por los dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad. (Sófocles, 2014, p. 96)

Pero Sófocles va a demorar el remate de la tragedia: Tiresias ya ha revelado la verdad sobre los hechos, pero Edipo aún no se ha reconocido en ellos como el asesino de Layo y el que ocupa el lecho junto a su madre. Esto solo fue posible luego de que el mismo pastor que lo rescató de la montaña confesará que lo aludido por el adivino es cierto. Edipo queda tan devastado que, tras cegarse a sí mismo, ruega a su cuñado que se apiade de él y lo exilie de regreso al Citerón, donde tuvo que haber muerto al nacer. Así se cumplen los oráculos de Apolo y Tebas queda libre de su ira.

En cuanto a mí, que esta ciudad paterna no consienta en tenerme como habitante mientras esté con vida, antes bien, dejadme morar en los montes, en ese Citerón que es llamado mío, el que mi padre y mi madre, en vida, dispusieron que fuera legítima sepultura para mí, para que muera por obra de aquellos que tenían que haberme matado. (Sófocles, 2014, p. 145)

Ahora bien, llegado a este punto cabe preguntar: ¿Es un final tan trágico castigo

justo para quien, por no matar a su padre, resistió a los oráculos y se confió a su suerte? ¿No lo protege la ignorancia sobre su verdadero origen de ser culpable de sus crímenes? ¿Por qué los oráculos de Apolo parecen depararle a él más sufrimiento que a cualquier otro mortal? ¿Por qué su presencia es tan perniciosa para Tebas? Bien se ve cómo desde estas preguntas asoma la convicción de que la trama argumental de *Edipo Rey* aún permite sumar nuevas lecturas a las ya hechas. Sin embargo, para no extrañarse en el intento, será provechoso hacer lo inverso que Freud, a saber, que sea esta vez la gran obra de Sófocles la que se apoye en la de aquel, para espigar de ella nuevos saberes. Se espera que estos, a su vez, puedan vincularse al esfuerzo probatorio de las elaboraciones sobre la constitución anímica propuestas en *La interpretación de los sueños*. Esto dicho, se prosigue con la nueva lectura, que ha de ser guiada por las preguntas recién planteadas. Pero una cosa aún, si estas preguntas han de dilucidar algo nuevo, una debe responderse primero para que ello sea posible: ¿Quién es verdaderamente Edipo?

Edipo es la represión encarnada. Si el lector se remite a la escena del enfrentamiento con la Esfinge y se detiene lo suficiente en ello, no hesitará en respaldar tal propuesta, ya que esta permite equiparar los efectos de la respuesta de Edipo al enigma de la esfinge a los de la represión freudiana en la constitución psíquica. Sendos efectos operan como imposiciones lógicas necesarias para que la instantaneidad de una temporalidad indefinible se subordine al paso del tiempo. Pero téngase en cuenta la siguiente precisión: proponer a Edipo y a la represión como homólogos no implica que ellos sean iguales a los efectos que producen. Si bien por los efectos es posible inferir la forma y función de una causa, aquellos no son iguales a esta. En una palabra, tanto Edipo como la represión, en cuanto funciones causales, son de una naturaleza distinta a sus efectos. Sería acertado decir que ambos son una instancia lógica cuya función es posibilitar que se establezca el orden del tiempo, mas no establecerlo en sí, dado que esto compete al mundo de las representaciones y a la lógica proposicional que lo rige.

Ahora bien, ¿cómo llega Edipo a ser por entero semejante a la represión? ¿Qué momentos de su historia ayudan a convencerse de ello? Dos sobresalen del resto y piden ser debidamente analizados. El primero tiene ocasión en el encuentro con la Esfinge. Recién se dijo que Edipo, al responder ventajosamente al enigma, restituyó el paso del tiempo, pero no quedó claro cómo y por qué su respuesta fue capaz de ello.

Recuérdese que el enigma de la Esfinge tomaba la forma de la pregunta por aquel ser que tiene voz y que «al mismo tiempo» anda en cuatro, dos y tres piernas. Acaso nadie antes de Edipo pudo comprender la referencia al hombre porque la figuración de una bestezuela desprovista de tiempo inculcaba en lo hondo del ser un horror tan inefable que ni siquiera la palabra voz fue indicio suficiente para que los tebanos den con la respuesta correcta. Solo él fue capaz de recoger al hombre del cruel acertijo. Con todo, no bastó para ello con que Edipo sepa que la respuesta a la pregunta era la palabra hombre; la herida que le permitió matar a la Esfinge no fue la palabra correcta, sino la voz, que deja el tajo por donde entró el saber que liberó al hombre apresado en la existencia sin tiempo del enigma —“¡Oye mi voz, aun cuando no quieras!”—. Al horror inefable de una vida humana sin tiempo, y por tanto indefinible, se ha de oponer la voz. Esta es la impronta humana que niega la existencia sin tiempo y abre la posibilidad de que el hombre reconozca su ser en el tiempo y no por fuera de él. Sin ella, el saber no tuviera provecho alguno, porque el saber solo puede alojarse en aquel que es ser en el tiempo.

El segundo momento de la vida de Edipo en el que será conveniente detenerse, son las orgullosas palabras que Edipo manifiesta durante el desenlace de la tragedia, justo entre el intercambio con Tiresias y la revelación final del pastor que lo rescató de la muerte. En este entonces Edipo ya ha admitido haber matado a Layo, pero aún desconoce que es su verdadero padre. Yocasta, previendo lo que está por suceder, huye para no estar presente cuando el pastor exponga el verdadero origen de su hijo. Edipo, indignado por creer que huía por la vanidad de no estar casada con un linaje real, se resarce diciendo lo siguiente:

Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna, la que da con generosidad, no seré deshonorado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso. Y si tengo este origen, no podría volverme luego otro, como para no llegar a conocer mi estirpe. (Sófocles, 2014, p.130)

A primera vista, no es fácil advertir cómo este pronunciamiento favorece la semejanza entre el rey de Tebas y la represión freudiana; hará falta un trabajo de interpretación. ¿Qué tal le calzará la siguiente?: Si Edipo es hermano de los meses, lo es solo patrilínealmente, puesto que su madre, la Fortuna, por carecer ella de toda ley, no pudo haber engendrado a tales seres. No obstante, su padre, el tiempo, es él mismo ley en

su expresión más pura. Entonces, por ser hijo de tales padres, se puede decir que Edipo es el tiempo arbitrario, o dicho de otro modo, una ley arbitraria. ¿No resuena esto con algo? ¿No dijo Freud que la interpretación de los sueños y de los síntomas siempre reconducen hasta un punto que encierra una arbitrariedad radical, del que solo se sabe algo por los recuerdos que forman su contorno? Felizmente sí, por lo que ya se cuenta con dos momentos de *Edipo rey* que auspician la semejanza propuesta.

Se ha puesto en claro que Edipo y la represión operan como la instancia lógica que, en tanto niega el paso al tiempo indefinido, marca el punto de contacto posible con el definible, donde ha de incrustarse el orden del tiempo y del mundo de las representaciones. Allí las representaciones irán al auxilio del sentido, parapetándolo de la contradicción lógica que es el mismo punto por donde se introduce la ley del tiempo, pues sin la ayuda de aquellas, corre peligro su discurrir. Gracias a esto, la contradicción queda reprimida, acotada, aherrojado a una temporalidad lógica distinta al tiempo humano. Sin embargo, dicha muralla de representaciones no es impermeable, por sus intersticios se filtran los efectos de sinsentido de la temporalidad reprimida en las leyes del tiempo que rigen el comercio asociativo anímico. Pero nada habrá de reprochárseles, cumplen con su principal propósito: vetar la relación de identidad en lo anímico para que sean posibles los modos de representación y asociación en lo anímico. La prohibición de la relación de identidad es una exigencia lógica para que sean posibles las distinciones más fundamentales. Es por ello que el enigma de la Esfinge merece especial atención: en él se admite la relación de identidad, porque esta solo es concebible como una instancia lógica en la que el tiempo y el espacio coinciden en un mismo punto; solo Edipo, con la palabra hablada, logra punzar esa cápsula que comprimía al tiempo en un presente eternizado.

Contando ya con la verdadera identidad de Edipo, será más cómodo responder a las preguntas planteadas para lograr afianzar aún más la fecunda complicidad entre las obras de Sófocles y Freud.

¿Por qué los oráculos de Apolo parecen depararle a Edipo más sufrimiento que a cualquier otro mortal? Porque, en rigor, Edipo no es verdaderamente un mortal. Su verdadero origen, que el mismo confiesa, a saber, hijo del tiempo y de la Fortuna, lo hace parte de un linaje particular. Él descende de los buenos *daimones*, presencias

divinas que, en los ritos sacrificiales, se ofrecían voluntariamente como víctima en favor del conjunto de fieles. Con su sacrificio, expiaban la indefensión que sentían estos frente a los designios celestes, apaciguando así el temor a la innumerable voluntad de los dioses. A tales seres, por su capacidad redentora, los griegos dieron el nombre de *phármakos*. Y es que, clamándole a estos que se interpongan entre ellos y las fuerzas ingobernables que los amenazaban de muerte, lograban darle sentido a la vida; mientras que, sin su ayuda, eran presos del sobrecogimiento que les causaba evidenciar su propia debilidad, del que pretendía liberarse a través de actos violentos. Era precisamente por esto último que la aquiescencia del *phármakos* era imprescindible para la efectividad del rito: su muerte debía ser un acto voluntario, no una sujeción forzosa, pues el principal cometido del rito era librar a la ciudad de la violencia con que tramiaban la angustiada impotencia que sentían, para que la vida comunal pudiera establecerse. Por esto, el *daimon*, solo luego de que, en señal de amor, recibiera las ofrendas de los suplicantes, podía ser sacrificado y devenir *phármakos* redentor. Su voluntaria entrega era la condición necesaria para que la violencia sin nombre fuera transmutada en el sentimiento de culpa: así, lo que antes era una agresividad salvaje, pasaba a ser un crimen legítimo, reglado y capaz de ser nombrado, y por tanto admisible. La buena voluntad de la víctima les aseguraba que su culpa no acarrearía un castigo igual para ellos; el amor supuesto a su víctima impedía que la sangre se limpiara con sangre y hacía imposible un intercambio exacto entre ambos. Así, entre víctima y victimario, algo se perdía en la disimetría, y con el rito se hacía existir la ausencia de violencia, donde ahora se alojaba el sentimiento de culpa. A cambio de su inocencia, los griegos ganaban cierto grado de control sobre lo ingobernable. Todo esto se ejemplifica en los ritos dionisiacos, en los que en un tiempo determinado de cada año, tras las respectivas abluciones y libaciones, se oficiaba la muerte del propio Dionisio para aplacar el temor de un mal año de cosechas.

Consabido es que el teatro griego es la continuación de estos ritos. Pero, para vencer y curar al alma del público ateniense de su época, ya imbuida de deseos de saber, del posible retorno de lo ingobernable, el dramaturgo hubo de prescindir del revestimiento místico de los sacrificios sanadores. Su sensibilidad y arte concurren para figurar la trama sacrificial de tal modo que al entendimiento del espectador se le dificulte anticiparse a los afectos que se vierten en el reconocimiento interno de la indefensión sentida como culpa, sin el cuál no se podía preservar la función expiatoria

del rito. Con vistas a esto, Sófocles pasa de dioses, y efectúa la trama en el lugar más lejano al juicio de la razón humana: en el hombre mismo. Los monumentales dotes dramáticos de Sófocles, que lo encumbran como el más perfecto trágico de siempre, se constatan en su habilidad para trasladar el peso trágico desde las intervenciones divinas hacia las decisiones humanas, sin que por ello su obra pierda la potencia catártica de lo místico para aliviar los pesares que superan al hombre. Y es que realmente, con su *Edipo rey*, Sófocles no hace sino officiar un rito secular; baste como prueba el intercambio entre Edipo y Creonte que cierra la obra. Edipo consiente a ser sacrificado por el bien de Tebas, lo que Creonte acepta, desposeyendo definitivamente a Edipo de su desastrado y orgulloso carácter, que acarreó para su ciudad mucha más pena que gloria: “No quieras vencer en todo, cuando, incluso aquello en lo que triunfaste, no te ha aprovechado en la vida” (Sófocles, 2014, p.149). Con estas palabras el poeta termina de franquear el bastión de la razón ateniense y libera el alma de su público para que sienta su más secreta inquietud al reconocerse, como Edipo, no del todo dueña de sí. El canto del coro sirve para establecer la distancia justa entre la culpa del rey caído y el público, ya que el poeta, percatado de que, donde predomina la razón, la culpa despidе un hedor a pietismo que se repudia, se vale de la compasión para formar el vínculo entre el espectador y el sacrificio final de Edipo. Así logra el poeta curar a sus contemporáneos, tal como en días pasados los sacerdotes a los fieles, del horror enmudecedor ante la indefensión que causan los males indecibles e imprevisibles que acometen al hombre.

Descubrir en Edipo su función de *phármakos* redentor en el drama sofocleano, aclara el motivo de la inevitabilidad del cumplimiento del oráculo que marcó su nacimiento. El celo con que Apolo vela para que aquel no evada la infamia de declararse culpable de parricidio y de unirse con su madre, no es una intervención caprichosa, y tampoco es por crueldad que envía la peste a Tebas. Contrario a lo que pudiera parecer, el castigo del dios es beneficioso para la ciudad, pues sirve al único propósito de indicar las vías para que sea restaurado el orden violentado por los virajes trágicos que provoca el carácter de Edipo. Y aquí vendrá bien señalar lo siguiente: Apolo no hace efectivo su castigo inmediatamente tras la muerte de Layo, sino cuando Edipo regresa triunfante a Tebas tras haber vencido a la Esfinge. ¿Por qué?, ¿por qué demora en intervenir? ¿Será el parricidio lo que verdaderamente condena Apolo?, ¿o comete Edipo otro crimen que se haya pasado por alto y que moleste más al dios? ¿Qué crimen

pudiera ser este?

Edipo comete el crimen de atribuirse el derecho a la voz humana, algo que claramente no le corresponde. Visto su origen como se quiera, ya como hijo del tiempo y la Fortuna, ya como aquella marcada por la ley divina a cometer parricidio y a yacer con su madre, o ya como el buen *daimon* de Tebas, Edipo es la presencia de una abominación lógica, la que no puede ocupar un lugar como ser en el tiempo, lo que solo se es haciendo uso de la voz. Por tanto, su presencia ha de permanecer muda y lejana. Como la represión, Edipo no debe hablar, sino dejar que otros hablen por él; debe ubicarse en un punto fijo que haga de referencia para las palabras de los hombres. Así como lo ingobernable debía ser expiado por medio de la culpa, otro tanto debía hacerse con Edipo. Los tebanos se congregaron para dar cuenta de sus horribles cargas como si fuesen ofrendas; le regalaron el saber sobre su origen a cambio de su voluntario exilio. En vano hubiera protestado Edipo en este punto, ya era evidente para todos, incluido para él, que, en cuanto abominación lógica, pertenecía a la misma estirpe de las fuerzas ingobernables. Los tebanos, como sus antepasados piadosos en los *daimones*, apostaron en Edipo el valor de sus propias fuerzas. Pero, a diferencia de ellos, desconocían el verdadero origen de su rey. Por creer que Edipo era humano, dejaron que lo ingobernable inherente a la contradicción lógica que él encarna absorbiera como un vórtice el sentido del tiempo humano y todo lo que de este depende. Por esto Apolo urde la tragedia, para que se cumpla en un segundo tiempo lo que no se pudo en el primero y Edipo regrese al lugar donde habrá de permanecer como referencia fija, por fuera del tiempo humano. Allí habrá de morar, en sepulcral silencio, para cumplir su función de velar la verdad sobre el origen del hombre: que este es hijo suyo; que él, la arbitraria ley del tiempo que permite que se establezca el tiempo humano, es padre del hombre.

Jamás deberá Edipo revelar esto. Ni aun cuando el hombre sufra y suspire por no conocer de quién es hijo, ha de confesarlo. Les convendrá más a sus criaturas que su silencio vivifique el enigma de su propio origen, para que entre ellos surja el deseo de oponer una respuesta eficaz que les permita ser en el tiempo. Edipo hará mejor si existe como la brecha que separa al hombre de la verdad sobre su origen, solo así los podrá ayudar a amainar el sufrimiento: limitándolos a un saber parcial, deducible, en el que pervive un desconocimiento sobre su origen que, en caso de conocerse, será trágico

para el que deviene sabedor, porque allí encontrará una ausencia inconmensurable, la abominación lógica que se habrá de recubrir para que su presencia sea benévola. No podrá Edipo heredarles más provechoso saber a sus hijos que ser prueba viva de que mejor se está arreglándose con un saber agujereado sobre el ser en el tiempo que siendo el depositario y la garantía de su verdad. A todos efectos, Edipo ha de ser un padre mudo y ciego, invisible e inaudible. Tanto más grande será su amor como padre cuanto menos haga por demostrarlo. Pero no fue así; lamentablemente, no hay padre infalible, y él no es la excepción. Incapaz de resistirse las ganas, acude cuando sus hijos lo llaman:

¡Oh hijos dignos de lástima! Venís a hablarme a mí porque anheláis algo conocido y no ignorado por mí. Sé bien que todos estáis sufriendo y, al sufrir, no hay ninguno de vosotros que padezca tanto como yo. En efecto, vuestro dolor llega solo a cada uno en sí mismo y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al tiempo, por la ciudad y por mí y por ti. (Sófocles, 2014, p.80)

Poco dice Sófocles que permita atribuirle al rey de Tebas un temperamento reflexivo y prudente; más bien, lo presenta como irrefrenable e indiscreto. El ojo avezado se percatará de que sus buenas intenciones no son más que una máscara para esconder la vergüenza de no haber tenido el coraje para negarse a brindar ayuda al pueblo de Tebas y librarlos de la Esfinge y de la peste. Aun pudiera decirse que, tras la máscara, no hay vergüenza, sino un desmedido orgullo, una hirsuta voracidad sádica que, más que ayudar, buscaba dominar. Es esta falsa humildad la que Apolo castiga, pues lo que parece inocente para los hombres, no lo es así para el dios de las flechas doradas que todo lo mira. Su aparente ignorancia es solo eso, aparente; la real ignorancia, como la voz, corresponde a los hombres, al espectador, porque Sófocles bien sabe que Edipo, por su origen, no “podría volverse otro”, como para no conocer su estirpe. Así pues, no hay ignorancia posible en Edipo que lo absuelva de los castigos divinos. Es por esto que, justo cuando parecía que sería capaz de engañar a los hombres y vivir como tal entre ellos, Sófocles conjura la furia del dios para que se remedie lo que las preven- ciones de Layo no pudieron impedir en un primer tiempo. Edipo ha de permanecer fuera del mundo de los hombres. Es lo necesario para devolverles a los hombres el derecho a usar su propia voz y recuperar para sí mismos el tiempo apresado en el enigma de la Esfinge. Con pedir a los tebanos que se descubra el enigmático asesinato de Layo, Apolo engaña a Edipo porque, conociendo las ruines mañas de sus buenas intenciones, sabía que este no pasaría de la oportunidad de resolver otro enigma, solo

que esta vez, el monstruo al que habría de dar muerte, sería a él mismo. Al finalizar los intercambios con los portadores de sus oráculos, el dios logra insuflar tanto dolor en la consciencia de Edipo que su máscara de bienhechor cae, y se revela a los tebanos el severo rostro inhumano del que tenían por el mejor entre los mortales. Finalmente vencido, Edipo se reconoce en sus actos, admite la culpa de haber detentado un saber impropio a él y se entrega, en un segundo tiempo, al castigo que lo esperaba desde su nacimiento, para cumplir con la función designada a él por los dioses.

¡Ojalá el destino me asistiera para cuidar de la venerable pureza de todas las palabras y acciones cuyas leyes son sublimes, nacidas en el celeste firmamento, de las que Olimpo es el único padre y ninguna naturaleza mortal de los hombres engendró ni nunca el olvido las hará reposar! Poderosa es la divinidad que en ellas hay y no envejece. (Sófocles, 2014, p. 118)

¿Por qué su presencia es tan perniciosa para Tebas? Porque, tras vencer a la esfinge y aceptar el trono y la viuda de su padre, Edipo somete a los tebanos a la sorda opresión de los efectos de la contravención temporal que él encarna. La corona en su cabeza instaaura un reino de confusión, donde se vuelve posible la amenaza de una devastación completa del orden y el sentido. La peste de Apolo aparece y hace arder el afán de defensa de los tebanos, quienes, en lograda ironía por parte del poeta, acuden a Edipo para que se extirpe la mancilla que les permitirá recomponerse. Y aquí vale añadir otro perjuicio a los ya mencionados que siguieron al crimen de usurparle al hombre la voz y privarles la oportunidad de vencer a la Esfinge y construir un saber humano sobre el tiempo a partir de su enigma: al ser coronado rey, Edipo reemplaza a la Esfinge como el azote de Tebas. La prohibida unión con su madre era la materialización del enigma que horrorizaba a los tebanos, el que, hasta entonces, solo había sido una figuración lírica cantada de la existencia de un ser desprovisto de las leyes del tiempo, en el que el nacimiento y la muerte contrapuestos, amenazaban con anularse entre sí. Nacimiento y muerte se ligaron peligrosamente en la unión de Yocasta con Edipo, porque este, por ser parricida, representa la muerte, y aquella, por ser madre, el nacimiento. Cuando los tebanos se percatan de quién es verdaderamente hijo su rey, el pavor se recrudece en ellos. Se encuentran nuevamente frente a la misma abominación lógica que los inhibía y privaba de ser en el tiempo. El dolor que produce el malentendido sobre el origen de Edipo ya no puede ser soportado; antes, por lo menos, el mal estaba circunscrito a las afueras de la ciudad, pero en esta ocasión, el peligro hiere desde dentro. Ya no hay anticipación posible, la única solución es hacer retroceder a Edipo

hasta el Citerón.

¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última vez! ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo! (Sófocles, 2014, p. 136)

La unión de madre e hijo es una contravención lógica a las leyes divinas por las que Apolo debía velar. Así, desde los primeros oráculos sobre el nacimiento de Edipo, pasando por el parricidio, llegamos al deseo incestuoso, que puede ser expresado en términos de una lógica temporal: yacer con la madre como la figuración de la cobardía que en un primer tiempo Sófocles mostraba como la evasión de los tebanos a oponer su voz al enigma y admitir así el paso del tiempo, de su propio nacimiento y de su eventual muerte, pues estos elegían morir asfixiados por garras ajenas antes que reconocerse con su voz como seres en el tiempo. Se demuestra con ello que, tras el horror sentido ante la Esfinge, se esconde el deseo de callar, de no hablar, de congelarse en un presente indeterminado donde la ley del tiempo pierde su efecto. El horror ante el incesto, examinado de cerca, esconde el mismo deseo: matar al padre —la ley— para yacer con la madre —el silencio indeterminado y su cariz mortífero—. Y es que si se acusa a Edipo de infringir la ley al querer escabullirse como ser en el tiempo, no se puede dejar impune a los hombres. Estos son culpables de no reconocer los límites que conlleva ser hijos de la arbitrariedad, de un tiempo fuera de toda aprehensión. Si el crimen de Edipo fue arrogarse la voz, el de los hombres fue su cobarde deseo de abrogar su derecho a ella.

De repente, el rey se convierte en el suplicio de sus súbditos. Y es que ahora, esta vez sí ciego a las consecuencias de sus actos, Edipo inquiera con vehemencia hasta encontrar al parricida, creyéndose a salvo de lo que pudiera encontrar. Pero, afortunadamente, la ciudad contaba con el amparo de Apolo. El dios, como el poeta, aplica la justicia con sutil ironía, y hace de los llamados por Edipo a dar las buenas nuevas, los portadores de su desconsuelo. Tiresias y el pastor le revelan que vive en ignominiosa unión con su madre, que engendró donde fue engendrado, y que tal aberración temporal es la causa de los males que ahora sufría Tebas. Ya se vio como el poeta, a razón del enfrentamiento entre Edipo y la Esfinge, convirtió el desvalimiento de los tebanos en el consentimiento de someterse al mando de aquel que podía socorrerlos ante el

horror de lo indecible. Pero asimismo, se pudo desvelar que, en dicha escena, la valentía de Edipo no es amor hacia su gente, sino hacia él mismo y que es su orgullo lo que está destruyendo a la ciudad. Sófocles tiene que officiar el sacrificio que remedie la situación, pero comprende que, a diferencia del encuentro con la Esfinge, deben ser los tebanos quienes, esta vez sí, den voz a la respuesta que extirpará la mancilla que toma la forma monstruosa del parricidio y de la unión entre madre e hijo. No bastará entonces con que el inhumano Edipo confiese su culpa y pida su exilio; esto habrá de ser sancionado por la voz humana que sentencie, así sea entre lamentos, los crímenes de su rey. Aquí la trama revela una vez más el genio sofocleano para conservar la estructura y los efectos del rito en el alma secular: aquel ser invocado en el momento de absoluto desamparo, es luego desamparado; con ello, la culpa pasiva de un primer tiempo, cambia de estatuto y se vuelve activa en un segundo. Los tebanos y Edipo se reconocen culpables en el mismo punto: no prever los efectos ulteriores del pacto establecido para librarse de la intimidación de la Esfinge.

No quedan preguntas pendientes de las que se plantearon para estrechar los vínculos entre *Edipo rey* y *La interpretación de los sueños*, sin embargo, aún se pueden realizar ciertos señalamientos que no han de obviarse para que la presente lectura pueda dar lo que más pueda de sí. ¿De qué sentimiento Sófocles libera al espectador con *Edipo rey*? ¿Es la ignorancia un alegato legítimo de la inocencia de los tebanos en la tragedia? ¿Se ha sido demasiado duro con Edipo arguyendo en contra de sus actos de bondad?

Se dijo que, al final de la tragedia, el poeta habrá alcanzado su propósito si el alma del público logra atenuar el malestar que ciertos sentimientos y actos humanos pueden suscitar al reconocerse en el destino del protagonista. No obstante, falta aún precisar cuáles se tratan en la obra de Sófocles, pues no son cualesquiera, sino unos selectos, que fungen como cimientos universales del alma. Dichos sentimientos se generan en lo anímico a partir de los modos dialécticos entre la culpa y el castigo, los que, a su vez, se desprenden de la instancia axiomática que es la indefensión del género humano ante fuerzas ingobernables, externas o internas. Para ello, se ha de ubicar dónde en la obra se muestra mejor esta dialéctica. Así se podrá ver qué sentimientos hace el poeta surgir allí y con qué fin.

No hace falta encontrar escenas nuevas, son aún de provecho las que ya se han trabajado. La primera es el enfrentamiento entre Edipo y la esfinge: la culpa de no haber sido lo suficientemente valientes o aptos para responder al enigma era expiada con la ruina de las cosechas y la muerte de ciertos tebanos. Aquí, culpa y castigo, se articulan de tal modo que se genera un sentimiento de gratitud y admiración hacia Edipo por haberlos liberado de dicha culpa y castigo. Los tebanos, sus hijos, como él los llama, lo tienen por modelo de las virtudes que ellos desearían para sí. La segunda escena es el desenlace trágico, en la que culpa y castigo pasan del pueblo a su rey. La culpa de alojar la mancuerna del parricidio y el incesto pasa de los tebanos a Edipo solo, al mismo tiempo que el castigo de la peste que afectaba a Tebas entera se convierte en el exilio de aquel. En esta ocasión, de la culpa y el castigo, surge la gratitud y la compasión. Entonces, se han podido coagular dos pares de sentimientos a partir de la culpa y el castigo: en un primer momento, gratitud y admiración, en el segundo, gratitud y compasión. La gratitud se repite en ambos casos, por lo que se la puede colocar como función de mediación entre el par culpa-castigo y la admiración y la compasión, respectivamente. Se podría decir que la gratitud es un conector que establece una relación de dependencia en la dialéctica entre el par culpa-castigo y los sentimientos que de allí se obtienen. Pero para que esto sea plausible, será mejor suspender por un momento la acepción común de la gratitud y mantenerla como una instancia de conjunción. Estos dos pasajes permiten corroborar lo planteado:

¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora te celebra como su salvador por el favor de antaño. (Sófocles, 2014, p. 79)

¡Ah, hijo de Layo, ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Yo gimo derramando lúgubres lamentos de mi boca; pero, a decir verdad, yo tomé aliento gracias a ti y pude adormecer mis ojos. (Sófocles, 2014, p. 137)

Las primeras palabras son pronunciadas por los tebanos para suplicar que, como hizo con la Esfinge, lo haga de nuevo con el nuevo mal que los supera en fuerzas y entendimiento, la peste, y ponga fin a su castigo y a su culpa; es manifiesto que la admiración ha tenido que pasar por la gratitud. La segunda exclamación, no obstante que sea una lamentación, da cuenta que la gratitud como conjunción también puede introducirse en el ánimo como una objeción al sentido de los hechos. El coro canta por el público, y llora haber sido testigo de los crímenes de Edipo, sin que por ello le dejen de estar agradecidos y movidos a la compasión. Pero, ¿por qué agradecerle y admirarlo

en un primer tiempo, y luego agradecerle, incluso a regañadientes, y sentir compasión por él en un segundo tiempo? ¿Qué busca con ello el poeta? Porque así se estructura la lógica temporal del sacrificio ritual, que funciona en virtud de los dos sentimientos que cimientan el alma, admiración y compasión, que se suscitan en dos temporalidades distintas. Sófocles la preserva en su creación trágica porque reconoce el valor expiatorio universal en ella para liberar al alma de las falencias, presentes o pasadas, que perviven soterradas como sentimientos de culpa y deseos de castigo. Para esto, Sófocles debía innovar. Cuando Grecia vivía sumida en la superstición, la culpa se consideraba el justo precio a pagar para refrenar la violencia como respuesta a la impotencia frente a lo ingobernable. Pero ya para los tiempos de Sófocles, la culpa era considerada un precio abusivo, dado que la violencia estaba bien distribuida en la polis entre la guerra, los juegos y las fiestas. La orgullosa razón de su público desafiaba así al genio del poeta a encontrar expresiones más refinadas y complejas que los sentimientos de antaño, para luego hacer surgir del fondo del alma las viejas culpas que se creían superadas.

Frente a un público tan ufano de su intelecto, ¿es recomendable pasar de la razón? ¿Gana o pierde Sófocles al representar al hombre como víctima de la ignorancia, ciego hasta que es muy tarde para ver? Cuando Edipo acude por primera vez a la ayuda de Tebas y derrota a la Esfinge, no es aún consciente de haber matado a Layo, y aun menos de que era su padre. Acepta ser el salvador de la ciudad donde es peregrino, y libra a sus ciudadanos de sentir culpa por saberse ignorantes a la hora de responder a ese monstruo que plantea un enigma sobre el ser y el tiempo. Pero lo hace de un modo casi maquinalmente, pues no atribuye su éxito a un saber reconocido por la adivinación o refrendado por los dioses y su ley, sino a su pura habilidad, desprovista de todo saber. En este primer tiempo Edipo actúa a pesar de saberse ignorante. No prevé que su arrojo y entrega en este primer tiempo permitirán que el saber sobre el tiempo que obtiene tras su victoria pase a manos de los ciudadanos, quienes, tras la ruina y exilio del rey, lo reemplazarán como detentores del saber sobre el tiempo. Véase esto en la diatriba que Edipo dirige a Tiresias, cuando este despierta en él la sospecha de haber cometido parricidio:

¿Cómo es que no dijiste palabra alguna que liberara a estos ciudadanos cuando estaba aquí la perra cantora? Y, ciertamente, el enigma no era propio que lo discurreniera cualquier persona que se presentara, sino que requería de arte adivinatoria

que tú no mostraste tener, ni procedente de las aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros. (Sófocles, 2014, p. 95)

Ya no hay bonhomía en Edipo; las alusiones a su culpabilidad lo vuelven implacable en sus amenazas. Protesta ahora contra los mismos a quienes prometía ayudar; les echa en cara su desagradecimiento y cobardía, y tira por los suelos a sus saberes, a sus artes adivinatorias y a las revelaciones de sus dioses, al espetarles que de nada les sirvieron para librarse de la impotencia sentida a causa del enigma. ¿Y qué decir de los hombres? ¿Acaso no dice cosas ciertas Edipo?

No son inmerecidos los ataques a los hombres. Se propuso ya que en la ausencia de voz hay un deseo de callar para no despertar al tiempo; además, hay suficiente material en la obra para argüir que la cobardía de los tebanos pueden considerarse lasciva y concupiscente. La admiración ofrecida a Edipo no es otra cosa que una impostura para esconder su voluntaria irresponsabilidad. Y no se puede defender la pasividad de aquellos aduciendo su imposibilidad, por ser mortales, para conocer la verdad sobre el tiempo, pues quedó claro que les alcanzaba con el deseo de hablar, de oponer la propia voz para reconocerse en la pregunta de la Esfinge. Tampoco se los puede disculpar con decir que nadie conocía la verdadera identidad de Edipo, porque no es cierto; a más de Tiresias, estaba el mensajero que sobrevivió al combate en el que murió Layo y el pastor corintio que confesó haberlo rescatado de pequeño, y vale decir que no ayuda a la defensa de los hombres que fácilmente se constata que todos ellos hablaron porque fueron compelidos, no por voluntad propia. No hubo uno entre ellos que mostrará el fervoroso deseo de un saber cabal. Ni siquiera Creonte, que fue quien viajó a Delfos y regresó con el oráculo que indicaba cómo librarse de la peste de Apolo, se decidió a recoger la evidencia necesaria para disipar la insidia. Solo Edipo quiso saber. De toda la obra, él es el único que cree en los oráculos de Apolo. El saber que alcanzan los hombres en un segundo tiempo es gracias al ímpetu que Edipo pone en que se cumplan los edictos del dios; si él no hubiera reunido a los hombres para dar con el asesino, el castigo de Apolo no hubiera cejado. Es más, si de Tiresias hubiera dependido, Tebas hubiera caído por su cobardía. Prefería callar y dejar que arda la ciudad a decir la verdad que dejaba en evidencia el linaje de Edipo y, sobre todo, su complicidad en todo lo que estaba sucediendo. Solo se dispone a hablar bajo el amparo de Apolo,

lanzando invectivas a Edipo por la vehemencia con que buscaba el saber que él callaba. Su interés no era el colectivo, sino el propio. Así que, por todo lo dicho, no se puede permitir que el hombre alegue su inocencia a razón de una ignorancia que ahora se descubre como falsa.

Entonces, ¿es tan culpable Edipo como se lo había propuesto? ¿Se ha sido demasiado severo con él? Más arriba se lo incriminó por fingir ignorancia sobre el saber del tiempo, manifestando que la ignorancia es expresamente humana. Se presentó una versión de Edipo sosa, como un villano que el azar por sí solo se encargó de capturar. Teniéndolo por un extraviado errante, que de tumbo en tumbo termina por vencerse solo, se hace sufrir a la propuesta principal del presente apartado: proponer a Edipo como la represión encarnada, y a ambos como la instancia lógica-temporal que hace posible el acoplamiento del hombre al orden del tiempo. Pero no es del todo así. La lectura abordada pide que se mire a Edipo sin emitir sentencia antes de tiempo. ¿Qué ha hecho Edipo sino cumplir con los oráculos de Apolo? Aun cuando se resistía a ello, posibilitaba que los oráculos que el dios enviaba a los hombres se consumaran a la letra, y nunca, ni siquiera durante su enjuiciamiento, se queja de ello. Si maldice a alguien es al hombre, que no lo dejó morir y con ello evitarse el dolor que padeció y causó.

¡Así perezca aquel, sea el que sea, que tomó en los pastos, desatando los crueles grilletes de mis pies, me liberó de mi muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera muerto entonces, no habría dado lugar a semejante penalidad para mí y los míos. (Sófocles, 2014, p. 142)

Deplora la compasión que le permitió vivir y, al final de la obra, pide que no se lo vuelva a compadecer. Edipo ha entendido ya quién es: si vivió, fue para velar por las disposiciones de los oráculos, el único destino posible para él hubo de ser la muerte. Pero quiso el azar que viva una vida híbrida, con un pie en la vida y el otro en la muerte. Visto así, la voracidad de su carácter ya no se explica bien atribuyéndole un orgullo humano desmedido, más aprovecha pensarla como una compulsión privativa de la naturaleza azarosa de su origen. Siendo su vida un malentendido, careciendo de nombre alguno que le sirva de referencia, no sorprende la falta de previsión en los actos de Edipo. ¿Pero es esto realmente nocivo para el hombre? Considérese que con sus invectivas, no injustificadas, recuerda al hombre de que su habilidad para producir

efectos, aun cuando no sepa cómo dar cuenta de ellos, es una ventaja con la que no contaban antes de su llegada. Y esto es cierto, y aun más, es la función principal de Edipo en la tragedia: hacer posible para los hombres el saber sobre el tiempo, aun cuando este solo sea posible por medio de la tragedia. De no haber matado a Layo, de no haberle usurpado la voz al hombre y de no haber sido coronado rey y esposo de su madre, los oráculos no hubieran favorecido a que el hombre devenga ser en el tiempo. Sin el retorno de Edipo a Tebas, la Esfinge hubiera continuado horrorizando al hombre, reflejándole su deseo más hondo de no reconocerse en el tiempo humano que se tensa entre nacimiento y muerte, para quedarse allí, suspendido en un presente sin referencia, donde ningún saber es posible: “Las Esfinge, de enigmáticos cantos, nos determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista”. (Sófocles, 2014, p. 83)

Quizá sea momento de mudar de parecer respecto al malhadado Edipo. Acaso motejarlo como la mancha por la que sufre Tebas fue un ardid por parte de Sófocles para despistar el orgullo del espectador. El poeta logra vincular la compasión y el orgullo de este para que crezcan proporcionalmente. Es menester para sus fines que la compasión y el orgullo se confundan al punto que el alma del público se sienta tan ajena al destino del rey que, cuando este remate la obra con la admisión de su culpa, la compasión que antes mantenía una distancia prudente entre el espectador y Edipo, ceda y se dé paso al alivio de haber evitado el castigo que bien el de todos los presentes. Así pasa y el poeta triunfa, pues el alivio de su público frente a la tragedia es el reconocimiento y la confesión de no haber estado tan lejos del destino de Edipo como se pensaba. Pero, para que esto haya sido así, la víctima tuvo que ser retrotraída hasta el tiempo y lugar donde su sacrificio es de provecho para el sentido del tiempo en el mundo de los hombres. El sacrificio felizmente oficiado produce un alivio tal que, como colofón a la tragedia de Edipo, devuelve al hombre la posibilidad de obrar distinto en su propia vida, puesto que, con el triunfo del poeta, se resignifica la trama de modo que el temor al azar se desvanece lo suficiente para que el alma de su público se anime a recorrer nuevas vías del saber sobre su propio lugar en el tiempo.

Entonces, a la pregunta si se ha sido demasiado severo con Edipo, se debe responder que sí. Aunque resulte incómodo hacerlo, es lo honesto. Los hechos así lo piden. Es cierto que más arriba se le incriminó arrogarse el derecho humano de la voz, y aun

se lo acusó de haberlo hecho con alevosía. Pero una segunda mirada de la trama esfuerza a que se libere a Edipo de toda culpa. Su actuar ha sido fruto de un triste pero sincero malentendido. El orgullo con que exclama ser hijo de la Fortuna es una débil y desesperada resistencia a la inevitabilidad de su destino que, sin embargo, dice toda la verdad acerca de él: es la mano del azar la que le permitió vivir y es la misma mano la que ahora lo invita a salir de la vida. Y si aquí parece que Edipo tiene una decisión, recuérdese que aquí, antes que la mano del azar, está la mano del poeta, pues si el rey pide el exilio es porque este debe anticiparse a la indignación del público para que no sean ellos los que reclamen el castigo. En caso de hacerlo, el espectador se vuelve intérprete y con ello se pierde todo el propósito del teatro. Es indispensable que se mantenga la separación entre los personajes y el público para que el alma de estos asome. Así que, si el poeta ha hecho de Edipo el culpable, ha sido solo una hábil treta para lograr la privada confesión de que todos los presentes han albergado los mismos deseos en algún momento, los que se propone que sean pensados no solo en términos del incesto como manifestación erótica, sino como la lógica del deseo de acomodarse de más en la periferia de la ausencia de tiempo, decisión cobarde con la que el hombre se priva el derecho a la propia voz, evita asumirse como ser en el tiempo, huye de los embustes del azar y cae en el engaño de creerse capaz de postergar el más inevitable e ingobernable de los límites que implica ser en el tiempo: la muerte.

Ya sin más que decir, por ahora, de la trama de *Edipo rey*, conviene decir unas cuantas cosas sobre su autor. La magnitud de lo que logra Sófocles con su arte merece un estudio que supera en mucho el alcance y la capacidad del presente trabajo. Pero ello no impide que se haga el intento de valorar un aspecto del genio del poeta que no se suele mencionar: su manejo del tiempo. Tras revisar íntegro el texto sofocleano, se propone el siguiente aserto: *Edipo rey* es una tragedia de destino que, una vez desbrozada su trama de toda estética, trata de la existencia humana como efecto de un tiempo azaroso que lo condena a una mayor o menor ignorancia. Más que advertir a qué mujer desear, Sófocles avisa que solo asumiendo los límites que impone una vida sujeta al paso del tiempo, puede el hombre prosperar y contentarse a sí mismo y a los dioses. Según el poeta, la justicia, el orden y la convivencia dependerán del común acuerdo entre los hombres de reconocerse como subordinados de la ley arbitraria del tiempo. Con esto no recomienda la mansedumbre frente al destino, sino que se recuerde de

continuo que la vida misma depende de una temporalidad azarosa fuera de la comprensión humana, y que al decidir y actuar, se lo haga considerando su posible intervención. La tragedia de Sófocles es generosa porque ofrece a la humanidad la oportunidad de desear avisados de la probable intromisión del azar en el tiempo: “Te sorprendió, a despecho tuyo, el tiempo que todo lo ve y condena una antigua boda que no es boda en donde se engendra y resulta engendrado”. (Sófocles, 2014, p. 137)

El talento del poeta en manejos del tiempo no se agota con lo dicho hasta aquí. Si acaso concuerda el lector en que lo más vital de *Edipo rey* es la articulación entre el hombre y el tiempo, será más fácil esclarecer que la tragedia se fabrica en la estructura lógica-temporal, distribuida entre diferentes momentos de la trama y los respectivos modos en que los tebanos valoran la presencia de Edipo. Siguiendo lo avanzado hasta aquí, el poeta divide la trama en tres tiempos, que corresponden a tres posiciones distintas frente al protagonista. El primero de ellos, transcurre entre la muerte de Layo y el enfrentamiento de Edipo con la Esfinge; no forma parte manifiesta de la tragedia pero se sabe de él por las indicaciones de los personajes. En este primer tiempo, los tebanos se muestran indefensos ante el enigma que los priva de estar en el tiempo; se han rendido ante lo que en ese entonces era vivido como una imposibilidad; se volvieron indiferentes y cobardes al desear no querer saber y preferir callar para no arriesgar la voz, aunque ello les cueste la vida. El segundo tiempo empieza tras la coronación de Edipo y llega hasta la súplica de la ciudad que acude a él para que encuentre al asesino de Layo; aquí el protagonista es rey, modélico hasta el punto que el coro canta sus hazañas, y el sentimiento hacia él es de una admiración contumaz que le manifiestan con ardor; se sienten protegidos, pequeños ante él, que los llama hijos y sufre por ellos tanto o más que por él mismo. El tercer tiempo va desde que inicia la búsqueda hasta la revelación final de la obra y el exilio del rey; ya no queda residuo de admiración hacia Edipo, sienten por el rencor, lo provocan, lo denuestan satirizando sus hazañas, le espetan que él, que se tenía por el más hábil en zanjar enigmas, ahora no logra ver lo que es cada vez más evidente; aleccionados del peligro de la comodidad de confiar su destino a aquel gobernado por el azar, eligen como líder a un humano como ellos, a Creonte, para que, en representación de toda Tebas, sentencie el exilio de Edipo.

Ahora bien, ¿y dónde encontrar la compasión que el poeta busca suscitar? No se

la encontrará en la trama. Sófocles no escribe para curar el alma de Creonte, de Tiresias o del mensajero, sino la de su público. Nada importa que los que ahora rechazan a Edipo muestren compasión si esta no logra calarse en el ánimo de los espectadores. Son estos quienes han de emitir el veredicto sobre qué afecto se merece Edipo; es la posición que ellos tomen respecto al rey caído la que determinará la eficacia de la tragedia. Así puesto, se puede argumentar que la reacción del público ha de ser considerada como un cuarto tiempo, que discurre ya no solo dentro del drama, sino más allá de él. De este tiempo solo podrá saberse dónde inicia, pero no dónde termina: el final de la tragedia marca el inicio de una nueva temporalidad que ya no pertenece al genio de Sófocles, sino a la voluntad y decisión de cada uno de sus espectadores.

Hasta aquí llega la presente lectura de *Edipo rey*. Sin embargo, antes de cerrar el presente apartado, queda pendiente dar cuenta cómo las intelecciones de Freud han ayudado a realizarla y demostrar que la contribución de la obra sofocleana a la freudiana no se limita a dar crédito a la existencia de deseos incestuosos, sino que ella también asiste a la validez universal de su teoría y clínica de la neurosis, ofreciendo un entramado lógico análogo al del síntoma histérico ya presente en la Grecia clásica.

Recién se dividió la tragedia de Sófocles en tres tiempos; corresponde ahora hacer lo mismo con la distribución del tratamiento del síntoma histérico y ver cómo se espejan, en lo elemental, sus tiempos y respectivas funciones. El primer tiempo del síntoma, ordenados según la lógica de la clínica freudiana, corresponde a los embistes de la repetición; allí un afecto se cuele causando malestar sin saber qué hacer para aplacarlo; el paciente acude al analista y, según lo indicado, habla libremente, da voz a recuerdos o pensamientos que le resultan enigmáticos y ajenos a lo que le sucede; en este mismo momento, el paciente siente admiración y arrobamiento por el médico, a quien atribuye el más apto conocimiento de lo que le sucede. En la trama de la tragedia, este tiempo corresponde a la segunda escena, cuando Tebas se reúne para pedir ayuda a su rey; ellos, como el paciente, sufren por un mal que se repite y que no logran comprender, lo único que tienen es un oráculo que les habla de expiar un mal que creen no haber cometido y que, por tanto, no creen poderlo remediar.

Regresando a la obra de Freud, el segundo momento del proceso clínico corresponde a la reconducción del síntoma a la infancia; el paciente habla a la escucha del

analista, la que permite descubrir recuerdos olvidados; una vez en la infancia, el paciente siente el horror de reconocerse en las escenas recordadas y lamenta haber empezado la cura en primer lugar; el recuerdo de la indefensión ante el efecto del recuerdo lo hacen desear no saber más y anhelar la indiferencia perdida. Le corresponde a este momento del análisis el tiempo de la tragedia que en el que transcurren las intervenciones de Tiresias y los llamados por Edipo, quienes se lamentan por la tranquilidad perdida y se resisten a reconocerse como parte causantes del desamparo que ataca la ciudad. El tercer momento del tratamiento de la histeria suscita las más fuertes resistencias hacia la figura del médico; a aquel que se consideraba el báculo para transitar el escabroso camino de la cura, se lo tiene ahora por el causante de la enfermedad; el paciente, tras recordarse indefenso, compensa la herida narcisística expulsando de sí toda presencia que amenaza su imagen de sí; sienten rechazo y hostilidad frente a aquel que hizo posible el recuerdo de un saber antiguo. Desde luego, este tiempo se corresponde al exilio de Edipo, cuando los tebanos se ensañan en erradicarlo. Por último, el cuarto tiempo del tratamiento freudiano, no corresponde ya al tratamiento, sino a la cura; aquí ya no hay hostilidad hacia el médico, y en rigor, tampoco compasión, lo que queda una separación de aquel; el paciente, tras aceptar como parte de su vida el recuerdo que lo lacera, y luego de que el médico lo ayude a comprender que eso que sucedió en su temprana infancia, no determina lo que habrá de ser de allí en más, el paciente podrá sentir una compasión liberadora por sí mismo, dejando de recriminarse con tanto ahínco; el médico habrá cumplido su función si logra que el paciente acepte que si ha enfermado, si algo ha retornado para atormentarlo, no se debe a una falla moral, sino a los efectos necesarios de la represión, que desaloja de la consciencia a lo que supera en fuerzas al niño, quien recién ahora como adulto se puede defender. Pero, si bien la enfermedad no dice nada sobre el valor personal del paciente, lo que haga con el saber sobre su padecer, cómo decida posicionarse frente al tiempo recuperado, será una cuestión por entero independiente a la pericia del médico o la agudeza de su intelecto. La cura del paciente caerá por fuerza en la ética con que este decida el uso que hará del tiempo recuperado de los recuerdos escondidos por la mano del azar.

Poco sabemos de la vida de Sófocles, apenas hay escuetos relatos sobre su vida. Pero de ellos sorprende que dan la imagen de un hombre afable, optimista, admirado y respetado por sus rivales, involucrado en los asuntos de la ciudad. Y si sorprenden es porque que se suele pensar que la tragedia es el arte de la tristeza y del desamparo,

y que aquel que dedique su vida a ella ha de ser igual de desgraciado que sus personajes. Pero véase que no, porque si hay un verdadero trágico, ese es Sófocles. Si se ha logrado comprobar que lo que busca el poeta en la tragedia es la compasión que genera libertad, la tragedia ha de considerarse un género veladamente optimista. El quiebre que introduce en el sentido del tiempo la tragedia, permitirá que se muestre el valor anímico de cada quien, para reinsertarse en el discurrir del tiempo, ya no por la intervención de redentores ni bajo la tiranía del presente, sino por el deseo propio de saber y actuar, aun cuando esto esté limitado por las reglas de la ley arbitraria del tiempo que toma forma la existencia humana.

4.6. El olvido y la distribución radial del tiempo lógico

El optimismo de la tragedia desentrañado de *Edipo rey*, le quita fatalismo al síntoma histérico. La represión, que antes podía antojarse como una molesto Linceo que se encapricha con el alma, se recibe ahora como la garantía de una restitución posible. Se le acreditó a Edipo su debido reconocimiento: gracias a su exilio, el tiempo recupera su curso y las palabras que velan por el orden de la polis recobran su fuerza. También el saber del tiempo pudo rescatarse de la verdad inhumana del enigma de la Esfinge, luego encarnado en la unión de Edipo con Yocasta, a condición de que permanezca siempre incompleto, mordido por una instancia de no saber que ha de habitar entre los hombres para que la distribución del sentido cuente con vías que, en caso de un nuevo extravío, le permita reubicarse entre los dos polos de certeza que son el nacimiento y la muerte. Entonces, ya que una reconsideración del saber de la tragedia permitió a este gozar ahora de una mejor reputación, corresponde hacer lo mismo con el no saber aparejado a él. ¿Cómo aprehender este no saber? ¿Qué formas toma? ¿Qué función anímica nos lleva a ello?

El método freudiano descubre que el olvido es un velo, que tras él nunca deja de haber algo que recordar. Allí, cuando el malestar insiste de tal manera que el paciente no cree posible encontrar su causa, Freud apertura la vía para obtener recuerdos de lo que no se creía saber. Su trabajo con la histeria y la interpretación de los sueños le permitió desvelar que el olvido es una operación que sobredetermina o desplaza, pero que no elimina la representación de una vivencia particular, y que su función en el

psiquismo es habilitar el dinamismo psíquico de la dialéctica entre vivencia y representación. Por esto, olvidar es tan importante como recordar, pues la resolución a la oposición entre ambos permite el comercio asociativo dentro del tiempo. Es más, el orden de lo que se está considerando, obliga a colocar al olvido, y al no saber que vela, como condición necesaria del recuerdo y el saber. Será entonces siguiendo las vías que hace posible el olvido que se aprehende el no saber, este siendo no otra cosa que un saber en potencia desprovisto de consciencia. En lo más grueso, esto es así, pero dejar aquí el desarrollo de las indicaciones que Freud establece en *La interpretación de los sueños* sobre el olvido podría estorbar a la comprensión de su relación con el no saber y cómo este opera dentro de la tragedia que introduce el saber sobre el tiempo.

Desde las primeras averiguaciones de Freud, se sabe que el recuerdo está comandado por una fuerza centrípeta: las representaciones más recientes se aproximan concéntricamente hasta un punto nodal, que a su vez se articula a otro, y luego a otro, hasta que paciente y analista se topan con un nudo que ya no remite a otro. Ya en *La etiología de la histeria* era mencionado como la instancia que queda más allá del borde de lo recordable, en *La interpretación de los sueños*, Freud lo plantea del siguiente modo:

Aun en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta lo no conocido. Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestro mundo de pensamientos. Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio. (Freud, 2013, p. 519)

Hay entonces una instancia que aloja cierto tipo de pensamientos que se resisten de manera absoluta a toda participación en el comercio asociativo del sueño. Sin embargo, Freud no deja de otorgarles la cualidad de pensamientos oníricos, gracias a lo cual se cae en una contradicción: un pensamiento onírico que no contribuye al contenido del sueño. Si se tratara del síntoma histérico, se diría que se consta de una serie de recuerdos olvidados que no participan en su entramado mnémico, pero que no por ello dejan de ser recuerdos. ¿No es esta la represión? No, esto es lo reprimido; la represión es una operación que articula dos planos lógicos paralelos, pero ella en sí no es ninguna de ellos. Para pensarse en lo reprimido, debe tenerse en cuenta lo que queda

omitido por aquella: recuerdos o pensamientos que ya no podrán ser recordados ni pensados. Es por esto que la represión introduce una ausencia dentro del comercio asociativo de la que se tiene noticia por el favor de las representaciones que se fijan a ella. Lo omitido queda así como el recuerdo que deviene imposible de ser recordado, como el saber que será de allí en más un no saber, y permanecerá como una potencia-pura intocable a los efectos de sus actos. Es la primera vez que Freud logra atisbar algo más allá de lo recordable; a contracorriente de todo sentido común, pero con el respaldo de la lógica, se establece la distinción entre la represión y lo reprimido, que no se corresponde a la distinción entre el recuerdo y lo recordado ni a la del olvido y lo olvidado.

Por cierto, que la relación entre represión y lo reprimido no sea la misma que articula al olvido y a lo olvidado, no impide que haya ciertos puntos de contacto entre ambas. Se sabe que la represión inserta en lo anímico una ausencia que, sin la intervención de representaciones que la acoten a un tiempo determinado, amenaza con engurruñar el sentido, lo cual impediría el despliegue necesario para una mejor distribución representativa de los afectos. La fijación de la ausencia en este punto opera como una segunda represión dentro del registro que acaba de instaurar la represión primera; en esta segunda instancia lo omitido ya no queda propiamente omitido, sino olvidado. Mientras que la represión primera expulsa del tiempo lo que debe ser omitido para que el tiempo discurra, privándole para siempre un regreso en forma de representación, el olvido mantiene a lo olvidado dentro del tiempo, solo que lo somete a las operaciones del desplazamiento y la sobredeterminación para alejarlo de la consciencia. Allí, donde el yo decida encastillarse, se reclamará al olvido, para que mantenga fuera de su periferia a lo que se prefiere olvidado o, lo que es lo mismo, no sabido. En caso de que suceda que este retorne y asedie las murallas del yo, la defensa emplazada en las almenas, hará sonar las alarmas para que el desplazamiento y la sobredeterminación vuelvan a alejar en dirección opuesta a lo olvidado hacia el punto que marca la represión. El trazado de dicho alejamiento dibujará el entramado mnémico que avanza concéntricamente según la lógica radial de los nodos del síntoma, hasta que se llega al núcleo etiológico, o en el caso de los sueños, al ombligo del sueño. Se logra así atraer a lo olvidado hasta un nodo estructural que relanza el sentido desde una dirección a otra, pero siempre dentro del tiempo, puesto que si se trata de lo olvidado, por fuerza caemos en el fuero del síntoma histórico, donde el sentido solo puede reordenarse, no

extraviarse.

Curiosamente, la figuración circular del saber, con una lógica de asociación que radia desde un centro inaprensible, ya había sido establecida en la Grecia antigua. El mito de Edipo empieza con el oráculo proferido en el templo de Delfos, también conocido como *Ómphalos*, el ombligo del mundo. Los helenos convenían en que allí se concentraban los saberes ignotos, donde se daba algo a cambio por contar con ellos, impronunciados hasta no ser invocados del Olimpo por la pitonisa principal del templo. Desde todas las partes de Grecia, peregrinos se reunían allí en busca de saberes deseados. Todos se encontraban en el mismo centro, y luego regresaban a sus ciudades con profecías particulares, a veces benévolas, otras no tanto. En *Edipo rey*, la pitonisa profiere dos oráculos que sirven como puntos nodales de la tragedia: el primero es el que augura la muerte de Layo y el matrimonio de Edipo y el segundo el que dictamina las condiciones para remediar el cumplimiento del primero. Se ve entonces que los oráculos se proferían según cierta lógica, que se relacionaban según las leyes de causa y efecto; tras ellos había un determinismo, desconocido para los suplicantes en un primer tiempo, pero que se desvelaba en un segundo. Una vez más, se ha de leer la trama sofocleana con espíritu freudiano para comprender que este último momento es verdaderamente el primero. Los tebanos recorren el camino del saber desde el olvido, y es lo olvidado lo que va deviniendo saber, recuerdo, hasta que se da con el primer oráculo.

Queda satisfactoriamente ejemplificada la teleología del olvido: retrotraer la consciencia por vías que permitan ubicar la representación contradictoria de la ausencia que amenaza el sentido en el tiempo lógico que otorgue mayor solidez a la estructura anímica. Al llegarse a la comprensión cabal del origen de Edipo, Tebas lo devolvió al lugar del que la contingencia lo libró en un primer momento. Sófocles ya advertía al olvido como operación de desalojo, y conocía bien que los oráculos favorecían dicha función; al ser los proferimientos de dictámenes lógicos que se derivaban de ese centro oscuro donde se asienta lo desconocido, estos indicaban a los hombres la vía más convenientes para que se desplace de la consciencia lo que atentara al sentido. Así, los oráculos de Delfos serían los portadores de un saber paradójico, que se ofrece como la posibilidad del recuerdo a través de las vías ya marcadas por el olvido. Lo olvidado se ubicaría según esta distribución radial, sobre la cual la contingencia hace sentir sus

efectos para desperdigar pedruscos invisibles haciendo que el saber tropiece con lo no sabido; tal tropiezo divide y desacopla las temporalidades radial y lineal, para que el viandante opte si continuar por la vía del saber no sabido, o permanecer en el saber del sentido embotado. Los puntos donde se fija lo olvidado, de los que se vale el olvido para operar, puede ser invisibles pero no mudos. Suavemente, ellos ululan entre el saber como insinuaciones que desconciertan en mayor o menor grado al yo, se escabullen entre sus saberes para ver si dan con alguno que esté inconforme y que pueda instar al yo a recordar lo olvidado. Y en efecto esto es así porque el olvido vela por el orden del tiempo; da caza a las representaciones que desoyen los dictámenes lógicos que se desprenden del centro axiomático que marca la frontera entre lo olvidado y lo reprimido. Con qué arte lo expresa Sófocles cuando loa el papel de los oráculos del *Ómphalos* en la eventual captura de Edipo:

No hace mucho resonó claramente, desde el nevado Parnaso, la voz que anuncia que, por doquier, se siga el rastro al hombre desconocido. Va de un lado a otro bajo el agreste bosque y por cuevas y grutas, cual un toro que vive solitario, desgraciado, de desgraciado andar, rehuyendo los oráculos procedentes del centro de la tierra. Pero estos, siempre vivos, revolotean al rededor. (Sófocles, 2014, p. 98)

Sale al paso la necesidad de precisar lo siguiente: cuando se utiliza la noción de tiempo lógico, se está permitida su representación como un punto fijo en el espacio; a diferencia del tiempo cronológico, el tiempo lógico marca modos de relación que, en esta ocasión, se disciernen mejor en una expresión espacial. Marcando coordenadas fijas se ensalza el valor de función lógica entre los diferentes elementos que palpitan en lo anímico; su dinámica y cómo ellos interactúan en tiempo real, no forma parte del presente tratado. Es por esto que Freud no duda en proponer una concepción radial del tiempo y del espacio, que se engrana a la concepción lineal del tiempo como una flecha en pleno vuelo. En rigor, considera a aquella una noción inherente a la lógica de su método, porque sin la modalidad radial del entramado mnémico, los manejos de la sobredeterminación y el desplazamiento no serían factibles. En tanto hay sobredeterminación, hay la necesidad de pensar los trazados mnémicos como ramificaciones entre nodos concéntricos, ya que, de no hacerlo, se limitaría la libertad del yo a la necesidad de lo inmediatamente anterior o posterior. Si el saber fija al yo en un punto determinado, el olvido le dona la libertad para moverse en una nueva dimensión, por la cual se vuelve posible el recuerdo como la síntesis que se eleva sobre la oposición de dos representaciones enfrentadas. ¿Qué quiere decir esto? Que si dos representaciones

se encaran en dirección sincrónica, por obra de la sobredeterminación, la resolución habrá de ubicarse en la diacronía y viceversa.

Ahora bien, ¿qué le sucede al sentido cuando, por las vías del olvido, el recuerdo lo retrotrae hasta que las proximidades del núcleo del entramado mnémico? Que podrá reestructurarse según una modalidad distinta. Los elementos anímicos que lo constituyen —representaciones, objetos, vivencias, afectos, etc.— son librados de su orden previo para que una nueva organización sea posible. Cerca del aquel punto donde se asienta lo indecible, los elementos anímicos son disgregados por la fuerza gravitacional de la arbitrariedad del tiempo que allí se concentra, la que, como un vórtice absoluto, intenta engullirlos. Pero a esta elaboración debe objetársele lo siguiente: si el olvido atrae hacia el nodo central el sentido, ¿qué impide que finalmente este se fugue del tiempo hacia la indeterminación de lo incognoscible? ¿Hay una fuerza más que se ha de tener presente para que esta elaboración quede en pie?

5. El tiempo en *Die Verneinung*

Evidentemente, el capítulo anterior fue extenso. Se espera, no obstante, la comprensión del lector, al que se le pide que recuerde que *La interpretación de los sueños* no es una obra corta ni fácil. También se espera que opine que, de todos modos, la extensión del desarrollo ofrecido no se debe al número de páginas, sino a la profundidad de las relaciones lógicas que, gracias al estudio del sueño, descubrió Freud. Por tanto, al tratarse de un obra tal, se ha de obviar consideración alguna por la extensión del trabajo y ocuparse únicamente de exponer con probidad la lógica que ella entrañan. Ninguna otra obra es prueba de ello como lo es *La negación* {*Die Verneinung*}. Apenas escrita en cinco carillas, este pequeño opúsculo es capaz de captar lo esencial del descubrimiento freudiano del inconsciente sin que se lo acuse de cómodo o indiferente con el tratamiento del material. Quienes así piensen, pasan por alto que este escrito es un palimpsesto en el que, si se ha borrado lo antiguo para escribir lo nuevo, no es porque aquello no haya sido de valor, sino porque ello pudo conservarse en lo actual a condición de ser leído por medio de un trabajo inductivo, siempre y cuando se cuente con la metodología lógica del tiempo como referencia que Freud establece tanto en *La etiología de la histeria* como en *La interpretación de los sueños*. Tal como se ha hecho con el estudio de estas obras en los capítulos anteriores, en este capítulo, el último del

presente trabajo, se intentará demostrar que en *La negación* hay implicaciones lógicas temporales que hacen de su lectura una herramienta indispensables tanto para la clínica de la neurosis como de las psicosis. Sin embargo, antes de iniciar, una vez más se apelará al favor del lector para que dispense a este tratado de ofrecer un desarrollo completo de la teoría de las pulsiones, que provisionalmente baste con lo que se dirá de ellas para comprender su papel fundamental en el psiquismo y cuál es su relación con los conceptos trabajados hasta ahora.

5.1. *Die verneinung* y la negación del infinito

«Ahora usted pensará que quiero decir algo ofensivo, pero realmente no tengo ese propósito». Lo comprendemos: es el rechazo, por proyección, de una ocurrencia que acaba de aflorar. O bien: «Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre *no es*». Nosotros rectificamos: Entonces *es* su madre. Nos tomamos la libertad, para interpretar, de prescindir de la negación y extraer el contenido puro de la ocurrencia. Es como si el paciente hubiera dicho en realidad: «Con respecto a esa persona a esa persona se me ocurrió, es cierto, que era mi madre; pero no tengo ninguna gana de considerar esa ocurrencia». (Freud, 2008, p. 253)

¿Habría anticipado Freud que este corto párrafo supondría uno de los más largos malentendidos de su obra? Muchos lo inculpan de ser prueba de que el analista, más que un clínico, es un prestidigitador que hace desaparecer toda posibilidad de fracaso trocando las negaciones del paciente por afirmaciones de lo contrario. En verdad, esto es, hasta cierto punto, comprensible: no es un párrafo fácil de comprender. Hacerlo honestamente requiere un trabajo de lectura extenso del cuerpo teórico freudiano, ya que aquel se esclarece si se conocen los hitos conceptuales de su obra. De estos, será de gran ayuda la noción del ombligo del sueño, el punto donde se aloja lo indecible y su contribución a la estructuración psíquica que se acaba de trabajar. ¿Por qué aconseja Freud descartar la negación y quedarse con el contenido desprovisto de la atribución de valor que expresa el paciente?

Responder esto será más cómodo si se recuerda lo desarrollado con respecto al trabajo de condensación en el sueño y a la instancia de la represión como núcleo etiológico de la histeria. Se propuso que ambas instancias, la condensación y la represión, operan como procesos de una omisión estructurante: el psiquismo aún tierno del niño, no cuenta con modos representativos para tramitar el malestar de afectos que sobrepasan cierto umbral de tolerancia; de pronto, la presencia y la ausencia de estímulos y

los concomitantes afectos marcan un ritmo, se ajustan a una cadencia particular que le permite al ánimo tramitar dicho afecto, por primera vez, por medio de una representación. Desde luego, en ese entonces ella no toma la forma de palabra, pero sí la de su germen, la de un fonema particular, o de una serie de ellos en verdad, que se introducen en el psiquismo como representaciones vacías, que dan el tono que armonizará el conjunto de asociativo que de ellas parte. Lo que ha pasado es que, por medio de la represión-condensación, se ha omitido del mundo de las representaciones un manojo de ellas que son capaces de contrarrestar el incremento desmedido del displacer de estar sometido a la indefensión de un cuerpo dependiente de otro; a la vez que se ha introducido en el comercio asociativo, un trozo de cuerpo que sacado de las profundidades, queda seco como un cuesco, que no dirá nada, sino que habitará en el discurso como la huella imborrable del acto de omisión estructural. El cuerpo que se hace cuesco, condenado a producir el más radical extrañamiento, habitará el psiquismo como un recuerdo que no está allí para ser recordado, sino para posibilitar las tentativas de una elaboración de representaciones que se sobrepongan a la imposibilidad de recordar; pero esta elaboración, tras el paso del tiempo, será apercebida como un entramado de recuerdos, donde queda velado que lo que se recuerda es una elaboración propia, una fantasía que hace cara a la primacía del límite infranqueable que la memoria no puede cruzar. Fantasía y recuerdo se juntan allí como testigos del contrato de omisión celebrado entre la representación y el cuerpo, por lo que solo ellos podrán dar cuenta de lo que allí tuvo lugar: se perdió la representación de un objeto para que se sofrené la capacidad del cuerpo de derramar displacer en la consciencia. ¿Pero la representación de qué objeto se perdió?

El paciente de Freud lo dice, es la madre —«mi madre *no* es»—. ¿Por qué? Porque la madre solo puede existir como negada en el psiquismo; en cuanto objeto de satisfacción primero, vestigio de ese paraíso perdido de un tiempo indiferenciado, la madre ha de negarse para que la voz empiece a tener el valor social que hace al hombre. Se ha probado que el orden y el sentido pertenecientes al mundo de las representaciones son efectos de la subordinación al paso del tiempo. Esto es lo mismo que decir que el orden y el sentido estructuran el psiquismo si se niega la representación que permita el acceso a la madre como objeto de satisfacción. No es otra cosa la que quiso decir Sófocles y que ahora dice Freud:

Por tanto, un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la consciencia a condición de que se deje *negar*. La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido. Se ve cómo la función intelectual se separa aquí del proceso afectivo. Con ayuda de la negación es enderezada solo una de las consecuencias del proceso represivo, a saber, la de que su contenido de representación no llegue a la consciencia. De ahí resulta una suerte de aceptación intelectual de lo reprimido con persistencia de lo esencial de la represión. (Freud, 2008, p. 254)

Si la madre es el contenido de representación, ella solo puede entrar en la consciencia como negada; por tanto, descartar la negación no es desvalijar la palabra del paciente, sino todo lo contrario: al escuchar el contenido puro, sin las respectivas valoraciones morales, el médico dejará que lo reprimido se manifieste en la consciencia como ausencia, como negado. Solo entonces podrá lo reprimido hacerse escuchar, y llegar a la consciencia por las vías del olvido que han permitido que su voz muda llegue hasta la consciencia. Gracias a la inclusión en el discurso del objeto imposible como negado, se puede completar la reconducción del síntoma hacia el núcleo de la represión para que se produzca la reorganización de los elementos que lo conforman.

Antes de avanzar, no se puede pasar por alto la pregunta que quedó abierta al término del apartado anterior: ¿Qué impide que el sentido sea reabsorbido por el punto donde se efectuó la represión? Si el recuerdo avanza hacia el pasado guiado por las señales que ha dejado el olvido, ¿cuál es la fuerza que lo empuja en dirección contraria?

Cuando el psiquismo niega, representa. Al reprimirse la madre como objeto, se inscribe su presencia como ausencia. El anhelo de adscribir una representación a un afecto es la defensa humana más fundamental; la madre, representada como negada, establece una distancia estructurante entre lo representado y la representación, que de ahí en más nunca se volverá a cerrar. Dicha hiancia abre el necesario intervalo lógico de tiempo para que el sentido y el mundo de las representaciones se engranen en lo anímico, para mediar entre un objeto provisto de afecto y su representación. En ella se entrecruzan el afán de representar y la insistencia del cuerpo de hacerse sentir. Entonces, si el olvido, que a través del recuerdo reabsorbe el sentido en dirección hacia lo reprimido, al tiempo que tramita los afectos libres, se ubica en uno de los puntos dialécticos de la hiancia, el cuerpo, y su incesante percutir en el ánimo, se ubica en el

otro, y empuja en dirección contraria a lo reprimido, impidiendo que se cierre la hiancia lógica que posibilita que se incruste el orden del tiempo y las representaciones-palabra como operadores del sentido.

Es entonces el cuerpo vivo, el que ha asumido la pérdida de la represión primera, el que, como un padre, protege al sentido, aun sabiendo que este aloja al síntoma que, como Saturno hiciera con Cronos, podría escabullírsele con la intención de darle muerte. Pero, tanto la represión como el cuerpo, no son entes míticos. La clínica de la neurosis revela que la represión, si ha operado en sus dos instancias, es mejor guardiana del tiempo que el propio Cronos, puesto que es más lista y cauta que él. Considerando la posible insubordinación del síntoma y de las representaciones que comanda, ella logra deslizar en el sentido un informante que, por parecer corto e ingenuo, no levanta, en un principio, demasiadas sospechas. Este prende las vías del olvido como señales de fuego para avisar a las representaciones que amurallan lo reprimido que el saber asedia con miras a una comprensión cabal. Al punto, ellas se arman, y en cada encuentro con el saber recordado, se libran escaramuzas, que a veces pueden devenir en batallas más prolongadas, entre el bando que forman el cuesco del cuerpo con el no saber allí fijado, y el de la elaboración de representaciones que están allí para saber. Al final de las campañas, esta red de defensa habrá logrado debilitar el recuerdo, reduciéndolo hasta que no le queden más que sus más hábiles elementos, que lograron resistirse al deseo de saber, para que a la hiancia pulsátil a la que se prende el sentido le sea más fácil tomar a los elementos del síntoma que no sucumbieron al olvido y relanzarlos según un nuevo orden y en una nueva dirección.

Entonces, la fuerza que se buscaba es de naturaleza centrífuga, la que ejerce el cuerpo sobre el entramado mnémico con perenne producción de afectos. Aquella enquistada, en determinados puntos, ciertas representaciones que no admiten una recordación ni un desentrañamiento integral. Son los puntos que le van avisando al sentido su naturaleza híbrida, el eventual encuentro con una instancia lógica donde dos fuerzas convergen para mantener abierto el intervalo que permita una sintaxis del tiempo en el psiquismo. No es de extrañar que estas versen sobre los dos temas centrales que se trabajaron en el Edipo: sexo y muerte. Se vio cómo Edipo, con la voz usurpada, logró intercalar entre los polos de la vida dicha instancia, que luego los tebanos hicieron suya al poner a Creonte como detentor del saber sobre el tiempo. Y es que no puede

ser sino la voz como impronta humana la que rasgue el tejido del infinito; ella es la que materializa y mantiene vigente la discontinuidad de lo infinito como cicatriz viva, en cuyo borde se entrelazan cuerpo y representación, en una dinámica dialéctica como elementos que revolotean en el punto lógico que principia la instancia pulsátil, que nutre el axioma del tiempo como negación de la continuidad de lo indeterminable.

5.2. Ausencia, presencia y el tiempo en los juicios anímicos

Mientras más y más se indague en *La negación*, más se inquietará el deseo de colegir nociones ciertas sobre lo sucede en la génesis de lo anímico. Afortunadamente, esta obra provee muchas y del más variado alcance. Pero, si se estuviera forzado a elegir, el lector hará bien en preferir estar al tanto de la concepción del juicio que Freud propone como rudimento del psiquismo:

La función del juicio tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad. La propiedad sobre la cual se debe decidir pudo haber sido originariamente buena o mala, útil o dañina. (Freud, 2008, p. 254)

No sería prudente en este momento alejarse del texto freudiano para familiarizarse con las concepciones previas o contemporáneas que la filosofía formula sobre la facultad del juicio en lo anímico; por descontado, son válidas y estudiarlas es más que recomendable, sobre todo si se quiere apreciar la magnitud de la contribución freudiana con respecto a ello. Sin embargo, será más sensato permanecer cerca del pasaje citado, y ensayar un análisis que acaso alcance para tomar aprecio del genio freudiano sin tener que desviarnos de su obra. Lo primero que salta a la vista es que establece la predominancia del juicio de atribución sobre el de existencia. Normalmente, se diría que solo a lo que existe puede atribuírsele un juicio —¿cómo decir que es bueno o malo algo que ni siquiera registramos?—. Sería confortable protestar de entrada y no tomarse la molestia de ver qué mueve a Freud a trocar el severo orden del sentido común. Aunque, percatándose de lo que dice unas líneas más abajo, se ha de admitir que avenirse a dicha comodidad sería un error.

La otra de las decisiones de la función del juicio, la que recae sobre la existencia recae de una cosa del mundo representada, es un interés del yo-realidad definitivo, que se desarrolla desde el yo-placer inicial (examen de realidad). Ahora ya no se trata de si algo percibido (una cosa del mundo) debe ser acogido o no en el interior

del yo, sino de si algo presente como representación dentro del yo puede ser reencontrado también en la percepción (realidad). De nuevo, como se ve, estamos frente a una cuestión de afuera y adentro. Lo no real, lo meramente representado, lo subjetivo, es solo interior; lo otro, lo real, está presente también ahí *afuera*. En este desarrollo se deja de lado el miramiento por el principio del placer. La experiencia ha enseñado que no solo es importante que una cosa del mundo (objeto de satisfacción) posea la propiedad «buena», y por tanto merezca ser acogida en el yo, sino también que se encuentre ahí, en el mundo exterior, de modo que uno pueda apoderarse de ella si lo necesita. (Freud, 2008, p.255)

Freud subvierte el orden de los registros, y con ello prioriza la facultad de representación sobre el principio de placer como sustrato de la realidad objetiva. Véase bien que es una paradoja: a las cosas del mundo, los objetos de satisfacción, los subordina a la posibilidad de que ellas existan en calidad de representaciones. Sí, por cierto que ha de haber un juicio previo de atribución que decida si admitir o rechazar la existencia de un objeto, pero este solo tendrá valor si logra ser subsumido por el juicio de existencia que corresponde a la facultad representativa. Pero mucho cuidado: Freud hace una distinción importante al decir que lo no real, lo meramente subjetivo, corresponde a aquellos objetos que han pasado por la percepción, pero parece que ella no se corresponde con el objeto real externo; es como si la percepción de aquel estuviera presa en lo subjetivo, sin tener un punto de contacto con su reencuentro en la realidad; de este modo, lo meramente subjetivo no sería la representación mental de un objeto cualquiera, sino la percepción desprovista de representación, el objeto visto que no cuenta con las coordenadas de la representación-palabra que le permita al psiquismo reconocerlo en la realidad. Prácticamente, está diciendo que la realidad es posible si el objeto es relegado en favor de su representación para que sea esta la que permita su reencuentro en el mundo exterior. Tal innovación es más sorprendente cuando se cae en cuenta que ella es un regreso a lo que ya intuía en 1899, en *La interpretación de los sueños*, donde señalaba que la condensación termina cediendo a la provocación primera que proviene del mundo de las representaciones, y trasiega parte de la sustancia percipiente del cuerpo al continente de las representaciones, para que, de ahí en más, el cuerpo pase a estar sujeto por las dotes representativas de lo anímico.

Ahora bien, ¿qué sucede con los procesos del juicio respecto al objeto madre? ¿Sólo lo incorporado se representa o también lo que es rechazado por el juicio de atribución puede existir como representación? Más arriba se propuso considerar a la ma-

dre como el vestigio de la continuidad indefinida de un cuerpo desprovisto de consciencia que permanece a la merced de la necesidad; asimismo, se afirmó que la negación de la madre como objeto de satisfacción es el único modo posible para que la ley del tiempo produzca efectos: la madre, sin la intervención de la instancia representativa, puede fundirse con la misma sustancia percipiente del cuerpo que debe ser negada y representada para que lo humano advenga. No obstante, es favorable que la madre no deje un ser de carne y hueso para que ella pueda encarnar la más elemental de las distinciones en lo anímico: la presencia y la ausencia. Esta distinción inicia en el momento que el niño se percata de la ausencia de la madre, pues solo la discontinuidad que lo priva de su cuerpo, las primeras tomas de consciencia de esa separación, puede poner en marcha los procesos del juicio. Es entonces que al pequeño se le plantea un enigma irresoluble en una primera instancia. La madre va y viene, pero no tiene claro por qué. Lo único que le queda es el silencio o el uso de la voz descarnada, como representación elemental, como invocación al objeto para que dé muerte al exceso de afecto que le revela su indefensión. Resulta de esto que la madre, como tal, no puede ser representada sino como ausencia, nunca como presencia. Ella como objeto debe ser negada, pero el ritmo que marca su ausencia y su presencia, aunque pueda ir desde el jolgorio hasta lo ominoso, puede ser representado. Esto es así porque el niño percibe a la madre por primera vez como una falta, como separada de él. Se vuelve entonces preso de un afecto tan displacentero que el niño hará bien en representar a la madre como faltante, como el objeto de la pérdida irrecuperable. Efectivamente, si esto es así, es porque los humanos nacemos indefensos, y dependemos tanto de las madres como cualquier mamífero para sobrevivir al nacimiento. La continuidad del infinito no podrá romperse hasta que la madre no sea representada como faltante, como enigma irresoluble, al que habrá que oponerle la propia voz para impedir que la no separación sacie la necesidad hasta el punto que la palabra pierda todo su atractivo, y el silencio cómplice releve a la voz de su cargo de mantener viva la herida que supone nuestra existencia como seres hablantes, solo para fracasar y dejar que esta cicatriz completamente y como piel muerta, se desprenda del infinito, condenando al hombre y a su tiempo a andar errantes en la continuidad eterna.

Para comprender este progreso es preciso recordar que todas las representaciones provienen de percepciones, son repeticiones de estas. Por lo tanto, originariamente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado. La oposición entre subjetivo y objetivo no se da desde el comienzo. Solo se establece porque el pensar posee la capacidad de volver

a hacer presente, reproduciéndolo en la anticipación, algo que una vez fue percibido, para lo cual no hace falta que el objeto siga estando ahí afuera. El fin primero y más inmediato del examen de realidad {de objetividad} no es, por tanto, hallar en la percepción objetiva {*real*} un objeto que corresponda a lo representado, sino *reencontrarlo*, convencerse de que todavía está ahí. Otra contribución al divorcio entre lo subjetivo y lo objetivo es prestada por una diversa capacidad de la facultad de pensar. No siempre, al reproducirse la percepción en la representación, se la repite con fidelidad; puede resultar modificada por omisiones, alterada por contaminaciones de diferentes elementos. El examen de realidad tiene que controlar entonces el alcance de tales desfiguraciones. Ahora bien, discernimos una condición para que se instituya el examen de realidad: tiene que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva {*real*}. (Freud, 2008, p.256)

Hay que mencionar que todo este proceso del juicio se conoce por las inferencias que se dan a partir de sus efectos. Solo en un segundo tiempo se podrá aprehender si allí el niño logró atribuirle existencia representativa a la ausencia de la madre o no, y será esto lo que determina la estructura psíquica y la defensa correspondiente ante el encuentro con la ausencia que se produce tras la separación del objeto primordial de satisfacción. Para ello, será crucial pesquisar en el discurso del paciente cómo ubica, según qué coordenadas representativas, a la madre como objeto perdido, que encapsula la ausencia y la presencia en una representación que está sellada por la falta. Léase que Freud señala que dicha cadencia entre presencia y ausencia de un objeto será tanto menos angustiante cuanto mejor incluya las diferentes formas en que se puede reencontrar este objeto perdido, esta ausencia. Hay un proceso de desfiguración en el reencuentro de lo relegado que compele al psiquismo a reconocerse capaz de sobreponerse a la indefensión. Una vez más Freud está hablando de la disimetría irresoluble entre el objeto y su representación, por cuyo efecto el psiquismo goza de la posibilidad de liberarse de un orden representativo previamente establecido. Es por esto que la voz, y la facultad representativa que ella funda, opera como una instancia de alta entropía, donde los elementos representativos aún no han sido distribuidos según las contingencias de cada quien. Así se establece el carácter universal y particular de la representación, gracias al fundamental malentendido entre el objeto y su representación que se da por la desfiguración a la que contribuye tanto las variaciones de lo subjetivo, como las del objeto en el mundo exterior.

Tras las elaboraciones del juicio de atribución y de existencia en función de la madre, tenemos el germen lógico que da paso al tiempo. La representación de una instancia que aúna ausencia y presencia como falta en el comercio asociativo encaja

con la noción de la represión y de Edipo como abominación lógica que ha de eslabonarse al inicio de la cadena de representaciones. La clínica freudiana revela que lo relegado debe ser amurallado en la primera infancia para que el orden del tiempo no se vea amenazado de muerte. Si la madre como objeto perdido irrecordable pone en marcha el sentido y las leyes que el orden proposicional empalman en lo anímico, el padre ha de ser la representación que dé cuenta de esa pérdida. La protección del padre como representación es lo mismo que decir que se le ha conferido existencia a la madre ausente, y por tanto se ha reconocido su pérdida. Cuando no hay representación que opere como padre, la garantía del tiempo pierde todo su valor lógico, dado que ya no habrán coordenadas que permitan anticiparse al reencuentro con el par ausencia y presencia. El tiempo queda así sometido al capricho del azar, sin más que la suerte para evitarse el reencuentro con la madre que debió ser negado. El parricidio, como nos enseñó Sófocles, no sería sino una infracción temporal.

5.3. Las pulsiones como sustrato del tiempo

Como se avisó, la teoría de las pulsiones requiere un esclarecimiento mayor, ya que ella aporta consideraciones sobre la clínica y la teoría psicoanalítica que no pueden comprenderse sin adentrarse en su estudio. A pesar de ello, el presente tratado se ha dedicado a ofrecer suficientes nociones para que el lector sea partidario de la afirmación que la categoría del tiempo estructura lo anímico y es su garantía última; por lo que la teoría de las pulsiones no puede ser la excepción. Ya se cuenta con la novedosa concepción del juicio en lo anímico de Freud, ahora falta precisar dónde han de ubicarse las pulsiones en la formación del psiquismo.

El juzgar es el ulterior desarrollo, acorde a fines, de la inclusión {*Einbeziehung*} dentro del yo o la expulsión de él, que originariamente se rigieron por el principio de placer. Su polaridad parece corresponder a la oposición de los dos grupos pulsionales que hemos supuesto. La afirmación —como sustituto de la unión— pertenece al Eros, y la negación —sucesora de la expulsión—, a la pulsión de destrucción. (Freud, 2008, p. 256)

Había dicho Freud que, para considerar al juicio, ha de dejarse de lado el principio de placer. Lo reafirma al establecer la disimetría entre lo subjetivo y lo objetivo que dictamina la imposibilidad de un reencuentro perfecto de una percepción con el objeto

resignado. Pero ahora da unos pasos hacia atrás para hablar de las pulsiones, a las que sí ubica en el registro del principio de placer. ¿Qué quiere decir esto? Que la oposición entre Eros y Tánatos es simétrica: es vida o muerte, no las dos, o no las dos a la vez. A diferencia de la instancia de los juicios, las pulsiones son los primeros tanteos del psiquismo con el objeto, cuando aún no hay allí otro criterio que el placer o displacer. No se tiene aún la capacidad de atribuirle a la percepción una valoración subjetiva y menos aún la de conferirle derecho a existir allí en lo objetivo para ser reencontrado. En el tiempo lógico de las pulsiones, de lo que se trata es de un solo movimiento que Freud, en este texto, denomina inclusión {*Einbeziehung*}. ¿Pero cómo entender esta inclusión? ¿Es esta una inclusión discriminatoria, que tiene miramientos específicos por la cualidad de un objeto?, ¿o más bien se trata de una tarascada lógica en la que el objeto se incorpora en el psiquismo y solo luego, ya dentro de él, su percepción será sometida a la inclusión o a la exclusión?

Si solo el principio de placer gobernara en lo anímico, habría que mantener vigente la capacidad discriminatoria de las pulsiones y dejar que ellas incluyan o expulsen según les convenga; pero por Freud se sabe que no hay tal cosa como un gobierno solitario en el psiquismo: a la vez que opera el principio de placer, opera el principio de realidad, y este tiene la tarea interminable de ajustar el psiquismo a la realidad externa para que su representación subjetiva sea posible. Por tanto, se debe optar por la segunda postura: la inclusión introduce la percepción del objeto tanto presente como ausente. Nuevamente, es la presencia inevitable de esa instancia lógica contradictoria que debe resolverse según los mandatos del principio de realidad. Si Freud dice que no se consideren las pulsiones en los juicios de atribución y de existencia, no quiere decir que ellas no estén operando allí. De hecho, el juicio es posible porque el elemento sujeto a juicio es la contradicción fundamental de la ausencia y la presencia reunida en un mismo objeto. Las pulsiones de vida y muerte existen como un equilibrio de fuerzas que el uso de la voz y de las representaciones debe romper. El conjunto representativo es eficaz porque toma fuerza de esa instancia de absoluta entropía; independientemente de que una representación, o un grupo de ellas, la desequilibre ora en favor de la vida, ora en favor de la muerte, ambas pulsiones existirán siempre vinculadas entre sí, entrecruzando así la discontinuidad del tiempo y la continuidad del infinito.

6. Conclusión

El deseo de realizar la presente investigación surgió tras estudiar la lectura conjunta que hace Jacques Lacan y Jean Hyppolite de *Die Verneinung* para comprender cómo fue posible para el psicoanálisis acercarse a la comprensión y la clínica de las psicosis. Difícilmente la relectura lacaniana de la obra de Freud haya sido de más provecho que en esta ocasión: el método con que Lacan pudo extraer de allí suficiente material para establecer una lógica temporal de la conformación del psiquismo, es un movimiento genial, de implicaciones monumentales que gana vigencia con el paso del tiempo. Es él quien desbroza la obra freudiana para mostrar la articulación entre la categoría del tiempo y la palabra. Sus intelecciones sobre los efectos de los juicios de atribución y existencia permanece incólumes y no han sido tocadas por el presente tratado. Se ha pretendido hacer otra cosa: tomar prestado el espíritu lacaniano para releer las obras en las que Freud trata sobre el tiempo, para ver si en efecto se confirma su predominancia en los procesos de estructuración psíquica. Se espera haberlo logrado y que el lector tenga ahora a la represión como la instancia lógico-temporal que opera como el axioma de la facultad representativa del hombre.

Quedan pendientes muchas cosas. Se podrá haber intuido ya que no se ha querido hacer uso de las nociones propuestas por Lacan ni de la terminología de su enseñanza. Dos fueron los motivos para ello: relumbrar la fuerza lógica de la obra freudiana, para apreciar como en ella ya estaban, unas veces latentes otras manifiestos, los elementos principales de la teoría lacaniana; el segundo, no ofrecer un desarrollo indigno de la obra de Lacan, dado que esta obliga a realizar un compromiso mayor al que permite el tiempo de trabajo establecido para este proyecto de titulación. Sin una inmersión completa en la obra de Lacan, todo desarrollo acerca de ella sería un acto temerario mal recompensado. Lo que hace Lacan con la lectura de Freud es potenciar el descubrimiento del inconsciente freudiano para darle mayor alcance a su aplicación clínica; por esto es que trabajar su obra merece un trabajo independiente de esta indagación teórica.

Se agradece la atención del lector. Ojalá encuentre en lo ofrecido intelecciones de valor para repensar la importancia que tiene la categoría del tiempo, ya no solo en la constitución de lo anímico, sino en la sociedad actual, donde el tiempo retorna como

un enigma al que, al parecer, nadie quiere presta oídos. Es la esperanza del autor que, tras la lectura propuesta de *Edipo rey*, perviva en el lector lo esencial de ella: que se reconozca el optimismo de la tragedia y su importante contribución a una mejor comprensión del síntoma: de su lógica, de su tiempo y de su ética. Quizá también él comparta que la tragedia, por dolorosa que pueda ser, ofrece las únicas vías para librarse del capricho del azar. La asunción de la tragedia como ética de la responsabilidad del propio deseo, de la propia voz, es algo sumamente actual, que pide ser trabajado, pues el malestar de la cultura hoy debe mucho a la desestimación generalizada de la primacía lógica del tiempo en lo anímico. Si se logra desvestir al síntoma y mostrar su esencia lógica temporal, acaso se logre una escucha clínica más lógica, más avisada y protegida de la astucia de las imágenes que van cambiando con el tiempo, queriendo siempre velar la mano del azar en la experiencia del ser.

7. Recomendaciones

Freud y Lacan comparten la buena costumbre de buscar siempre lo que hace estructura. Ya sea lo que le dé consistencia o se la quite, pero al final lo que tenga que ver con ella. La elección de trabajar sobre el tiempo es el primer intento por parte del autor de adoptar aquel hábito. Si la presente tesis logró su propósito, se recibirá con agrado la recomendación de trabajar más sobre la categoría del tiempo y su incidencia en el psicoanálisis. Es realmente sorprendente cómo de su estudio se obtienen novedosas formas de pensar el inconsciente, como también nuevas formas de escuchar el malestar de la cultura actual.

Hablar hoy del tiempo es similar a hablar de la sexualidad inconsciente en a inicios del siglo XX: nadie quiere saber de ello. El tiempo ha sido robado de sus efectos de saber, pues el inconsciente no puede existir sin él y no puede haber sujeto sin inconsciente, lo que es de interés para ciertos discursos. Es que mientras menos tiempo se le dé al síntoma, más indefenso quedará frente a lo pulsional. Sin un tiempo para ver, para comprender y para concluir, sin la oportunidad de decidir si un análisis es terminable o interminable, el síntoma perderá su creatividad para encontrar la manera de ya no solo gozar de sí mismo.

Ojalá que la lectura del síntoma desde el tiempo ayude a calibrar la escucha de los practicantes de psicología clínica para alojar de una buena manera las demandas de aquellos a quienes les has salido mal la apuesta de quedarse con el tiempo y bolsa, y que ahora buscan otros espacios para ser escuchados, esta vez sin un tiempo previamente determinado o cuantificado según lo que pase en el mercado de divisas. El tiempo es un derecho lógico a la libertad del deseo propio que está al alcance de quien esté dispuesto a soportar con tesón sus efectos de saber y de verdad; derecho que nosotros, como psicólogos clínicos formados en la orientación freudiana-lacaniana, tenemos el deber ético de defenderlo.

La trama argumental de *Edipo rey* se resuelve en el sacrificio del rey que admite no poder detentar el poder sobre el tiempo, precisamente por ser él quien conoce su verdad. Ha de admirarse la valentía de Edipo para reconocer que con su silencio es como mejor puede ayudar. Ojalá la impavidez con que ha de recibir su destino en provecho de los hombres sea un buen modelo para pensar la escucha como la docta ignorancia que, aun sabiendo una que otra cosa, debe funcionar como esa instancia que vela con silencios, pausas e intervenciones, la verdad que ha de permanecer oculta para que el saber sea posible. El practicante que se guie por la lógica del tiempo estará menos propenso a quedarse ciego por el destello de las imágenes. No hace falta llegar a los extremos a los que llegó Edipo, pero no está de más pensar que la función de quien escucha es la de encarnar esa contradicción sin la virulencia que le causaba el reconcomio de los tebanos.

8. Referencias Bibliográficas

- Arráez, M., Calles, J., & Moreno de Tovar, L. (2006). *Le hermenéutica: una actividad interpretativa*. Sapiens.
- Díaz, L. (2011). *Procedimientos y proceso del método clínico*. Obtenido de Facultad de Psicología UNAM: http://www.psicologia.unam.mx/documentos/pdf/publicaciones/Procedimiento_y_Proceso_del_Metodo_Clinico_Lidia_Diaz_Sanjuan_TAD_3_Sem.pdf
- Freud, S. (2008). *La etiología de la histeria (Obras completas. Vol. III)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008). *La negación (Obras completas. Vol. XIX)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008). *Moisés y la religión monoteísta (Obras completas. Vol. XXIII)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013). *La interpretación de los sueños (Obras completas. Vol. IV)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013). *La interpretación de los sueños (Obras completas. Vol. V)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Heidegger, M., Pallás, R. G., & Escudero, J. A. (2001). *El concepto de tiempo*. Madrid: Trotta.
- Hernández-Sampieri, R., Fernández-Collado, C., & Baptista-Lucio, P. (2014). *Metodología de la investigación*. México DF: DF Editores.
- Kristeva, J. (2001). *Semiótica 1*, traducción José Martín Arancibia. Madrid: Fundamentos.
- La Vanguardia. (24 de Abril de 2016). *Una respuesta que conllevó una maldición...y hasta un síndrome*. Obtenido de La Vanguardia: <https://www.lavanguardia.com/vida/20160622/402688640159/solucion-enigma-esfinge.html>
- Lacan, J. (2009). *Escritos I (Vol. 1)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2020). *Seminario 3*. Buenos Aires: Paidós.

Maleval, J. (2002). *La forclusión del Nombre del Padre: el concepto y su clínica*. Buenos Aires: Paidós.

Pérez, J. (1998). Elementos para una teoría de la lectura. *Revista Colombiana de psicología*. Bogotá: Revista Colombiana de Psicología.

Rodríguez, A. Á. M. (2008). La Intertextualidad: Cruce De Discuplinas Humanísticas. *Xihmai*, 3(5).

Sicilia, D. d. (2004). *Biblioteca histórica (IV-VIII)*. Madrid: Editorial Gredos.

Sófocles. (2014). *Edipo Rey*. Madrid: Gredos.



DECLARACIÓN Y AUTORIZACIÓN

Yo, **Garzozi Delfini, Mayko Alberto**, con C.C: # **0914475991** autor/a del trabajo de titulación: **El tiempo como magnitud lógica que determina la constitución del sujeto del inconsciente y que hace posible el dispositivo psicoanalítico y su clínica** previo a la obtención del título de **Licenciado en Psicología Clínica** en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tienen las instituciones de educación superior, de conformidad con el Artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de titulación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la SENESCYT a tener una copia del referido trabajo de titulación, con el propósito de generar un repositorio que democratice la información, respetando las políticas de propiedad intelectual vigentes.

Guayaquil, **31 de agosto de 2021**

f.

Nombre: **Garzozi Delfini, Mayko Alberto**

C.C:0914475991



REPOSITORIO NACIONAL EN CIENCIA Y TECNOLOGÍA			
FICHA DE REGISTRO DE TESIS/TRABAJO DE TITULACIÓN			
TEMA Y SUBTEMA:	El tiempo como magnitud lógica que determina la constitución del sujeto del inconsciente y que hace posible el dispositivo psicoanalítico y su clínica.		
AUTOR(ES)	Mayko Alberto Garzozzi Delfini		
REVISOR(ES)/TUTOR(ES)	Rodolfo Francisco Rojas Betancourt		
INSTITUCIÓN:	Universidad Católica de Santiago de Guayaquil		
FACULTAD:	Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación		
CARRERA:	Psicología Clínica		
TITULO OBTENIDO:	Licenciado en Psicología Clínica		
FECHA DE PUBLICACIÓN:	31 de agosto de 2021	No. DE PÁGINAS:	106
ÁREAS TEMÁTICAS:	Psicoanálisis; tiempo; teoría freudiana		
PALABRAS CLAVES/KEYWORDS:	Inconsciente; Edipo; Represión; Tiempo lógico; Síntoma; Interpretación de los sueños		
RESUMEN/ABSTRACT (150-250 palabras):			
<p>Considerar al tiempo como magnitud lógica que opera en la constitución del psiquismo refuerza el descubrimiento del inconsciente freudiano y lo ubica como el axioma que lo anima. Reconocer cómo ello se revela como una constante en el cuerpo teórico freudiano, apertura nuevos modos de pensar la teoría y la práctica del psicoanálisis, que acaso ayuden a comprender el malestar actual de la cultura de forma más precisa. Para ello se leerán tres de las principales obras de Sigmund Freud; también se ofrecerá una lectura de la gran obra de Sófocles, Edipo rey, para demostrar que ella es una advertencia sobre lo que puede ocurrir si se infringe los edictos lógicos que marca el tiempo como límites de la existencia humana. Todo esto ha de resultar en la probatoria de que el tiempo es la medida fundamental del psiquismo que no puede eludirse en los tratamientos de la teoría y la clínica psicoanalítica. Las implicaciones prácticas de una investigación como la presente son importantes, pues el síntoma pensado desde el tiempo permite que se acoja las demandas de aquellos que han sido defraudados por las falaces promesas de un bienestar interminable.</p>			
ADJUNTO PDF:	SI	NO	
CONTACTO CON AUTOR/ES:	Teléfono: +593-4-850456	E-mail: mgdelfo@gmail.com	
	Nombre: Martínez Zea Francisco Xavier, Mgs.		
	Teléfono: +593-4-2209210 ext. 1413 - 1419		



CONTACTO CON LA INSTITUCIÓN (COORDINADOR DEL PROCESO UTE)::

E-mail: francisco.martinez@cu.ucsg.edu.ec

SECCIÓN PARA USO DE BIBLIOTECA

Nº. DE REGISTRO (en base a datos):

Nº. DE CLASIFICACIÓN:

DIRECCIÓN URL (tesis en la web):